Las Bellas Historias de la Biblia

ARTHUR S. MAXWELL

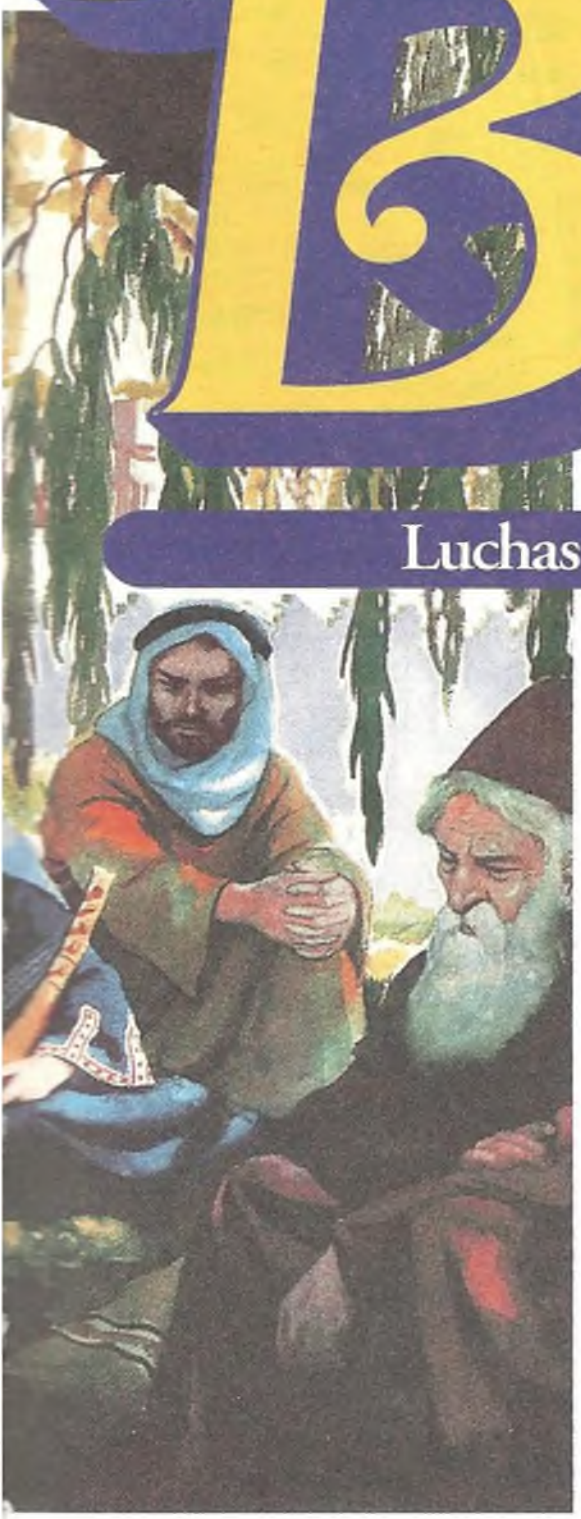
Las Bellas Historias de la Biblia

Luchas y Victorias

(Desde Daniel hasta Malaquías)

TOMO VI

Las Bellas Historias de la Biblia



Luchas y Victorias ✦ Tomo Seis

Por Arthuro S. Maxwell
Autor de *Mis historias favoritas*

Los pasajes bíblicos de esta obra han sido tomados literalmente de la Nueva Versión Internacional, que contiene un lenguaje claro y fresco que los niños de hoy comprenderán fácilmente.

Más de 400 historias en diez tomos que abarcan la Biblia entera, desde el Génesis hasta el Apocalipsis

Mission Publications

Translation copyright, 2009, by Mission Publications.
Illustrations copyright, 1994, by the Review and Herald Publishing Association.
Todos los derechos reservados. Ninguna parte de su contenido literario o pictórico debe ser reproducido sin permiso de los editores.

OFFSET IN KOREA

Nabucodonosor escogió a Daniel y a sus tres amigos, de entre los cautivos que habían traído de Jerusalén, para que se los educara en Babilonia con el fin de que llegaran a ser dirigentes.

ILUSTRACIÓN DE RUSSELL HARLAN

ÍNDICE

Primera Parte: Historias de Daniel

Daniel 1:1 a 12:13

1. Cuatro nobles jóvenes 9
2. El sueño olvidado 15
3. Una hermosa reunión de oración 20
4. La estatua se hace trizas 24
5. Visión del futuro 27
6. El ídolo de oro 33
7. Arrojados a las llamas 38
8. El rey se vuelve loco 44
9. La escritura en la pared 49
10. Una noche con los leones 55
11. Bestias del mar 60
12. El secreto glorioso de Gabriel 66
13. Daniel ve nuestros días 71

Segunda Parte: Historias del Retorno de Israel

Esdras 1:1 a 10:44; Nehemías 1:1 a 13:31; Hageo 1:1 a 2:23; Zacarías 1:1 a 14:21

1. La hora de la liberación 77
2. El camino de regreso 80
3. Cánticos y llantos 84
4. Más problemas 89
5. ¡Adelante! ¡Levántate! 92
6. Una montaña se convierte en llanura 96
7. Por qué Esdras se arrancó los pelos 100
8. El copero del rey 104
9. El viaje secreto 108
10. Trabajando unidos 111
11. El valle de Ono 115
12. Gran júbilo en Jerusalén 121
13. Promesas rotas 125

Tercera Parte: Historias de Ester

Ester 1:1 a 10:3

1. Nace una estrella 131
2. La huérfana se convierte en reina 134
3. Complot en el palacio 138
4. La gran decisión de Ester 142
5. Invitación real 145
6. El cazador cazado 150
7. Día de victoria 155

Cuarta Parte: Historias de Hombres Famosos

Job, Jonás, Joel y Malaquías

1. Un hombre con diez hijos 161
2. Algo que Job no sabía 165
3. Probado y hallado fiel 169
4. Bien está lo que bien acaba 173
5. Tragado por un pez 177
6. La planta que murió de un día para otro 183
7. Grandes cosas para Dios 185
8. Las ventanas del cielo 189

PRIMERA PARTE

Historias de

Daniel

(Daniel 1:1 a 12:13)

Cuatro nobles jóvenes

(Daniel 1)

–¿DÓNDE estoy? –se preguntó Daniel, frotándose los ojos.

–¡En la cárcel! –murmuró Ananías, que estaba acostado a su lado–. Estamos en Babilonia.

¡Qué pesadilla! Daniel recordaba cómo los prisioneros habían sido apresados y atados, la marcha horrorosa a través del desierto hacia Babilonia, los golpes y maldiciones de los conquistadores, y finalmente la cárcel.

Ahora, mientras los rayos del sol matutino entraban por la rejilla que se hallaba en la parte superior del muro, Daniel, Ananías, Misael y Azarías comenzaron a darse cuenta de la desgracia que les había ocurrido. Los cuatro pertenecían a buenas familias del reino de Judá. Desde pequeños, habían disfrutado siempre de lo mejor. Ahora no tenían nada, ni siquiera libertad.

Al pensar en lo que les esperaba, cuán negro se les aparecía el futuro. Nunca más verían los queridos campos de su patria; ni sus hogares; tampoco podrían volver a hablar con sus

← ILUSTRACIÓN DE RUSSELL HARLAN

Daniel y sus compañeros se propusieron no contaminarse con los manjares y el vino de la mesa del rey, y solicitaron que les sirvieran solo alimentos sencillos y saludables.

padres ni con sus hermanos. Por el resto de la vida serían esclavos del odiado enemigo.

Mientras conversaban, deben haberse preguntado por qué les había ocurrido todo eso. Entonces, recordaron las amonestaciones del profeta Jeremías, que había predicho que estos castigos sobrevendrían si el pueblo no abandonaba los ídolos y se volvía al Señor. Y quizá allí mismo, en la cárcel, los cuatro muchachos le pidieron perdón a Dios por sus pecados y tomaron la decisión de mantenerse fieles a él, sin importar lo que los babilonios pudieran hacerles.

Un día, se abrió la puerta de la celda y entró un oficial llamado Aspenaz. Echó una mirada a los prisioneros e hizo señas de que Daniel, Ananías, Misael y Azarías lo siguieran. Al principio, se preguntaron por qué. ¿Qué habrían hecho de malo?

Aspenaz les explicó que Nabucodonosor era un rey grande y previsor. Les dijo que no mataba a todos sus prisioneros, sino que elegía a los mejores: los que parecían fuertes, sanos e inteligentes, y los hacía estudiar con los sabios de Babilonia para que llegaran a ser útiles en el reino. Los cuatro, dijo él, podían

considerarse muy afortunados de estar entre los pocos señalados con este honor.

Y en verdad los muchachos hebreos se sintieron felices, pero comenzaron a preocuparse por las obligaciones que esa elección les traía. ¿Se esperaba de ellos que adoraran a los dioses de Babilonia?

Sus preocupaciones aumentaron cuando Aspenaz les dijo que se les cambiarían los nombres hebreos por otros babilonios. Daniel se llamaría Beltsasar; Ananías, Sadrac; Misael, Mesac; y Azarías, Abednego. Parecía evidente que sus amos se proponían transformarlos por completo. Debían olvidarse de que eran hebreos, y asimilarse a la vida de los babilonios.

Entonces, llegó la primera gran prueba.

El rey Nabucodonosor ordenó que los prisioneros apartados del grupo fueran instruidos en "la lengua y la literatura de los babilonios" y comer a la mesa del rey. Debían comer lo que él comía.

Sin duda el rey pensó que estaba haciendo un enorme servicio a los cautivos al asignarles "raciones diarias de la comida y del vino que se servía en la mesa real". Y en verdad lo era. Pero Daniel y sus amigos se encontraron en una difícil situación. No consideraban correcto comer los platos preparados para el rey. Casi con seguridad había sido ofrecida a los ídolos primero. Y en su mayoría era prohibida por Dios como "impura". Y en cuanto al vino, sería fermentado y lleno de alcohol; de modo que tampoco podían servirse de él.

¿Qué harían? ¿Valía la pena inquietarse por esos detalles? Tal vez podrían servirse solo un poco de la comida y de la be-

bida para no ofender al rey. Además, puesto que un rey pagano se había dignado a mostrarse bondadoso con ellos, sus prisioneros, se consideraría como una prueba de falta de educación y tacto el no consumir de la comida y la bebida que les ofrecía.

Pero "Daniel se propuso no contaminarse con la comida y el vino del rey". Le pareció que, si cedía en ese punto, lo haría en todos los demás. Ya no podría mantenerse firme cuando se le presentaran otras pruebas. Si iba a mantenerse fiel a Dios en todo, se dijo, debía comenzar ahí mismo.

Así que Daniel se armó de valor y fue a hablar con Aspenaz. Con todo respeto, le explicó por qué él y sus tres compañeros no podían servirse de los manjares que tan generosamente se les ofrecían. ¿Tendría él algún inconveniente en que comieran otros alimentos?, le preguntó. Nada especial, por supuesto; sencillamente verduras, cereales y agua fresca para beber.

Aspenaz lo escuchó con paciencia. Ese joven le resultaba simpático. Sin duda Dios había hecho "que Daniel se ganara el afecto y la simpatía del jefe de oficiales". Pero ahora fue Aspenaz quien comenzó a preocuparse:

–"Tengo miedo de mi señor el rey... –dijo–. Si el rey llega a verte más flaco y demacrado que los otros jóvenes de tu edad, por culpa tuya me cortará la cabeza".

Daniel reconoció que eso podía ocurrir; sin

embargo, tuvo la seguridad de que todo saldría bien. Se dirigió entonces a Melsar, el guardia a quien Aspenaz había encargado la atención de los cuatro, y le presentó su pedido.

–"Por favor, haz con tus siervos una prueba de diez días. Danos de comer sólo verduras, y de beber sólo agua. Pasado ese tiempo, compara nuestro semblante con el de los jóvenes que se alimentan con la comida real".

A pesar de sus muchas dudas, Melsar aceptó el plan. En lugar de darles la carne y el vino de la mesa del rey, les proporcionó verduras, cereales y agua. ¡Puedes imaginarte cómo los habrá observado día tras día para detectar las primeras señales de debilidad!

Pero los muchachos no enfermaron, como Melsar preveía. Tampoco adelgazaron ni empalidecieron. Por el contrario, al cabo de diez días "estos jóvenes se veían más sanos y mejor alimentados que cualquiera de los que participaban de la comida real"

Melsar quedó muy agradablemente sorprendido y desde ese momento dio a los cuatro muchachos los alimentos que le pedían. Además, los cuatro hebreos estuvieron en condiciones de pensar con más claridad y rapidez que los demás. Recorda-

ban mejor las lecciones. Viviendo a base de un régimen alimentario sencillo y recomendado por Dios, fueron capaces de obtener conocimiento y sabiduría mucho más rápidamente que todos los demás juntos.

Al final de tres años de estudio se graduaron con las más altas calificaciones. Como recompensa, se los presentó ante el rey Nabucodonosor, quien habló con ellos.

¡Jamás habían soñado con ese honor! ¡Cuán lejana parecía entonces aquella noche en que habían llegado a la cárcel, molidos y desanimados después de la larga travesía! Nabucodonosor quedó muy bien impresionado con los cuatro jóvenes, pues "luego de hablar el rey con Daniel, Ananías, Misael y Azarías, no encontró a nadie que los igualara, de modo que los cuatro entraron a su servicio. El rey los interrogó, y en todos los temas que requerían de sabiduría y discernimiento los halló diez veces más inteligentes que todos los magos y hechiceros de su reino".

¿Te gustaría ser "diez veces" superior a todos tus compañeros de estudio? ¿Diez veces más inteligente? ¿Diez veces más sano, diez veces más noble? Puedes llegar a serlo. Toma la determinación de servir a Dios siempre, sin pensar en las consecuencias.

El sueño olvidado

(Daniel 2:1-12)

LOS magos y los astrólogos que se apiñaban en la corte del rey Nabucodonosor y que lo aconsejaban en el gobierno del imperio, no deben haberse sentido muy contentos con la llegada de Daniel y sus compañeros.

Hasta me parece oírlos decir en voz baja: "¿Quiénes son estos recién llegados? ¡Recién se graduaron y ya creen saberlo todo! ¡Extranjeros tenían que ser!" No mucho tiempo después, sin embargo, tuvieron que cambiar de actitud hacia los cuatro hebreos.

Una mañana, cuando el rey se sentó en su trono dorado, sus ayudantes advirtieron que su rostro denotaba preocupación. Pronto comenzó a correr el rumor de que había pasado una mala noche y de que estaba de muy mal humor.

Era evidente que algo lo molestaba; pero nadie sabía qué era, y ninguno se atrevía a preguntárselo. Los criados previeron que aquel iba a ser un día difícil para todos... ¡y vaya si estaban en lo cierto!

Repentinamente, el rey pareció salir de sus pensamientos y ordenó:

¡Que vengan mis consejeros! ¡Todos ellos: los magos, los astrólogos, los encantadores y los caldeos!

De inmediato, sus siervos se pusieron en movimiento y varios mensajeros llevaron corriendo la orden de Nabucodonosor a todos los sabios de Babilonia. En unos segundos, decenas de ellos, ataviados con los coloridos mantos característicos de su puesto, marchaban apresuradamente hacia el palacio. Iban preguntándose para qué los querría el monarca a semejante hora. ¿Habían llegado malas noticias del ejército que estaba en campaña? ¿Había estallado alguna revolución? ¿Se había descubierto un complot? ¿O se trataba sencillamente de un nuevo proyecto de construcción que el rey había ideado?

Uno tras otro, los consejeros fueron entrando en la sala real, quedando en pie ante el rey. Todos advirtieron en seguida la expresión que se dibujaba en el rostro de Nabucodonosor y se prepararon para lo peor. Cuando por fin llegaron todos, el rey comenzó a hablar ¡y entonces sí que se sorprendieron!

No los había llamado para tomar medidas urgentes acerca de ninguna desgracia ocurrida en su reino, ni deseaba consultarlos sobre la recolección de fondos para levantar algún gran edificio. ¡Sencillamente quería hablarles de un sueño que había tenido! Al oír esto, todos dejaron escapar un suspiro de alivio. Si era solo un sueño lo que preocupaba al rey, ellos podrían tranquilizarlo bien pronto.

–"¡Que viva Su Majestad por siempre! –le dijo el jefe de los caldeos, inclinándose respetuosamente–. Estamos a su servicio. Cuéntenos el sueño, y nosotros le diremos lo que significa".

ILUSTRACIÓN DE RUSSELL HARLAN

Nabucodonosor contempló en sueños una imagen que tenía la cabeza de oro, el pecho y los brazos de plata, el vientre de bronce, las piernas de hierro, y los pies de barro y hierro mezclados.

Ellos eran expertos en inventar explicaciones para los sueños, y si podían enterarse de lo que había soñado el rey, ya se las ingeniarían para explicarlo de alguna manera. Por desgracia, sin embargo, el rey no podía recordar lo que había soñado. Tal vez a ti te ha pasado alguna vez una cosa semejante. Mientras dormías tuviste un sueño bien vívido, pero al despertarte a la mañana siguiente no podías recordarlo. Eso era, precisamente, lo que le había ocurrido a Nabucodonosor y por lo que estaba preocupado.

–"No –les respondió a los sabios–. Díganme ustedes cuál ha sido mi sueño. Para eso lo es he llamado".

Al oír esto, los magos, astrólogos, encantadores y caldeos se miraron, alarmados. ¡Jamás se les había pedido una cosa semejante! ¿Cómo podían saber ellos lo que había soñado el rey la noche anterior? Además, no se atrevían a adivinar porque podían equivocarse.

–"Si no me dicen lo que soñé, ni me dan su interpreta-

ción, ordenaré que los corten en pedazos y que sus casas sean reducidas a cenizas. Pero si me dicen lo que soñé y me explican su significado, yo les daré regalos, recompensas y grandes honores".

Los caldeos le rogaron nuevamente a Nabucodonosor que les contara el sueño, pero este les repitió lo que haría con ellos si no satisfacían pronto su pedido.

–"¡No hay nadie en la tierra capaz de hacer lo que Su Majestad nos pide! –respondieron los caldeos–. ¡Jamás a ningún rey se le ha ocurrido pedirle tal cosa a ningún mago, hechicero o astrólogo! Lo que Su Majestad nos pide raya en lo imposible, y nadie podrá revelárselo, a no ser los dioses. ¡Pero ellos no viven entre nosotros!"

Entonces sí que Nabucodonosor se puso furioso. Había confiado en que estos hombres, que pretendían saber tanto, le harían recordar fácilmente su sueño. Ahora se daba cuenta de cómo habían estado engañándolo. Rojo de ira, ordenó que todos los sabios, los magos y los astrólogos de Babilonia fueran muertos.

Una hermosa reunión de oración

(Daniel 2:13-25)

POR alguna razón, Daniel y sus tres amigos no estaban presentes con los otros sabios cuando Nabucodonosor dio la orden de matarlos. Pero el mandato del rey les llegó pronto.

Se oyó que alguien golpeaba enérgicamente la puerta. Al abrirla, vieron a Arioc, capitán de la guardia del rey y encargado de la ejecución, acompañado de un grupo de soldados. Habían sido enviados a "la búsqueda de Daniel y de sus compañeros para que fueran ejecutados".

–¿Qué ocurre? –preguntó Daniel, sin saber lo que había sucedido aquella mañana en la corte–. ¿Por qué el rey había emitido un decreto tan extremo?

Arioc lo puso al tanto de los acontecimientos. Lo sentía, pero órdenes eran órdenes. Daniel y sus amigos tenían que ir con él.

Respetuosamente, Daniel le pidió entonces que le permitiera ver al rey aunque sea por un breve tiempo.

Aunque es difícil explicarlo, Arioc le concedió permiso. Había algo en Daniel –su mirada inteligente, su porte modesto, su actitud bondadosa–, que hacía que se ganara la voluntad de todos, inclu-

yendo la del propio encargado de matarlo.

Pronto Daniel entró a ver al rey y le prometió que, si le daba un poco de tiempo, estaría en condiciones de recordarle el sueño que había tenido.

Y aunque había estado muy enojado con los magos, astrólogos, encantadores y caldeos, Nabucodonosor se ablandó ante la vista de este noble joven. Él no quería que Daniel fuera muerto y por eso le concedió un poco de tiempo.

La suerte de muchos dependió de lo que Daniel hizo durante las pocas horas siguientes. No solo estaba en juego su propia vida, sino también la de sus tres amigos y la de todos los sabios de Babilonia.

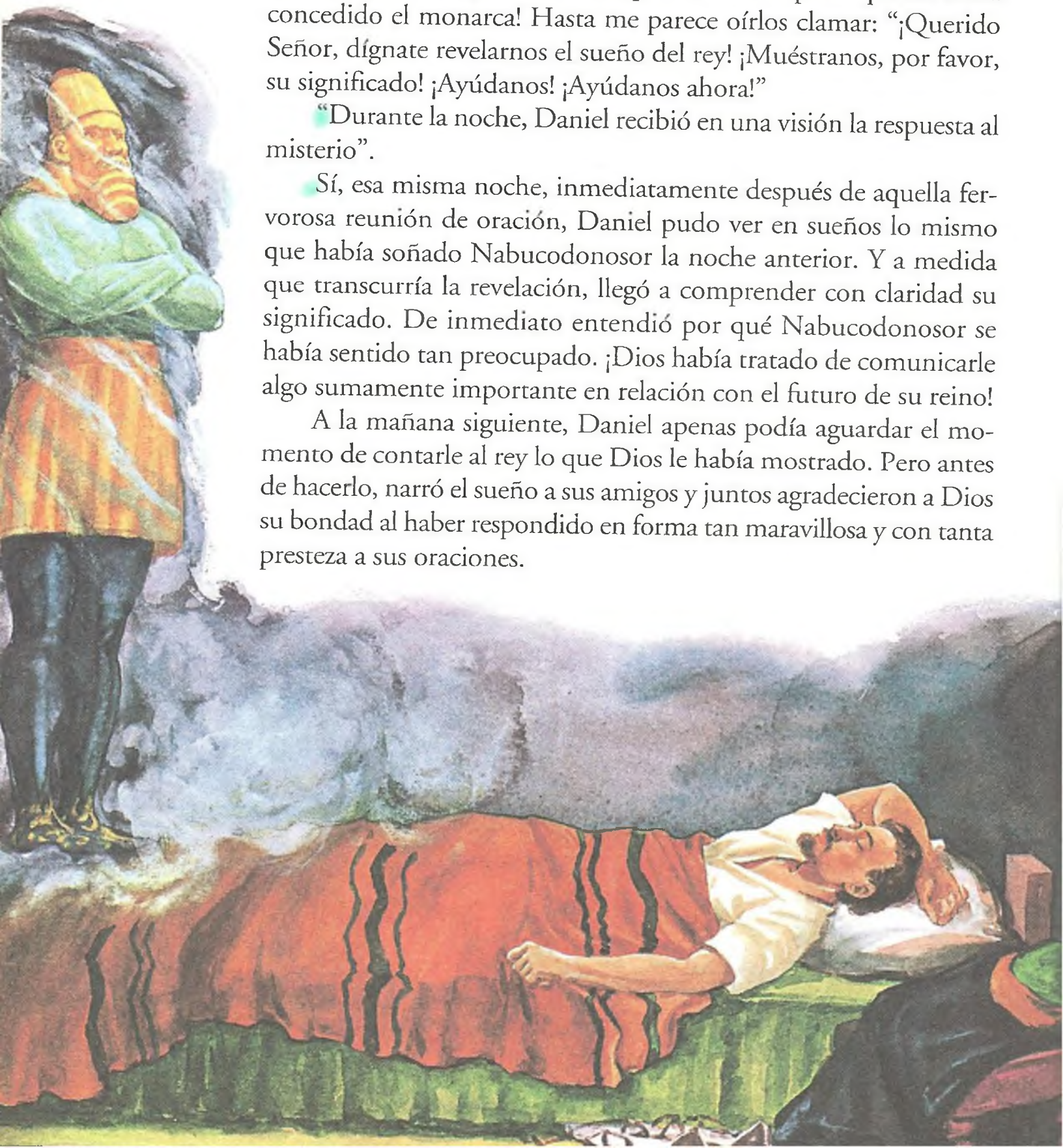
¿Qué hizo? Corrió hacia su casa y les comunicó a Ananías, Misael y Azarías lo que le había dicho el rey. Luego sugirió que se arrodillaran y le pidieran al gran Dios del cielo, que lo sabe todo, que les mostrara lo que había soñado el rey Nabucodonosor y tuviera a bien revelarles su significado.

¡Qué hermosa reunión de oración celebraron! ¡Con cuánto fervor oraron aquellos cuatro buenos muchachos, pidiéndole al Señor que los ayudara, y pronto, antes que venciera el plazo que les había concedido el monarca! Hasta me parece oírlos clamar: "¡Querido Señor, dígnate revelarnos el sueño del rey! ¡Muéstranos, por favor, su significado! ¡Ayúdanos! ¡Ayúdanos ahora!"

"Durante la noche, Daniel recibió en una visión la respuesta al misterio".

Sí, esa misma noche, inmediatamente después de aquella fervorosa reunión de oración, Daniel pudo ver en sueños lo mismo que había soñado Nabucodonosor la noche anterior. Y a medida que transcurría la revelación, llegó a comprender con claridad su significado. De inmediato entendió por qué Nabucodonosor se había sentido tan preocupado. ¡Dios había tratado de comunicarle algo sumamente importante en relación con el futuro de su reino!

A la mañana siguiente, Daniel apenas podía aguardar el momento de contarle al rey lo que Dios le había mostrado. Pero antes de hacerlo, narró el sueño a sus amigos y juntos agradecieron a Dios su bondad al haber respondido en forma tan maravillosa y con tanta presteza a sus oraciones.



–"¡Alabado sea por siempre el nombre de Dios! –dijo Daniel–. Suyos son la sabiduría y el poder. Él cambia los tiempos y las épocas, pone y depone reyes. A los sabios da sabiduría, y a los inteligentes, discernimiento. Él revela lo profundo y lo escondido, y sabe lo que se oculta en las sombras. ¡En él habita la luz! A ti, Dios de mis padres, te alabo y te doy gracias. Me has dado sabiduría y poder, me has dado a conocer lo que te pedimos, ¡me has dado a conocer el sueño del rey!"

Daniel se apresuró a dirigirse hacia donde estaba Arioc, jefe de los verdugos, para comunicarle las buenas nuevas.

–"No mates a los sabios babilonios. Llévame ante el rey, y le interpretaré el sueño que tuvo".

El rostro de Daniel y el destello en sus ojos le decían a Arioc que el joven realmente tenía algo importante para decir.

–Te llevaré –dijo–. Y apúrate, no tenemos mucho tiempo.

"Inmediatamente Arioc condujo a Daniel a la presencia del rey".

Tratando de llevarse los laureles, Arioc dijo:

–"Entre los exiliados de Judá he hallado a alguien que puede interpretar el sueño de Su Majestad".

Pero Nabucodonosor ni siquiera prestó atención a Arioc. Sus ojos estaban fijos en la figura noble del joven que se hallaba frente a él y en cuyo rostro brillaba una luz que hasta entonces nunca había visto en Babilonia.

¡Ese era el joven que el día anterior había venido a pedirle un poco de tiempo! ¡Y ya estaba de vuelta! ¿Qué venía a comunicarle?

Había llegado el gran momento para Daniel.

La estatua se hace trizas

(Daniel 2:26-35)

MIRANDO con ansiedad a Daniel, el rey Nabucodonosor le preguntó:

–"¿Puedes decirme lo que vi en mi sueño, y darme su interpretación?"

–No –respondió Daniel con humildad–. "No hay ningún sabio ni hechicero, ni mago o adivino, que pueda explicarle a Su Majestad el misterio que le preocupa. Pero hay un Dios en el cielo que revela los misterios. Ese Dios le ha mostrado a usted lo que tendrá lugar en los días venideros".

–Pero ¡mi sueño! –insistió el rey–. ¿Cuál fue mi sueño?

–"Allí, en su cama, Su Majestad dirigió sus pensamientos a las cosas por venir, y el que revela los misterios le mostró lo que está por suceder" –respondió Daniel.

–¡Exacto! –interrumpió el monarca–. Estaba pensando en lo que sucedería con mi reino después de mi muerte.

Inclinándose hacia adelante, Nabucodonosor observó atentamente al joven notable que se hallaba en pie delante de él. Tuvo la impresión de que estaba por enterarse de algo en lo que había estado

pensando desde hacía mucho tiempo.

–"En su sueño –prosiguió Daniel en forma calmada y respetuosa–, Su Majestad veía una estatua enorme, de tamaño impresionante y de aspecto horrible".

Al oír esto, Nabucodonosor casi se levantó de un salto. ¡Eso era lo que había estado tratando de recordar en vano! ¡Un gran hombre de metal!

–"La cabeza de la estatua –continuó Daniel– era de oro puro, el pecho y los brazos eran de plata, el vientre y los muslos eran de bronce, y las piernas eran de hierro, lo mismo que la mitad de los pies, en tanto que la otra mitad era de barro cocido".

–¡Exacto! –exclamó otra vez el rey–. ¡Eso es lo que vi!

–Sí –dijo Daniel–. "De pronto, y mientras Su Majestad contemplaba la estatua, una roca que nadie desprendió vino y golpeó los pies de hierro y barro de la estatua, y los hizo pedazos. Con ellos se hicieron añicos el hierro y el barro, junto con el bronce, la plata y el oro. La estatua se hizo polvo, como el que vuela en el verano cuando se trilla el trigo. El viento barrió con la estatua, y no quedó ni rastro de ella".

–¡Sí, así fue! –dijo el monarca–. La estatua desapareció repentinamente como si se la hubiera llevado el viento.

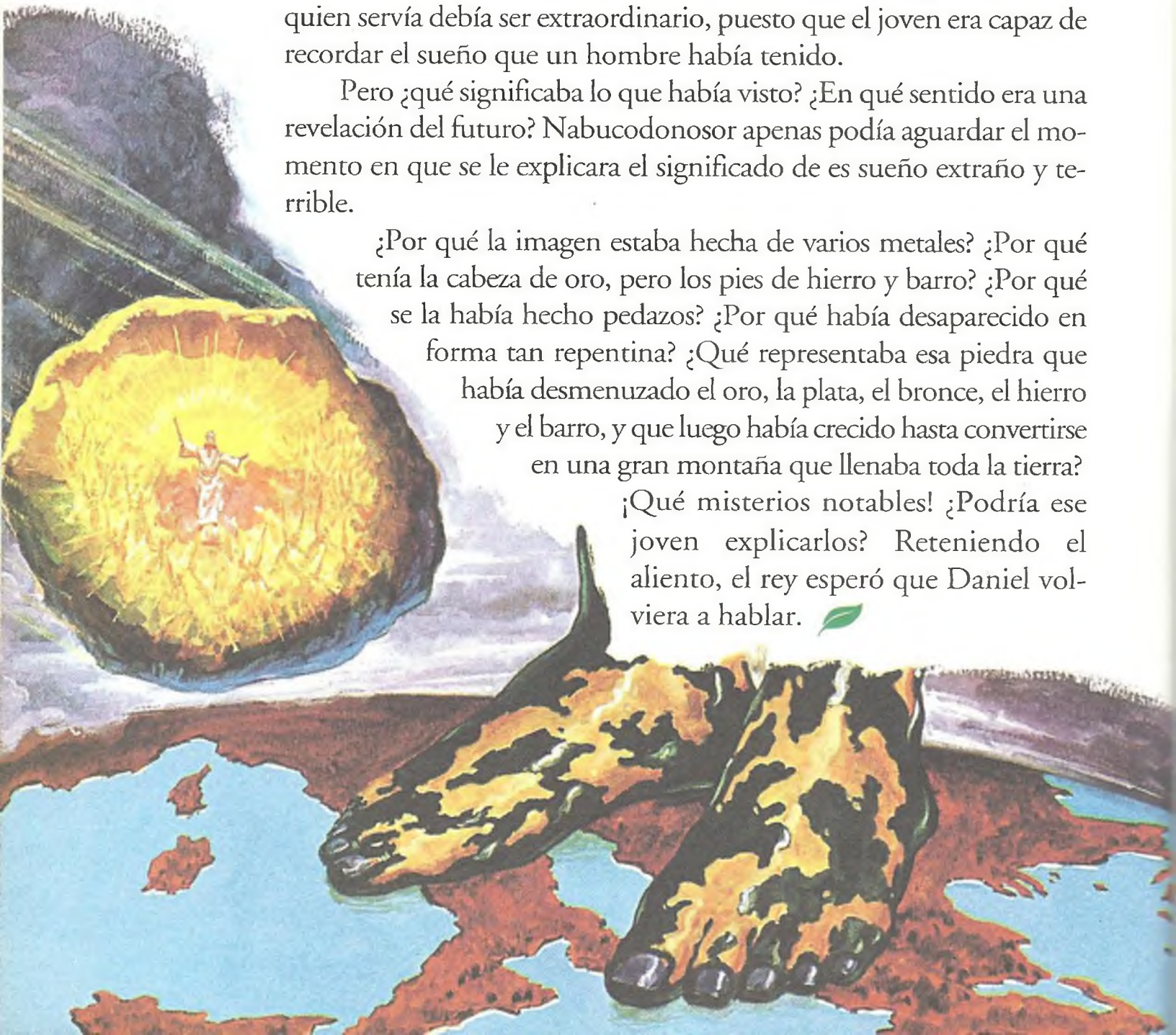
–"En cambio, la roca que dio contra la estatua –siguió diciendo Daniel– se convirtió en una montaña enorme que llenó toda la tierra".

–¡Así fue! ¡Así fue! –exclamó el rey, abrumado por la admiración.

¡Aquello parecía increíble! ¡Cómo podía saber tanto ese joven! Todo lo que había dicho, hasta en sus más pequeños detalles, era correcto. No había cometido un solo error. Y ciertamente el Dios a quien servía debía ser extraordinario, puesto que el joven era capaz de recordar el sueño que un hombre había tenido.

Pero ¿qué significaba lo que había visto? ¿En qué sentido era una revelación del futuro? Nabucodonosor apenas podía aguardar el momento en que se le explicara el significado de es sueño extraño y terrible.

¿Por qué la imagen estaba hecha de varios metales? ¿Por qué tenía la cabeza de oro, pero los pies de hierro y barro? ¿Por qué se la había hecho pedazos? ¿Por qué había desaparecido en forma tan repentina? ¿Qué representaba esa piedra que había desmenuzado el oro, la plata, el bronce, el hierro y el barro, y que luego había crecido hasta convertirse en una gran montaña que llenaba toda la tierra? ¡Qué misterios notables! ¿Podría ese joven explicarlos? Reteniendo el aliento, el rey esperó que Daniel volviera a hablar.



Visión del futuro

(Daniel 2:36-48)

CON la misma voz tranquila y majestuosa, Daniel comenzó a explicar a Nabucodonosor el significado de la extraña imagen metálica que había visto en su sueño.

–"¡Su Majestad es la cabeza de oro!" –le dijo el joven.

Una sonrisa de satisfacción se dibujó en el rostro del rey. Se sintió halagado de que la gloria de su reino fuera mencionada en primer lugar. Pero Babilonia, aunque en ese momento era un imperio poderoso y aparentemente invencible, no duraría para siempre.

–"Después de Su Majestad surgirá otro reino de menor importancia" –prosiguió Daniel.

Ese era el significado del pecho y los brazos de plata.

Luego se alzaría un tercer imperio, representado por el vientre y las caderas de bronce. Este, a su vez, sería derribado por un cuarto reino, fuerte como el hierro del que estaban hechas las dos piernas de la imagen.

Y así como los pies y los dedos estaban hechos "mitad hierro y mitad barro cocido", del mismo modo el cuarto reino se

dividiría en varios reinos; algunos de ellos serían fuertes y otros débiles. Después de eso, el Dios del cielo establecería su reino eterno.

–"El hierro y el barro, que Su Majestad vio mezclados, significan que éste será un reino dividido –dijo Daniel–. De igual manera, el pueblo será una mezcla que no podrá mantenerse unida. En los días de estos reyes el Dios del cielo establecerá un reino que jamás será destruido ni entregado a otro pueblo, sino que permanecerá para siempre".

Mientras Daniel hablaba, Nabucodonosor se olvidó de que estaba sentado en el trono de Babilonia. Le pareció que se hallaba en pie ante una ventana abierta contemplando los grandes sucesos del futuro.

Y en realidad, así era. Tanto el rey como el profeta, el amo como el esclavo, estaban contemplando el fantástico panorama

del porvenir. Cerca de ellos se encontraban los templos dorados de Babilonia. Más allá, extendiéndose escalonadamente a la distancia, se hallaban los minaretes plateados de Medo-Persia, las torres de bronce de Grecia y las cúpulas de hierro de Roma.

Y más lejos, después de muchos siglos, podían ver el poderoso Imperio Romano dividido en las naciones de la Europa moderna. Luego las observaron peleando entre sí en terribles guerras, en tanto que un dirigente tras otro trataba en vano de unirlas otra vez en un gran reino.

Entonces, "en los días de estos reyes" –es decir, en nues-

tros días– observaron un acontecimiento tremendo. Sus ojos dejaron la tierra y fueron atraídos hacia el cielo, donde contemplaron un resplandor indescriptible que rodeaba al Rey de reyes mientras descendía con poder y gloria para poner fin a todos los imperios de este mundo.

¡Qué visión maravillosa! ¡Cómo deben haberse emocionado ante el extraordinario espectáculo! Cuando esta visión del futuro terminó, el poderoso rey de Babilonia "se postró ante Daniel y le rindió pleitesía", a ese esclavo hebreo de quien Dios se había valido para revelarle el futuro.

–"¡Tu Dios es el Dios de dioses y el soberano de los reyes! –exclamó el monarca–. ¡Tu Dios revela todos los misterios, pues fuiste capaz de revelarme este sueño misterioso!"

ILUSTRACIÓN DE HERIBERTO RUDEEN

"Luego el rey puso a Daniel en un puesto prominente y lo colmó de regalos, lo nombró gobernador de toda la provincia de Babilonia y jefe de todos sus sabios".

Así, aunque Jerusalén estaba en ruinas y su pueblo se hallaba en cautividad, Dios había seguido obrando sobre la tierra. El rey de Judá no había querido prestarle atención, pero no así el monarca de Babilonia.

Para presentar esta visión del futuro, el Señor empleó a un joven cautivo que se había propuesto servirle a toda costa. Después de haber probado la lealtad de Daniel, Dios lo hizo "gobernador de toda la provincia de Babilonia" y "jefe de todos sus sabios". Allí, el segundo después de Nabucodonosor en autoridad, ese noble joven podría custodiar los intereses del pueblo de Dios hasta que llegara el momento de la liberación.

Y aunque durante un tiempo muchos hijos de Israel pensaron que todo estaba perdido y que Dios los había olvidado, no era así. Si bien ellos no habían cumplido sus promesas de fidelidad, el Señor seguía obrando maravillosamente para su bien.

El sueño que había tenido Nabucodonosor no solo era importante para él, sino también para Daniel y sus compatriotas. Indicaba de la manera más clara que en la larga lucha contra el mal, Dios iba a vencer. Y era reconfortante pensar que cuando los imperios del mundo hubieran desaparecido, el reino eterno de Dios habría recién comenzado.

El ídolo de oro

(Daniel 3:1-13)

EL sueño de la imagen metálica dejó una profunda impresión en Nabucodonosor. Si bien al principio se había olvidado de él, después que Daniel se lo recordó y explicó, el rey casi no podía pensar en otra cosa.

Pero había algo que no le agradaba del sueño: la sugerencia de que algún día su gran imperio sería reemplazado por otro. Se preguntaba por qué tenía que suceder eso. Tal vez, se decía, si afirmaba y fortalecía bien su reino, eso no pasaría.

Entonces, se le ocurrió una idea. Haría fabricar una imagen como la que había visto en su sueño, pero no de varios metales sino de uno solo para indicar de ese modo que su imperio duraría para siempre. No solo tendría la cabeza de oro, sino todo el cuerpo: los brazos, el tronco, las piernas, los pies, y hasta los dedos de los pies.

Sin pensarlo más, ordenó que los escultores y orfebres pusieran manos a la obra. ¡Y qué estatua gigantesca resultó! Cuando terminaron el trabajo, la imagen tenía unos 27 metros de alto y 2,7 metros de ancho a la altura de los hombros. ¡Imagínatela! ¡Y toda de oro!

Se me ocurre que las multitudes se habrán reunido para observar cómo la enorme estatua brillante era transportada desde la ciudad hasta el llano de Dura, donde se la colocó en posición vertical. Sin duda varios soldados fueron acompañándola para impedir que algún ladrón osara cortarle uno de los dedos de los pies por la noche.

Todo el mundo se preguntaba qué se proponía hacer el rey con esa gigantesca estatua en un lugar tan apartado; pero no tuvieron que esperar mucho para enterarse. Pronto comenzó a circular la noticia de que Nabucodonosor había enviado mensajeros a todas partes del Imperio Babilónico ordenando "a los sátrapas, prefectos, gobernadores, consejeros, tesoreros, jueces, magistrados y demás oficiales de las provincias, que asistieran a la dedicación de la estatua".

¡Qué espectáculo habrán presentado esos oficiales importantes del imperio mientras avanzaban acompañados de su lujoso séquito de criados! Cuando llegó el día de la dedicación, miles de hombres y mujeres, niños y niñas, se reunieron en el llano de Dura. Sin duda, algunos habrán acampado en el lugar durante la noche previa con el fin de asegurarse un lugar ventajoso para observar el panorama. Otros habrán venido de madrugada, trayendo alimentos consigo.

El hecho es que el entusiasmo reinaba por todas partes, especialmente entre la gente menuda, porque se sabía que el rey mismo vendría a la ceremonia y que la banda real se encargaría de la música. La gente siguió llegando en grandes cantidades. Por fin la multitud se volvió bien compacta, en especial cerca del centro, donde la gran imagen de oro se elevaba majestuosamente sobre todos.

De repente, el murmullo de la multitud se acalló y un heraldo vestido con lujoso uniforme comenzó a proclamar:

"A ustedes, pueblos, naciones y gente de toda lengua, se les ordena lo siguiente: Tan pronto como escuchen la música de trompetas, flautas, cítaras, liras, arpas, zampoñas y otros instrumentos musicales, deberán inclinarse y adorar la estatua de oro que el rey Nabucodonosor ha mandado erigir".

Luego agregó esta advertencia: "Todo el que no se incline ante ella ni la adore será arrojado de inmediato a un horno en llamas".

En seguida, la banda comenzó a tocar. No es fácil imaginarse qué clase de música habrá interpretado, pero el hecho es que al oírse los acordes la gente se inclinó ante la imagen.

Nabucodonosor, observando el admirable espectáculo desde

su trono, debe haberse sentido muy feliz. ¡Eso era lo que había planeado! ¡Que todo el mundo se inclinara ante su imagen! No, su imperio jamás dejaría de ser si contaba con una obediencia tan completa como la que veía, ayudada convenientemente por la amenaza del horno de fuego.

Su satisfacción, sin embargo, no duró mucho porque a la distancia, entre la multitud arrodillada, observó un detalle discordante. Había algunas personas en pie. ¡Sí, en pie!

–¿Quiénes son aquellos? –preguntó a los que lo rodeaban.

–Son Sadrac, Mesac y Abednego, Majestad –le dijo uno de sus consejeros–. Esos tres jóvenes hebreos que fueron promovidos a puestos de responsabilidad no hace mucho. Los tres no quieren inclinarse ante el ídolo de oro.

–¿Qué? –exclamó airadamente Nabucodonosor–. ¿Cómo se

atreven? ¡Tráiganlos de inmediato! ¡Ya les enseñaré yo a desobedecerme!

Varios soldados trajeron a los tres jóvenes a través de la multitud, mientras todos levantaban la cabeza para ver qué estaba ocurriendo. La noticia del incidente corrió como un reguero de pólvora por la llanura. "¿Has visto eso? –susurraban los presentes entre sí–. ¡Tres jóvenes no quisieron inclinarse ante la estatua! Acaban de ser arrestados y conducidos ante el rey. ¿Qué les irá a pasar?"

Para ese entonces la multitud estaba más interesada en la suerte de los tres jóvenes hebreos, que en la adoración de la imagen. Habían arruinado por completo la dedicación.

Arrojados a las llamas

(Daniel 3:14-29)

SOLO las pocas personas que se encontraban en el palco real pudieron ver y oír lo que ocurrió después, pero todos estaban curiosos. Mientras la enorme estatua de oro todavía se elevaba majestuosamente sobre todos, las multitudes avanzaron con el fin de ver a los tres jóvenes que habían osado desobedecer al rey. Estoy seguro que más de un niño le habrá pedido a su padre que lo subiera sobre los hombros para ver mejor lo que ocurría.

–"Ustedes tres –le dijo Nabucodonosor a Sadrac, Mesac y Abednego–, ¿es verdad que no honran a mis dioses ni adoran a la estatua de oro que he mandado erigir?"

Entonces les ofreció una nueva oportunidad, porque esos tres jóvenes le habían resultado simpáticos desde el primer encuentro. La banda volvería a tocar, y si se inclinaban ante la imagen, no se los castigaría. Si no lo hacían, se los arrojaría en el horno encendido.

–"¡Y no habrá dios capaz de librarlos de mis manos!"–dijo con tono sarcástico el poderoso monarca.

¡Qué momento terrible para los tres muchachos! A nadie le

gusta ser quemado vivo. Podían ver el humo que salía de los hornos que el rey había hecho encender para castigar a los desobedientes, y no tuvieron dudas de que Nabucodonosor cumpliría su promesa si no adoraban la estatua. Sin embargo, no dudaron.

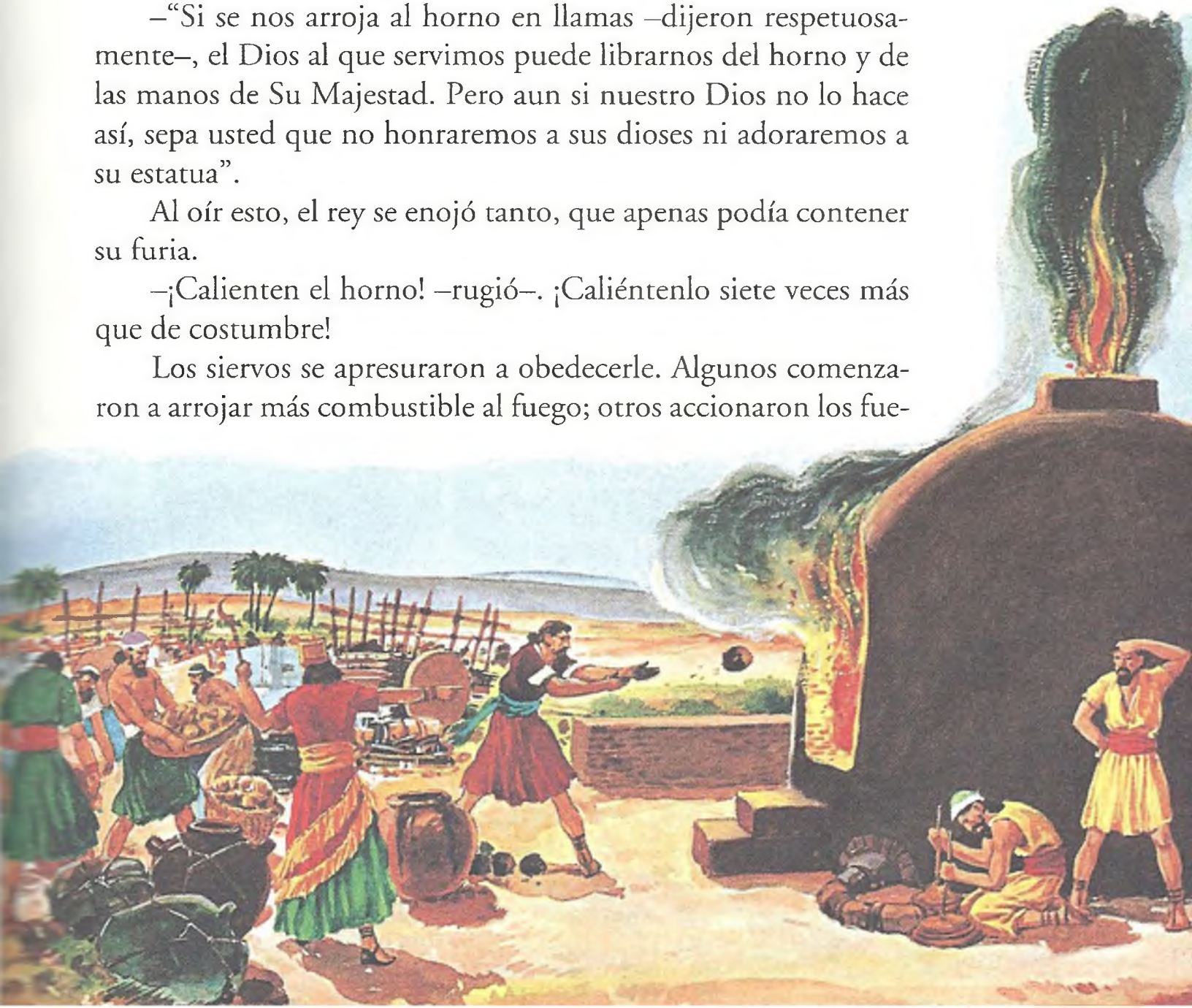
Ellos podrían haberse dicho: "Inclinarse una vez ante la estatua no es algo demasiado importante. Por otra parte, no la adoraremos. Solo trataremos de satisfacer al rey que ha sido tan bueno con nosotros". Pero no lo hicieron, pues recordaron el mandamiento de Dios: "No te hagas ningún ídolo... No te inclines delante de ellos ni los adores".* Y allí mismo decidieron obedecer a Dios antes que a los hombres.

–"Si se nos arroja al horno en llamas –dijeron respetuosamente–, el Dios al que servimos puede librarnos del horno y de las manos de Su Majestad. Pero aun si nuestro Dios no lo hace así, sepa usted que no honraremos a sus dioses ni adoraremos a su estatua".

Al oír esto, el rey se enojó tanto, que apenas podía contener su furia.

–¡Calienten el horno! –rugió–. ¡Caliéntenlo siete veces más que de costumbre!

Los siervos se apresuraron a obedecerle. Algunos comenzaron a arrojar más combustible al fuego; otros accionaron los fue-



lles para hacer que las llamas pasaran del color rojo al blanco ardiente. Entretanto, los soldados más fuertes del ejército real ataban a los tres jóvenes con sogas.

La temperatura del fuego fue subiendo más y más hasta que el rey y todos sus cortesanos pudieron sentir el tremendo calor que producía. El problema que se les presentó entonces fue el de cómo echar a los muchachos dentro del horno. Estaba tan caliente, que nadie podía siquiera acercarse a él. Hasta los valientes que habían atado a Sadrac, Mesac y Abednego permanecían a la distancia, preguntándose qué hacer.

–¡Arrójenlos! –gritó el rey ya fuera de sí.

Los soldados obedecieron. Tomaron a los tres jóvenes, avanzaron con ellos, los arrojaron dentro del horno y luego ellos mismos cayeron en tierra, muertos por el horrible calor.

Eso no le importó nada a Nabucodonosor. Su ira irrazonable había sido satisfecha. Nadie osaría desobedecerle otra vez, pues todos habrían aprendido la lección de lo ocurrido a los tres hebreos que confiaban en su Dios. Repentinamente, sin embargo, alguien gritó sorprendido:

–¡Miren! ¡Hay alguien en el fuego!

–¿Qué? –exclamó el rey–. ¡Es imposible!

Pero así era. Con los ojos bien abiertos por la sorpresa, el monarca miró hacia el interior del horno encendido. Sí, había alguien dentro de él. Dos personas, por lo menos. No, ¡tres, cuatro! Los cortesanos se acercaron para mirar también. Todo el mundo quería aproximarse para mirar dentro del horno.

–"¿Acaso no eran tres los hombres que atamos y arrojamos al fuego?" –preguntó, incrédulo, el rey.

← ILUSTRACIÓN DE RUSSELL HARLAN

Sadrac, Mesac y Abednego fueron arrojados a un horno ardiente por no haberse postrado ante la gran imagen, pero cuando el rey miró hacia adentro, vio al Hijo de Dios entre estos jóvenes hebreos.

–"Así es, Su Majestad –le respondieron.

–"¡Pues miren! –exclamó–. Allí en el fuego veo a cuatro hombres, sin ataduras y sin daño alguno, ¡y el cuarto tiene la apariencia de un dios!"

Olvidándose de su dignidad real y de que había decenas de miles de ojos que lo observaban, Nabucodonosor se levantó de su trono y se acercó a la puerta del horno tanto como pudo.

–"Sadrac, Mesac y Abednego, siervos del Dios Altísimo, ¡salgan de allí, y vengan acá!"

Así lo hicieron ellos. Al acercarse, todos notaron que no estaban quemados y que ni siquiera sus vestiduras se habían chamuscado. El fuego solo había consumido las sogas con que se los había atado.

La multitud avanzó aún más para observar el fenómeno. "Los sátrapas, prefectos, gobernadores y consejeros reales se arremolinaron en torno a ellos y vieron que el fuego no les había causado ningún daño, y que ni uno solo de sus cabellos se había chamuscado; es más, su ropa no estaba quemada ¡y ni siquiera olía a humo!"

No sé cuántos de los que estaban entre la multitud pudieron ver todo esto. Pero puedes estar seguro de que la increíble historia de lo ocurrido pasó de boca en boca miles de veces durante aquel día.

Nabucodonosor mismo quedó tan impresionado por lo sucedido, que ni siquiera habló más de su gran ídolo de oro. Al contrario, exclamó:

–"¡Alabado sea el Dios de estos jóvenes, que envió a su ángel y los salvó! Ellos confiaron en él y, desafiando la orden real, optaron por la muerte antes que honrar o adorar a otro dios que no fuera el suyo. Por tanto, yo decreto que se descuartice a cualquiera que hable en contra del Dios de Sadrac, Mesac y Abednego, y que su casa sea reducida a cenizas, sin importar la nación a que pertenezca o la lengua que hable. ¡No hay otro dios que pueda salvar de esta manera!"

Aquella fue, sin duda, una magnífica liberación, y Dios se valió de ella para animar a su pueblo mientras se hallaba en cautividad. ¡Y cómo deben haberse reconfortado a saber que el Señor estaba dispuesto a caminar entre el fuego con aquellos tres queridos muchachos!

Tal vez él hará lo mismo por ti algún día.

---

* Éxodo 20:4, 5

El rey se vuelve loco

(Daniel 4)

LOS años pasaron. Nabucodonosor siguió construyendo edificios en Babilonia y ampliando su imperio. Además, se volvió cada vez más poderoso y más rico.

Pero comenzó a sentirse bastante seguro de que Daniel se había equivocado al profetizar que su reino desaparecería y que otro se levantaría en su lugar. Eso habría sido posible al comienzo de mi reinado, se decía el monarca, pero no ahora. ¡Vean mi poderoso ejército! ¡Miren las formidables murallas que rodean la ciudad capital! ¡Piensen en la cantidad de pueblos que he conquistado! ¡Ningún enemigo sería capaz de quitarme todo esto!

No obstante, poco después tuvo otro sueño. Aunque no se olvidó de él, como en el caso anterior, no podía comprender su significado. El extraño sueño tenía que ver con un árbol que había ido creciendo hasta que sus ramas se elevaban a gran altura. Daba muchos frutos y un gran número de animales se cobijaba a su sombra.

Entonces el rey vio a un ángel que descendía del cielo gritando: "¡Derriba el árbol y córtale las ramas; arráncale las hojas

y esparce los frutos! ¡Haz que las bestias huyan de su sombra, y que las aves abandonen sus nidos! Pero deja enterrados el tocón... Deja que se empape con el rocío del cielo".

Luego, para gran sorpresa de Nabucodonosor, el mensajero celestial pareció cambiar de tema al decir: "Deja que su mente humana se trastorne y se vuelva como la de un animal, hasta que hayan transcurrido siete años.

"Los santos mensajeros han anunciado la decisión, es decir, el veredicto, para que todos los vivientes reconozcan que el Dios Altísimo es el soberano de todos los reinos humanos, y que se los entrega a quien él quiere".

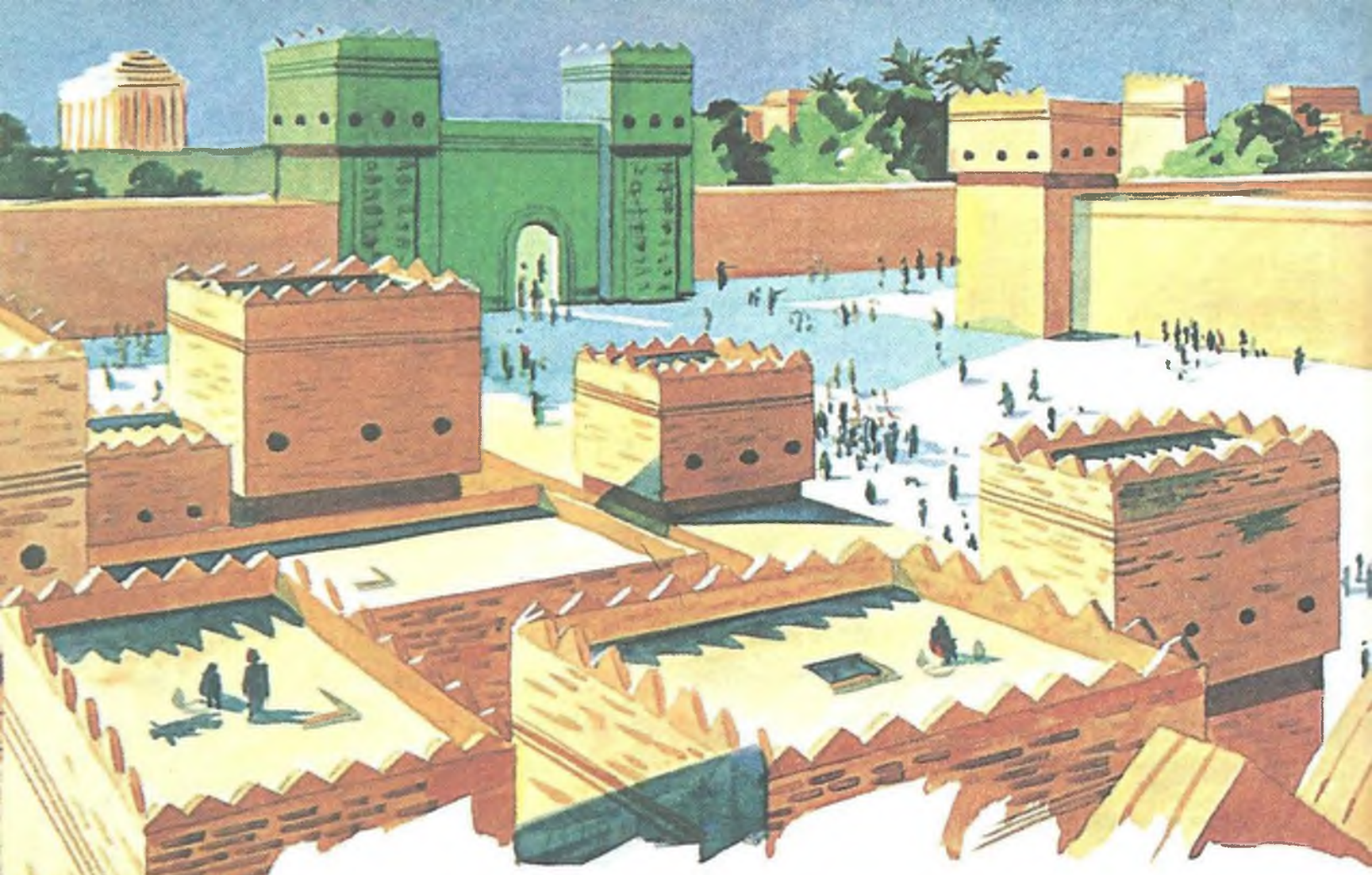
Muy intrigado, el monarca mandó llamar a los magos, a los astrólogos, a los caldeos y los adivinos, como la vez anterior, y les preguntó si el sueño tenía algún significado. No sabemos lo que estos sabios le dijeron, pero el hecho es que Nabucodonosor no se sintió satisfecho. Tenía la seguridad de que ese sueño encerraba un mensaje para él, y estaba decidido a averiguarlo.

Finalmente, recordó a Daniel, que una vez le había recordado el sueño de la extraña imagen metálica. ¡Daniel!, se dijo. ¡Por supuesto! ¿Cómo no había pensado antes en él? Seguramente podía ayudarle.

Sin embargo, Daniel no le dio la explicación de inmediato. No es que no comprendiera su significado, sino que este lo había perturbado. Al observar la expresión del rostro de su fiel consejero, Nabucodonosor le dijo, llamándolo por su nombre caldeo:

–"Beltsasar, no te dejes alarmar por este sueño y su significado".

Daniel le respondió que hubiera deseado que el sueño se



aplicara a los enemigos del rey y no al rey mismo. De inmediato, le reveló a Nabucodonosor cuál era el significado de su sueño.

–"Ese árbol es Su Majestad, que se ha hecho fuerte y poderoso, y con su grandeza ha alcanzado el cielo. ¡Su dominio se extiende a los lugares más remotos de la tierra!... La interpretación del sueño, y el decreto que el Altísimo ha emitido contra Su Majestad, es como sigue: Usted será apartado de la gente y habitará con los animales salvajes; comerá pasto como el ganado, y se empapará con el rocío del cielo. Siete años pasarán hasta que Su Majestad reconozca que el Altísimo es el soberano de todos los reinos del mundo, y que se los entrega a quien él quiere".

Pronosticar una cosa así a un rey era algo terrible en aquellos días, en especial si el monarca tenía el genio irascible de Nabucodonosor... Pero Daniel nunca temió cumplir con su deber. Luego, viendo que el rey se había conmovido profundamente,

añadió con ternura:

–"Por lo tanto, yo le ruego a Su Majestad aceptar el consejo que le voy a dar: Renuncie usted a sus pecados y actúe con justicia; renuncie a su maldad y sea bondadoso con los oprimidos".

El rey lo escuchó con mucha atención y tal vez por un momento pensó hacerle caso a Daniel. Sin embargo, a medida que pasaban los días y las semanas, siguió actuando como antes. Todavía era demasiado orgulloso como para conceder a Dios el primer lugar en su vida.

Exactamente 12 meses después, mientras el rey caminaba por la terraza de su palacio en Babilonia, se dijo: "¡Miren la gran Babilonia que he construido como capital del reino! ¡La he construido con mi gran poder, para mi propia honra!

"No había terminado de hablar cuando, desde el cielo, se escuchó una voz que decía: 'Éste es el decreto en cuanto a ti, rey

Nabucodonosor. Tu autoridad real se te ha quitado'...

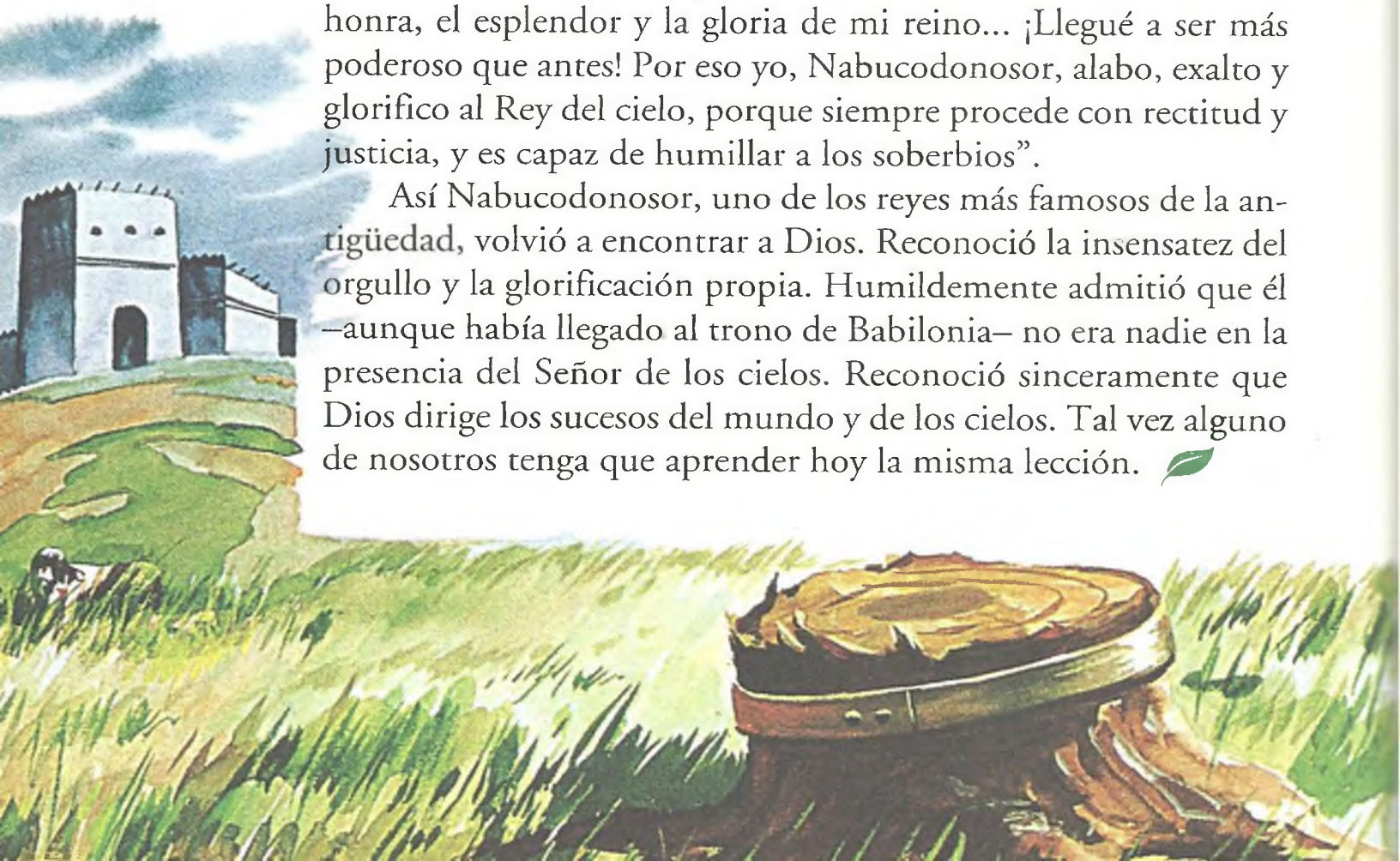
"Y al instante se cumplió lo anunciado a Nabucodonosor. Lo separaron de la gente, y comió pasto como el ganado. Su cuerpo se empapó con el rocío del cielo, y hasta el pelo y las uñas le crecieron como plumas y garras de águila".

El rey se volvió loco. Comenzó a vivir como un animal en los campos. Al fin de siete años el monarca recobró su sano juicio. He aquí la manera en que contó su extraordinaria experiencia:

"Pasado ese tiempo yo, Nabucodonosor, elevé los ojos al cielo, y recobré el juicio. Entonces alabé al Altísimo; honré y glorifiqué al que vive para siempre: Su dominio es eterno; su reino permanece para siempre. Ninguno de los pueblos de la tierra merece ser tomado en cuenta. Dios hace lo que quiere con los poderes celestiales y con los pueblos de la tierra. No hay quien se oponga a su poder ni quien le pida cuentas de sus actos.

"Recobré el juicio, y al momento me fueron devueltos la honra, el esplendor y la gloria de mi reino... ¡Llegué a ser más poderoso que antes! Por eso yo, Nabucodonosor, alabo, exalto y glorifico al Rey del cielo, porque siempre procede con rectitud y justicia, y es capaz de humillar a los soberbios".

Así Nabucodonosor, uno de los reyes más famosos de la antigüedad, volvió a encontrar a Dios. Reconoció la insensatez del orgullo y la glorificación propia. Humildemente admitió que él –aunque había llegado al trono de Babilonia– no era nadie en la presencia del Señor de los cielos. Reconoció sinceramente que Dios dirige los sucesos del mundo y de los cielos. Tal vez alguno de nosotros tenga que aprender hoy la misma lección.



La escritura en la pared

(Daniel 5)

DESCONOCEMOS cuánto tiempo más vivió Nabucodonosor después de haber emitido el decreto de alabanza a Dios. Algunos dicen que fue un año; otros, algo más. Pero sabemos que, cuando murió, la gloria de Babilonia también se desapareció.

Su hijo, Evil-Merodac, fue un rey débil, como la mayoría de los que lo sucedieron. Todos vivieron dedicados a los placeres, olvidándose de que había enemigos poderosos esperando ansiosamente las primeras señales de decaimiento del imperio.

No mucho después de haber subido al trono, Belsasar convocó a todos los príncipes de su reino para celebrar un gran banquete en el palacio real. Al menos vinieron unos 1.000 invitados y rodearon las mesas cubiertas con los mejores vinos y manjares de Babilonia.

Belsasar bebió en abundancia, ofreciendo a los demás un triste ejemplo. Pronto, muchos se embriagaron y comenzaron a comportarse en forma desvergonzada, como ocurre siempre con la gente que bebe mucho vino.

En el transcurso de la noche, la situación en la sala del banquete se fue volviendo cada vez más ruidosa y descontrolada. Los hombres y las mujeres gritaban alabanzas a los dioses de Babilonia mientras bebían interminablemente en su honor. La música, las canciones y los bailes iban llegando a su punto máximo.

Poco después el rey, ebrio por completo, ordenó a sus criados que trajeran los vasos de oro y plata que Nabucodonosor había tomado del templo de Jerusalén muchos años antes. Así se hizo, y en medio de las risas y las burlas los vasos sagrados llegaron a la mesa del rey. Se los llenó de vino y el rey y sus invitados lo bebieron, burlándose del Dios a cuyo culto los vasos habían estado dedicados.

Repentinamente, una exclamación de terror repercutió en el salón. Todos los ojos se dirigieron hacia donde estaba Belsasar. El monarca se había levantado y estaba señalando una de las paredes del palacio.

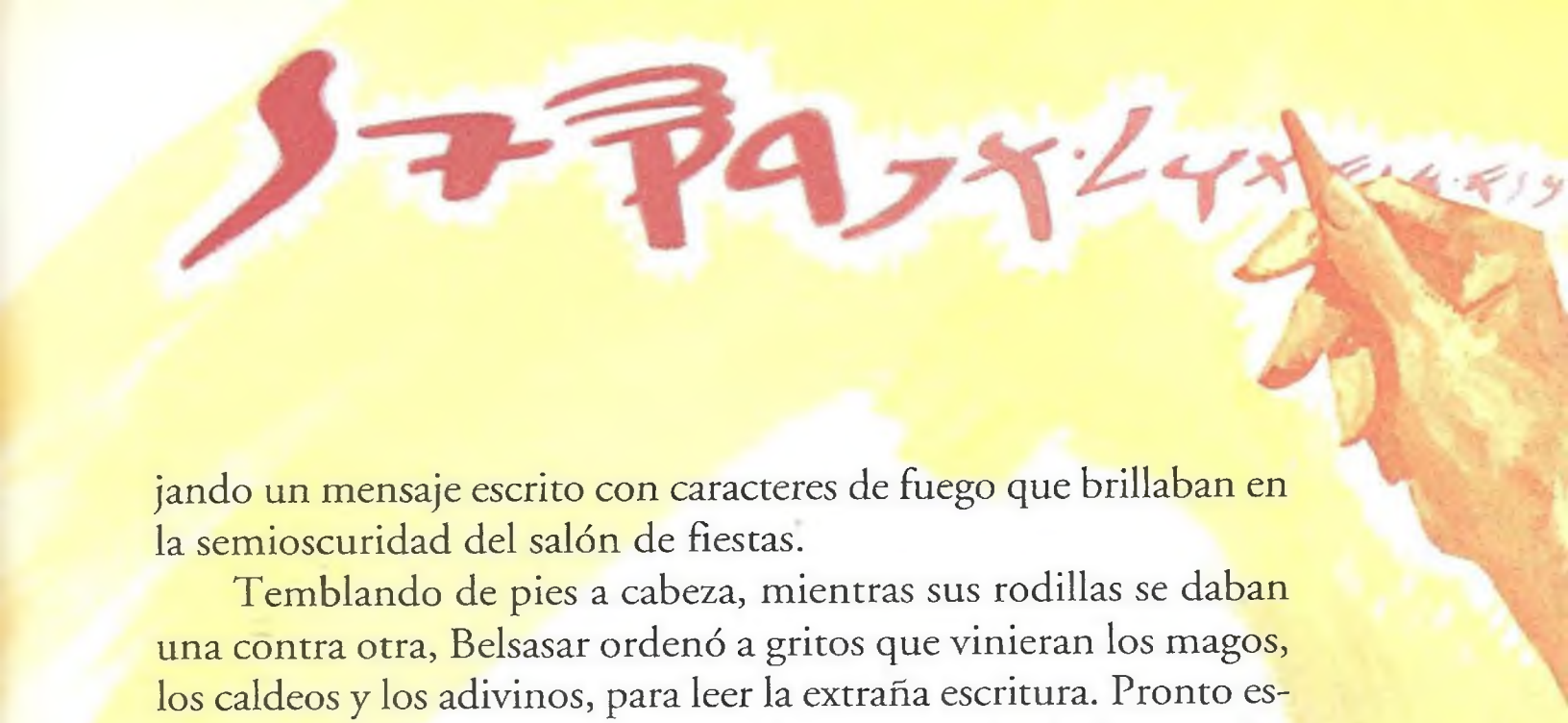
–¡M-m-miren! –exclamó–. ¡Allí! ¡Vean esa mano que está escribiendo en la pared!

Cayó un silencio de muerte. Al mirar hacia donde el rey señalaba, todos se olvidaron del banquete.

–¿Qué es eso? –susurró uno, pálido de miedo.

–¡Una mano! –respondieron otros–. ¿La ves? ¡Allí está! ¡Allí!

Pronto, todos vieron la impresionante escena. Un clamor de miedo comenzó a elevarse de entre los invitados. Entretanto, los dedos misteriosos seguían moviéndose a lo largo del muro, de-



jando un mensaje escrito con caracteres de fuego que brillaban en la semioscuridad del salón de fiestas.

Temblando de pies a cabeza, mientras sus rodillas se daban una contra otra, Belsasar ordenó a gritos que vinieran los magos, los caldeos y los adivinos, para leer la extraña escritura. Pronto estuvieron a su lado; pero, aunque el rey prometió darles grandes honores y riquezas, no pudieron descifrarla.

Ahora sí que todos estaban preocupados. Tenían la seguridad de que la inscripción era una seña de mala suerte. Pero ¿qué representaba? Algunos pensaban una cosa y otros, otra. Entretanto, la historia de lo ocurrido había llegado a todos los rincones del palacio, mientras los aterrorizados siervos la iban pasando de boca en boca.

–¡Fue algo terrible! –exclamaban–. ¡Nosotros mismos lo vimos! ¡Parecían los dedos de una mano de hombre escribiendo en la pared, delante del candelero!

–¡No les puedo creer!

–¡Ve a verlo tú mismo! ¡La escritura está todavía allí! Si la puedes leer, el rey te nombrará el tercero en el gobierno del reino.

Una criada irrumpió en la alcoba de la reina madre. Casi sin aliento, le contó lo que había ocurrido y cómo el rey casi había enloquecido de terror. Al oír esto, la reina decidió ir al salón para confirmar el informe. En efecto, allí estaba la escritura en la pared. Después de mirarla, le dijo a Belsasar que no se preocupara.

–Llama a Daniel –le aconsejó–. Él te revelará su significado.

Es muy probable que ella haya oído hablar de Daniel en su niñez, cuando el joven hebreo había interpretado los sueños de Nabucodonosor.

–"Hay un hombre en quien reposa el espíritu de los santos dioses –insistió ella–. El padre de Su Majestad llegó a nombrar a ese hombre jefe de los magos, hechiceros, astrólogos y adivinos. Y es que ese hombre tiene una mente aguda, amplios conocimientos, e inteligencia y capacidad para interpretar sueños, explicar misterios y resolver problemas difíciles. Llame usted a ese hombre".

Y así, aunque ya había pasado la medianoche, el rey mandó a buscar a Daniel. Pronto llegó el profeta.

–"Si logras descifrar e interpretar lo que allí está escrito –le dijo Belsasar–, te vestiré de púrpura, te pondré una cadena de oro en el cuello, y te nombraré tercer gobernante del reino.

–"Su Majestad puede quedarse con sus regalos, o dárselos a otro –le respondió Daniel–. Yo voy a leerle a Su Majestad lo que dice en la pared, y le explicaré lo que significa".

Y así lo hizo. Pero primero, comunico al monarca lo que Dios pensaba acerca de su conducta malvada.

–"El Dios Altísimo dio al rey Nabucodonosor... grandeza, gloria, majestad y esplendor... Pero, cuando su corazón se volvió arrogante y orgulloso, se le arrebató el trono real y se le despojó de su gloria; fue apartado de la gente y... se alimentó con pasto como el ganado; ¡el rocío de la noche empapaba su cuerpo! Todo esto le sucedió hasta que reconoció que el Dios Altísimo es el soberano de todos los reinos del mundo...

–"Sin embargo, y a pesar de saber todo esto, usted, hijo de Nabucodonosor, no se ha humillado. Por el contrario, se ha opuesto al Dios del cielo mandando traer de su templo las copas, para que beban en ellas usted y sus nobles... Usted se ha deshecho en alabanzas a los dioses de oro, plata, hierro, madera y piedra, dioses que no pueden ver ni oír ni entender; en cambio, no ha honrado al Dios en cuyas manos se hallan la vida y las acciones de Su Majestad. Por eso Dios ha enviado esa mano a escribir lo que allí aparece".

¡De modo que el Dios del cielo había enviado ese mensaje! ¡La mano de un ángel había trazado los signos en la pared! Pálido de miedo, temblando todavía de pies a cabeza, el rey aguardó con impaciencia apenas contenida que se le descifrara el mensaje de Dios.

–La escritura es –prosiguió Daniel–: "Mene, Mene, Téquel, Parsin."

Luego le explicó su significado:

–"Mene: Dios ha contado los días del reino de Su Majestad, y les ha puesto un límite. Téquel: Su Majestad ha sido puesto en la balanza, y no pesa lo que debería pesar. Parsin: El reino de Su Majestad se ha dividido, y ha sido entregado a medos y persas".

Hubo un largo silencio. Las miradas de todos se apartaron de Daniel y se concentraron en Belsasar. ¿Qué haría ahora?

"Entonces Belsasar ordenó que se vistiera a Daniel de púrpura, que se le pusiera una cadena de oro en el cuello, y que se le nombrara tercer gobernante del reino".

Pero mientras hablaba, a través de las ventanas del salón de banquetes llegaron los gritos de hombres de guerra y el ruido de choque de espadas.

–¡Tomen las armas! ¡Tomen las armas! –gritó el rey–. ¡Ha entrado el enemigo!

Sin embargo, era demasiado tarde. Los guardas de la ciudad, también ebrios, habían descuidado la vigilancia. Ahora, los soldados medopersas avanzaban por todas partes sin que nadie pudiera hacerles frente.

Esa noche cayó Babilonia, Belsasar fue asesinado y "Darío el Persa se apoderó del reino".

Una noche con los leones

(Daniel 6)

CUANDO los medopersas tomaron posesión de Babilonia, encontraron a Daniel en su casa, pero no lo mataron. En cambio, cuando se enteraron de que aquella noche se lo había nombrado tercer oficial en el reino, lo llevaron ante Darío.

Es muy probable que el nuevo rey ya hubiera oído hablar de Daniel durante el largo tiempo en que este famoso cautivo hebreo había actuado como primer ministro de Nabucodonosor. Lo cierto es que cuando conversaron, el anciano causó una magnífica impresión en Darío, hasta el punto en que, cuando el rey organizó su nuevo gobierno e instituyó "para el control eficaz de su reino... a ciento veinte sátrapas", nombró sobre ellos tres administradores, de los que uno era Daniel.

Por desgracia, a los otros dos presidentes y a los 120 sátrapas el plan no les agradó en absoluto. Les pareció que era injusto que alguien que había tenido un puesto importante en Babilonia sea colocado sobre los buenos y leales medopersas.

Movidos por los celos, estos hombres hicieron todo lo posible para quitar de en medio a Daniel. Echaron a correr rumores acerca

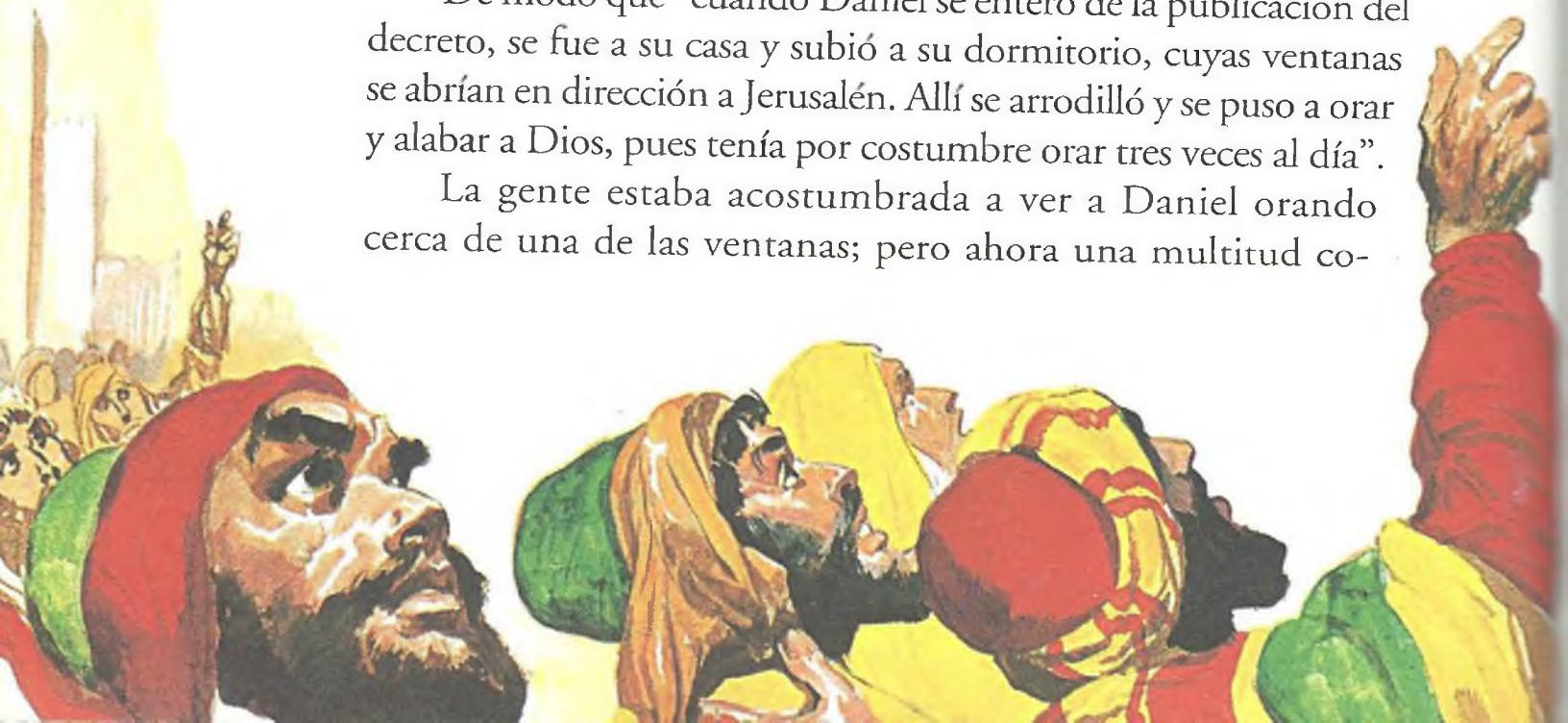
de él, acusándolo de traidor y de una gran cantidad de faltas. Pero carecían de pruebas para sustentar sus acusaciones. "No encontraron de qué acusarlo porque, lejos de ser corrupto o negligente, Daniel era un hombre digno de confianza". Daniel era tan honesto, tan veraz, tan leal, que finalmente sus enemigos se dijeron: "Nunca encontraremos nada de qué acusar a Daniel, a no ser algo relacionado con la ley de su Dios".

Sabiendo que Daniel oraba tres veces por día –de mañana, al mediodía y por la noche–, tramaron un plan. Presentándose ante el rey, lo convencieron de que firmara un decreto por el que se prohibía adorar "a cualquier dios u hombre que no sea Su Majestad" por espacio de 30 días. El castigo consistiría en ser arrojado al foso de los leones.

Darío, muy halagado por la sugerencia, firmó el decreto. Alguien informó de lo ocurrido a Daniel, y este se dio cuenta en seguida de lo que se proponían sus enemigos. Pero ¿cambió sus hábitos diarios de devoción? ¿Decidió dejar de pronunciar sus oraciones o hizo planes de susurrarlas en secreto, oculto de los demás? ¡No, Daniel jamás haría eso! Él había sido fiel a Dios durante toda la vida en esa ciudad pagana, y ciertamente no iba a ceder entonces. Si por causa de su lealtad debía morir en el foso de los leones, que así fuera. Sería fiel hasta la muerte.

De modo que "cuando Daniel se enteró de la publicación del decreto, se fue a su casa y subió a su dormitorio, cuyas ventanas se abrían en dirección a Jerusalén. Allí se arrodilló y se puso a orar y alabar a Dios, pues tenía por costumbre orar tres veces al día".

La gente estaba acostumbrada a ver a Daniel orando cerca de una de las ventanas; pero ahora una multitud co-



menzó a agolparse en la calle, frente a su casa, para observar su manso desafío de la nueva ley.

–¡Mírenlo! –gritaban algunos–. ¿No sabe cuál es el nuevo decreto del rey?

–Ya se va a enterar de él cuando se encuentre en el foso de los leones... –dijeron otros.

Mientras tanto, los otros dos administradores y los sátrapas se apresuraron a comunicarle a Darío lo que ocurría. Entonces el rey se dio cuenta de la trampa en que había caído; pero era demasiado tarde. Aunque estaba muy enojado e hizo todo lo posible para revocar el decreto, no pudo hacerlo y tuvo que ordenar que Daniel fuera arrojado a los leones.

Así se lo hizo, y poco después, Daniel era conducido por las calles hacia el foso. ¡Qué procesión debe haber sido aquella! El anciano profeta iba al frente, seguido por los oficiales del gobierno y muchos soldados. Había miles de hombres y mujeres, niños y niñas, que observaban el espectáculo. Muchos de ellos manifestaban tristeza al enterarse de que el buen anciano iba en camino a la muerte. Daniel, sin embargo, avanzaba con firmeza, pues su confianza en Dios no había podido ser sacudida.

Se abrió la puerta que daba acceso al foso. Daniel entró, pero los leones no lo tocaron. Al contrario, se escabulleron como si le tuvieran miedo. Durante toda la noche, mientras Daniel oraba, las fieras caminaban de un lado a otro, gruñendo de vez en

cuando, aunque sin atacarlo.

Temprano a la mañana siguiente, Daniel oyó una voz familiar que lo llamaba desde afuera. ¡Era el rey!

–"¡Daniel, Daniel! –lo llamó en voz alta Darío–, siervo del Dios viviente, ¿pudo tu Dios, a quien siempre sirves, salvarte de los leones?"

–"Mi Dios envió a su ángel y les cerró la boca a los leones. No me han hecho ningún daño, porque Dios bien sabe que soy inocente" –respondió Daniel con calma.

"Sin ocultar su alegría, el rey ordenó que sacaran del foso a Daniel. Cuando lo sacaron, no se le halló un solo rasguño, pues Daniel confiaba en su Dios".

Alguien podría decir que los leones no atacaron a Daniel porque no tenían hambre. ¡Oh, sí, estaban hambrientos! Cuando los que habían tratado de entrampar a Daniel fueron colocados en su lugar, ocurrió algo terrible. Los leones se arrojaron sobre ellos en seguida ¡y les quebraron los huesos antes de que hubieran llegado al fondo del foso!

El rey Darío quedó tan impresionado por lo ocurrido, que aquella noche envió un mensaje especial a todo el reino: "He decretado que en todo lugar de mi reino la gente adore y honre al Dios de Daniel. Porque él es el Dios vivo, y permanece para siempre... Él rescata y salva; hace prodigios en el cielo y maravillas en la tierra. ¡Ha salvado a Daniel de las garras de los leones!"

A través de los siglos, este hermoso mensaje llega hasta nosotros. Sí, el Dios que vivió en los días de Daniel es el mismo hoy. "Permanece para siempre", y todavía libera y rescata a los que confían en él.

← ILUSTRACIÓN DE KREIGH COLLINS

Dado que Daniel siguió orando públicamente al Dios verdadero, fue lanzado a un foso lleno de leones, pero un ángel cerró la boca de las fieras y así le salvó la vida.

Bestias del mar

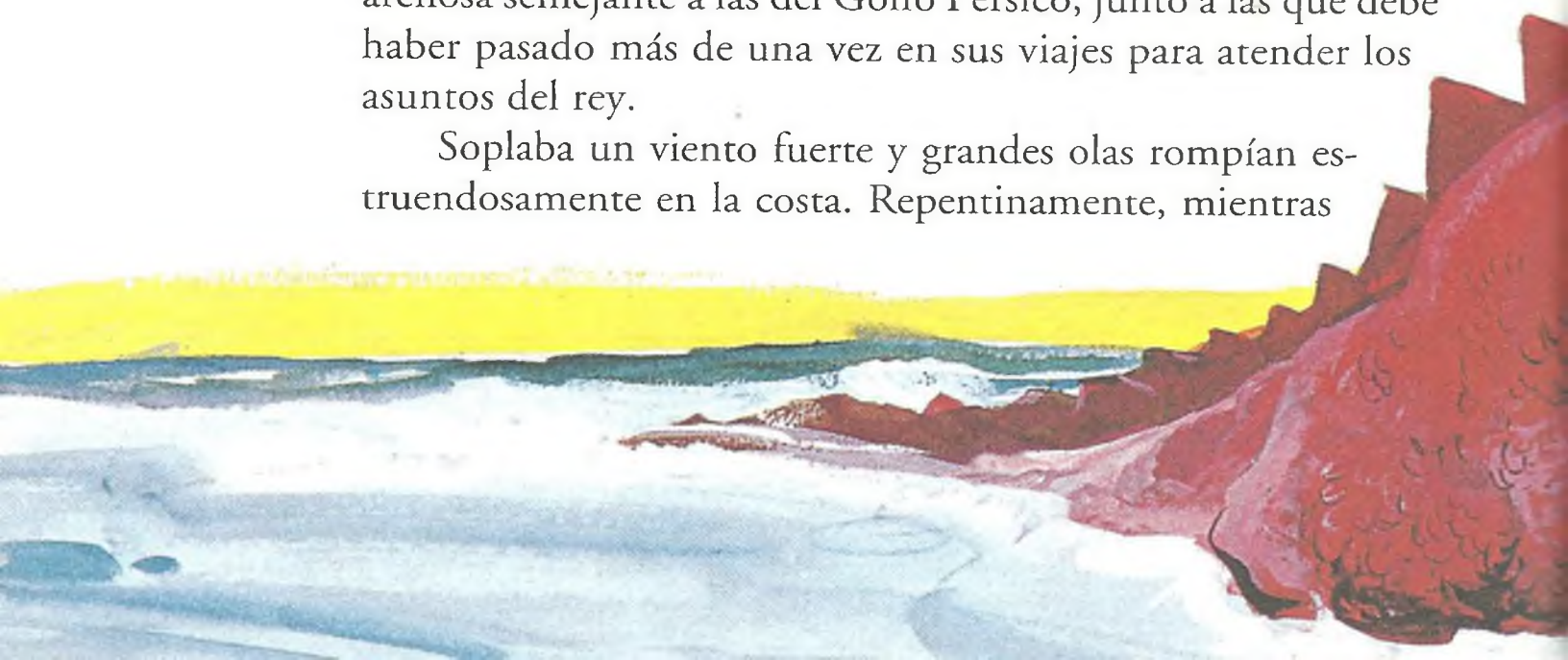
(Daniel 7:1-27)

CUANDO yo era un niño pequeño, con frecuencia tenía sueños extraños. En ellos, veía toda clase de animales salvajes que subían por la amplia escalera de mi casa y pasaban en fila por la puerta de mi dormitorio. Me acuerdo especialmente de las jirafas, porque veía cómo se golpeaban la cabeza contra el cielo raso, aunque este era bien alto.

Pues bien, cierta vez Daniel tuvo un sueño parecido, con la diferencia de que los animales que vio no subían por una escalera, sino que salían del mar.

Una noche, no mucho antes de ser llamado para interpretar la escritura en la pared durante el banquete de Belsasar, vio en visión la orilla del mar. Puede haber sido una ribera rocosa como las que recordaba haber visto en Palestina, o una playa arenosa semejante a las del Golfo Pérsico, junto a las que debe haber pasado más de una vez en sus viajes para atender los asuntos del rey.

Soplaba un viento fuerte y grandes olas rompían estruendosamente en la costa. Repentinamente, mientras



observaba la fuerte marejada, vio que un animal de apariencia extraña salía del mar. No era una ballena, ni un tiburón, ni una marsopa –animales que a veces son llevados a la orilla por una tormenta–, sino un león. Pero no se trataba de un león común, pues tenía alas de águila.

Mientras se acercaba el león, una ráfaga de viento pareció arrancarle las alas y en seguida el curioso animal se paró sobre las patas traseras y comenzó a comportarse más como un hombre que como un león.

En ese momento Daniel se dio cuenta de que un segundo animal salía del mar. Se trataba de un oso que tenía una parte del cuerpo más alta que la otra y que llevaba tres costillas en la boca, como si estuviera hambriento. Luego apareció un leopardo, con cuatro cabezas y cuatro alas de ave.

Apenas había pasado este extraño animal, cuando pudo percibirse una terrible conmoción en el agua cercana a la costa. Pronto, Daniel vio aparecer una cuarta bestia tan "extremadamente horrible" que no supo cómo llamarla. Tenía diez cuernos y grandes dientes de hiero. "Poseía una fuerza descomunal" y pisaba con furia sobre la playa.

Mientras Daniel la observaba asombrado, vio que le salía

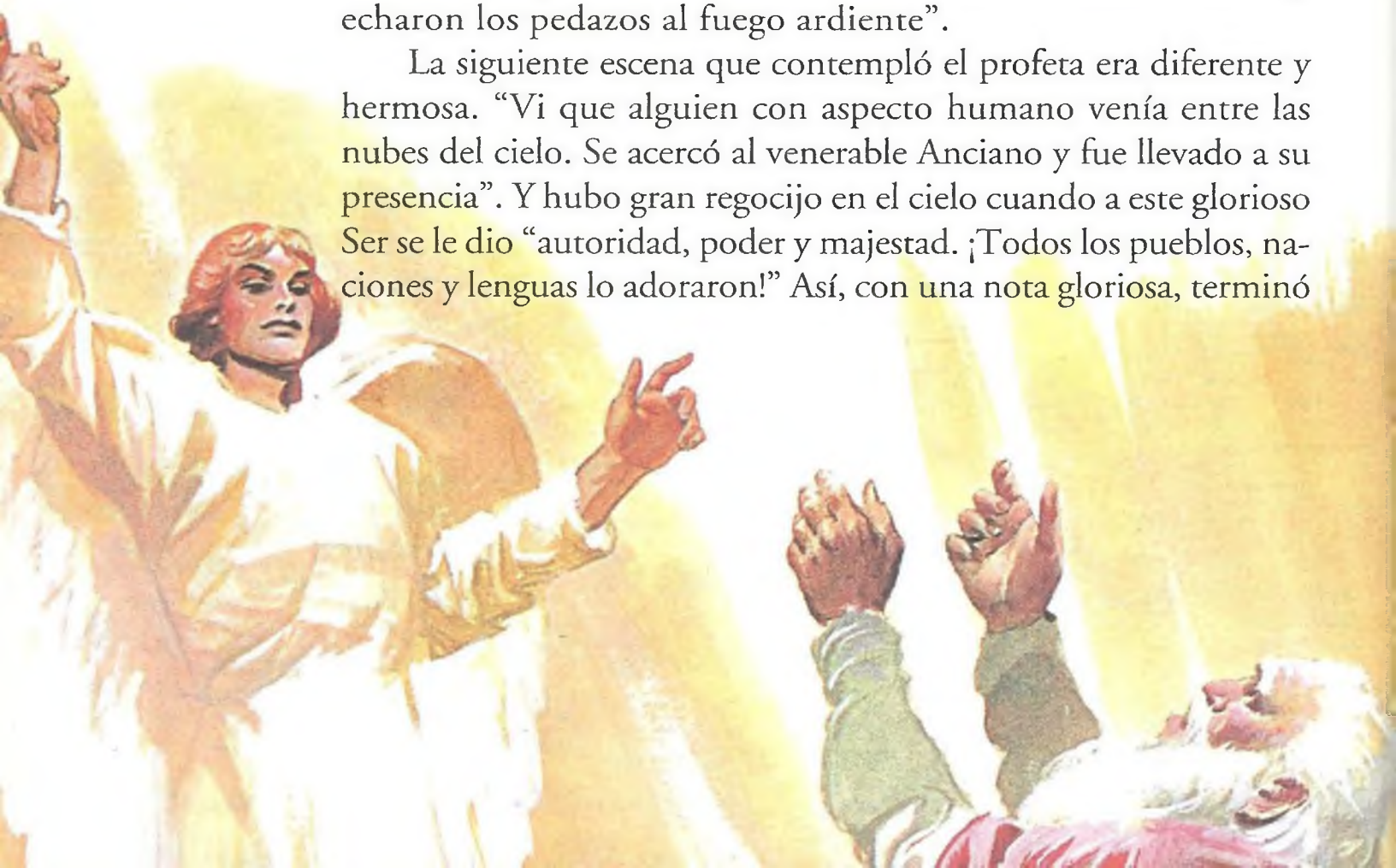
otro cuerno que iba creciendo cada vez más. Este tenía ojos y una boca, y en su crecimiento arrancó de raíz tres de los primeros cuernos.

Apartando por un momento los ojos de la visión, el anciano profeta miró hacia arriba, como hacia el cielo. Allí vio a Dios, en la apariencia de "un venerable Anciano", sentado sobre un trono glorioso. "De su presencia brotaba un torrente de fuego. Miles y millares le servían, centenares de miles lo atendían. Al iniciarse el juicio, los libros fueron abiertos".

¿Y quiénes iban a ser juzgados? Daniel escuchó atentamente. Los ángeles hablaban acerca de las cuatro extrañas bestias y particularmente de la última, la de apariencia extremadamente horrible.

En los libros se hallaban registradas todas las maldades que había hecho esta fiera. Por fin Daniel oyó el veredicto: Culpable; y el castigo: ¡Pena de muerte! "Seguí mirando –dice Daniel– hasta que a esta bestia la mataron, la descuartizaron y echaron los pedazos al fuego ardiente".

La siguiente escena que contempló el profeta era diferente y hermosa. "Vi que alguien con aspecto humano venía entre las nubes del cielo. Se acercó al venerable Anciano y fue llevado a su presencia". Y hubo gran regocijo en el cielo cuando a este glorioso Ser se le dio "autoridad, poder y majestad. ¡Todos los pueblos, naciones y lenguas lo adoraron!" Así, con una nota gloriosa, terminó



lo que había comenzado como un sueño extraño y aterrador.

Pero ¿qué significaban todas esas cosas? Eso es lo que Daniel deseaba saber. La Biblia dice que el sueño lo había dejado muy preocupado.

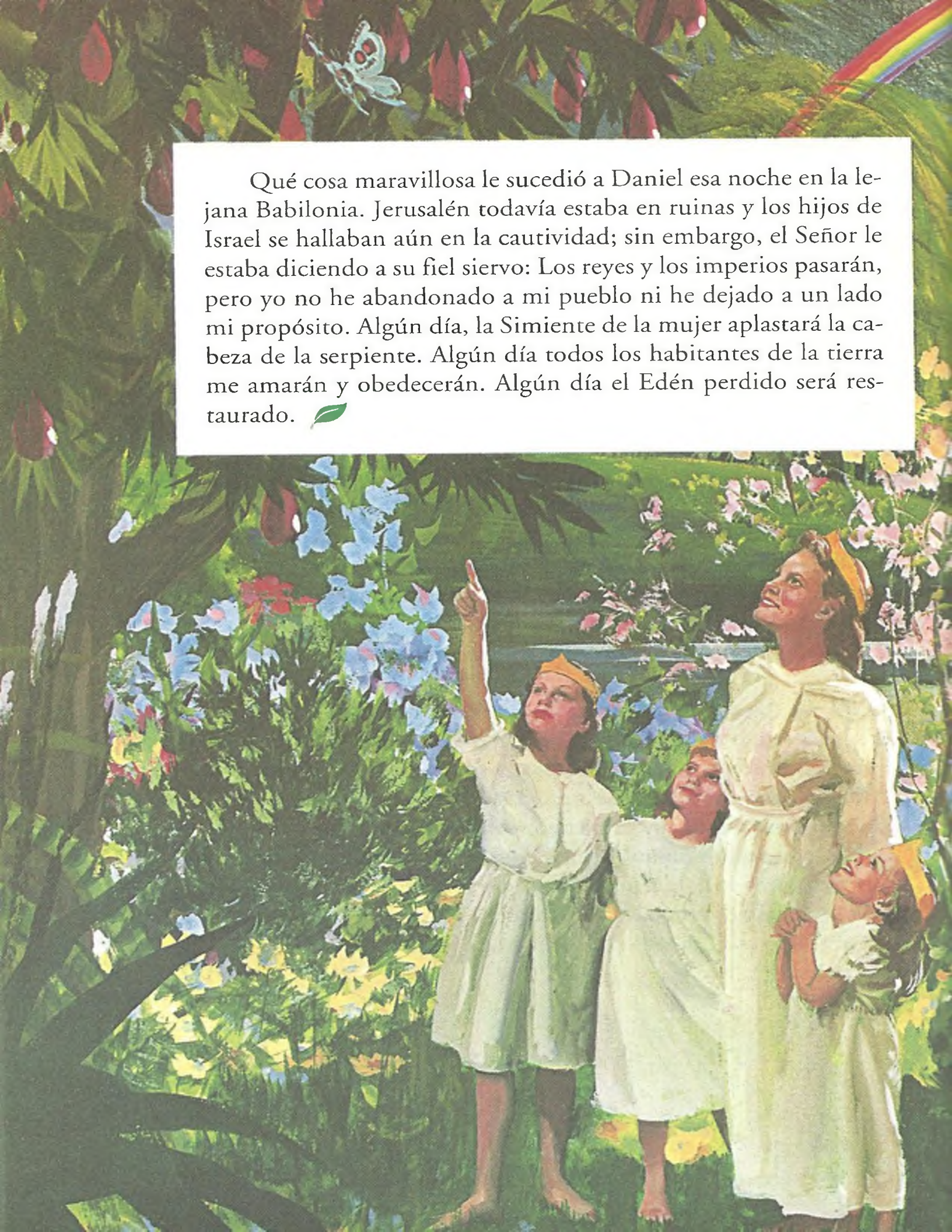
Entonces vino un ángel y le explicó todo. Lo que Daniel había visto, le dijo, era una visión de hechos futuros.

Las cuatro extrañas bestias que habían salido del mar representaban cuatro grandes imperios que se sucederían en el futuro. El león era Babilonia, que ya entonces había perdido el empuje de sus alas. El oso representaba a Medo-Persia, cuyos ejércitos hacían preparativos para atacar a Babilonia. Después de este imperio vendría Grecia, simbolizada por el leopardo, a la que a su vez seguiría Roma, con los cuernos o poderes que derivarían de ella.

Estos imperios mundiales, especialmente el cuarto, harían muchas cosas terribles; pero el Dios del cielo los estaría vigilando siempre, mientras los ángeles registraban todas sus acciones.

Algún día se celebraría un juicio. En esa ocasión, los poderes mundanos que habían hecho mal o que habían dañado de algún modo al pueblo de Dios serían declarados culpables y condenados a muerte. En su lugar, Dios establecería su propio reino de amor, justicia y paz, cuyo rey glorioso sería ese Personaje "con aspecto humano" que Daniel había visto en visión.

"Entonces se dará a los santos, que son el pueblo del Altísimo, la majestad y el poder y la grandeza de los reinos. Su reino será un reino eterno, y lo adorarán y obedecerán todos los gobernantes de la tierra".



Qué cosa maravillosa le sucedió a Daniel esa noche en la lejana Babilonia. Jerusalén todavía estaba en ruinas y los hijos de Israel se hallaban aún en la cautividad; sin embargo, el Señor le estaba diciendo a su fiel siervo: Los reyes y los imperios pasarán, pero yo no he abandonado a mi pueblo ni he dejado a un lado mi propósito. Algún día, la Simiente de la mujer aplastará la cabeza de la serpiente. Algún día todos los habitantes de la tierra me amarán y obedecerán. Algún día el Edén perdido será restaurado.

ILUSTRACIÓN DE HARRY ANDERSON

El secreto glorioso de Gabriel

(Daniel 9:2-25)

UNA y otra vez, durante los muchos años de su cautiverio en Babilonia, los hijos de Israel deben haber pensado en su patria, preguntándose si volverían a verla. Algunos recordaban la profecía de Jeremías de que volverían a Jerusalén después de 70 años. Pero les parecía imposible que algo tan hermoso pudiera ocurrir.

Los primeros cautivos, llevados por Nabucodonosor, fueron envejeciendo. Muchos murieron. Los demás, iban contando los años: cuarenta, cincuenta, sesenta, sesenta y cinco, sesenta y seis, sesenta y siete, sesenta y ocho... ¿Se acordaría Dios de ellos? ¿Los libraría, como había prometido?

Un día, Daniel se hallaba leyendo otra vez el precioso rollo que contenía los escritos de Jeremías. Nuevamente, llegó al pasaje que dice: "Cuando a Babilonia se le hayan cumplido los setenta años, yo los visitaré; y haré honor a mi promesa en favor de ustedes, y los haré volver a este lugar. Porque yo sé muy bien los planes que tengo para ustedes –afirma el Señor–, planes de bienestar y no de calamidad, a fin de darles un futuro y una es-

peranza. Entonces ustedes me invocarán, y vendrán a suplicarme, y yo los escucharé. Me buscarán y me encontrarán, cuando me busquen de todo corazón".

¡Qué hermosas palabras! ¡Cuánto amor y perdón había en ellas! ¡Cuán bueno había sido Dios al dar una promesa a su pueblo para que no perdiera la esperanza, aun en los días más oscuros!

Repentinamente, Daniel llegó a la conclusión de que el tiempo del cumplimiento de la promesa debía estar muy cercano. ¿Acaso no había estado él mismo en Babilonia casi setenta años? ¡Quizás, aunque era anciano, podría ver otra vez a Jerusalén!

¿Qué era lo que dios le había dicho a su pueblo que hiciera? "Me invocarán, y vendrán a suplicarme".

Daniel se postró para elevar una de las más preciosas oraciones que se encuentran en la Biblia.

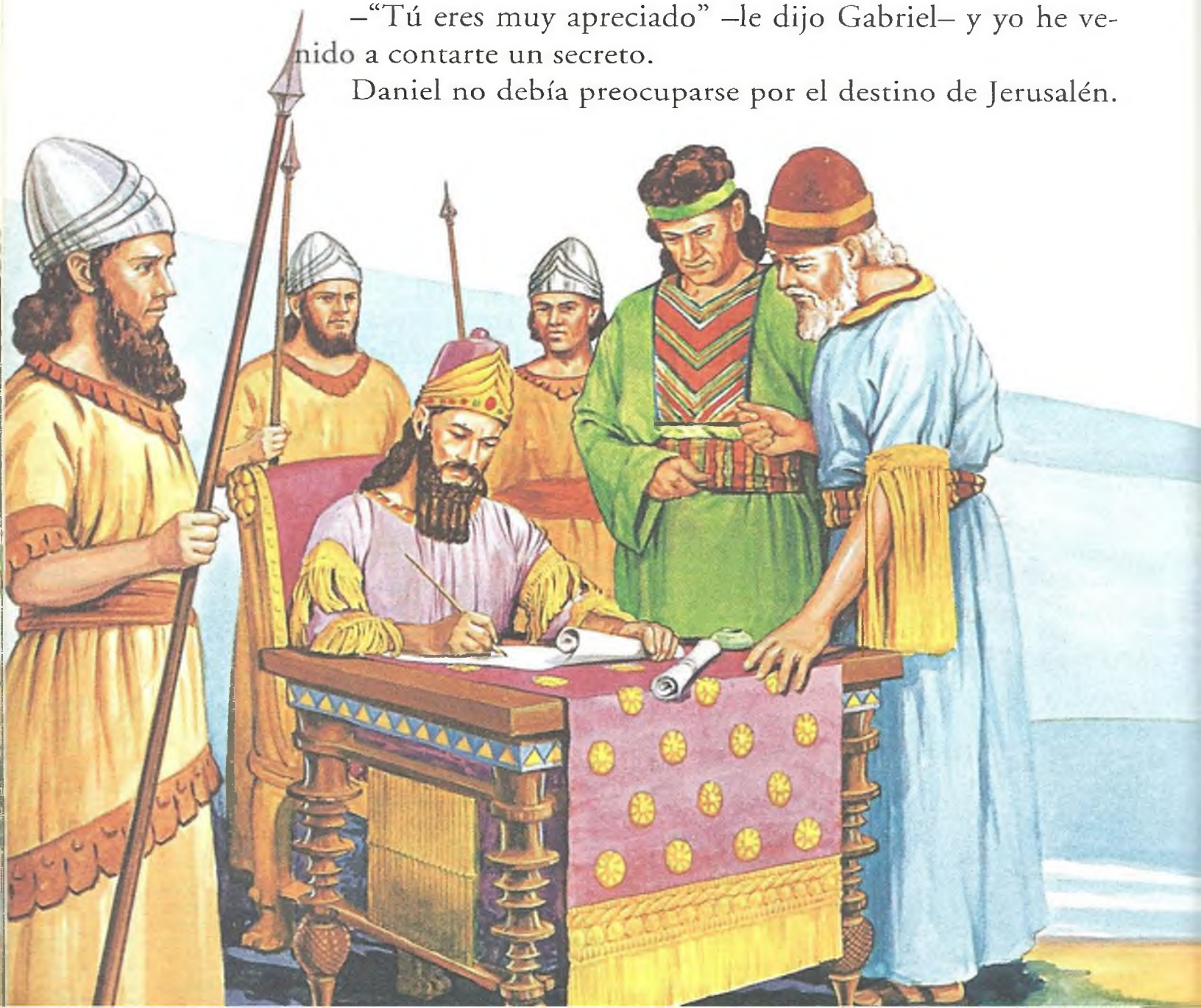
–"Señor, Dios grande y terrible –clamó–, que cumples tu pacto de fidelidad con los que te aman y obedecen tus mandamientos: Hemos pecado... No hemos prestado atención a tus siervos los profetas... Aparta tu ira y tu furor de Jerusalén, como corresponde a tus actos de justicia. Ella es tu ciudad y tu

monte santo... Haz honor a tu nombre y mira con amor a tu santuario, que ha quedado desolado... ¡Señor, escúchanos! ¡Señor, perdónanos! ¡Señor, atiéndenos y actúa! Dios mío, haz honor a tu nombre y no tardes más; ¡tu nombre se invoca sobre tu ciudad y sobre tu pueblo!"

Y precisamente entonces, mientras todavía estaba orando, Daniel sintió que alguien lo tocaba en el hombro. Levantando la vista, vio a un ángel. Era Gabriel, que había salido volando en el preciso momento en que Daniel había comenzado a orar.

–"Tú eres muy apreciado" –le dijo Gabriel– y yo he venido a contarte un secreto.

Daniel no debía preocuparse por el destino de Jerusalén.



Pronto se daría una orden para reconstruirla. Dios cumpliría la promesa que había hecho por medio de Jeremías. Además, seguiría obrando para poner fin al mal y hacer que la tierra volviera a ser como un Edén.

Daniel había estado pensando en los 70 años anunciados por Jeremías; pero Dios le hablaba ahora de 7 veces 70 años: 70 semanas de años. Este período se extendería a través del tiempo hasta el momento en que el Señor realizaría su más importante acción en su lucha contra Satanás, el enemigo del bien.

–"Setenta semanas están determinadas sobre tu pueblo y sobre tu santa ciudad, para terminar la prevaricación, y poner fin al pecado, y expiar la iniquidad, para traer la justicia perdurable, y sellar la visión y la profecía, y ungir al Santo de los santos.

–"Sabe, pues, y entiende, que desde la salida de la orden para restaurar y edificar a Jerusalén hasta el Mesías Príncipe, habrá siete semanas, y sesenta y dos semanas".

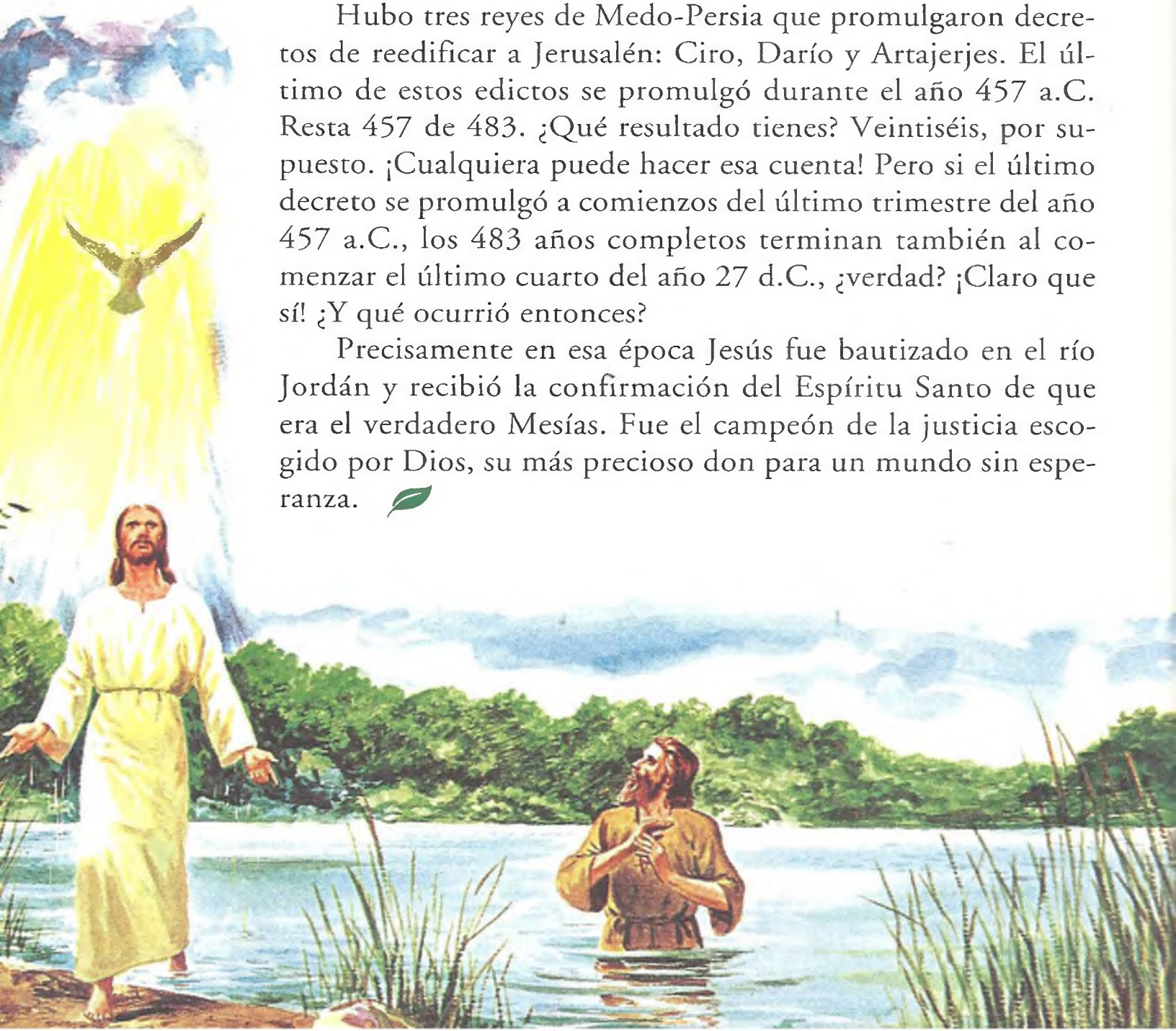
¡Hasta la venida del Mesías! ¿Puedes imaginarte cómo se habrá sentido Daniel al oír este anuncio? ¡Maravilla de maravillas, esto era diez mil veces mejor que el fin del cautiverio o la reedificación de Jerusalén! ¡Dios iba a enviar a su pueblo el

gran Libertador acerca del que habían hablado todos los profetas y por quien había suspirado Israel durante tanto tiempo. Él pondría fin a los pecados y haría posible la justificación de los pecadores arrepentidos.

¡Y no faltaba mucho para que eso ocurriera! Solo sesenta y nueve "semanas" de años. Es decir, solo 483 años. Ese era el secreto, el glorioso secreto que le comunicó Gabriel. ¡Y cuán ciertamente se convirtió en realidad al llegar el tiempo señalado!

Hubo tres reyes de Medo-Persia que promulgaron decretos de reedificar a Jerusalén: Ciro, Darío y Artajerjes. El último de estos edictos se promulgó durante el año 457 a.C. Resta 457 de 483. ¿Qué resultado tienes? Veintiséis, por supuesto. ¡Cualquiera puede hacer esa cuenta! Pero si el último decreto se promulgó a comienzos del último trimestre del año 457 a.C., los 483 años completos terminan también al comenzar el último cuarto del año 27 d.C., ¿verdad? ¡Claro que sí! ¿Y qué ocurrió entonces?

Precisamente en esa época Jesús fue bautizado en el río Jordán y recibió la confirmación del Espíritu Santo de que era el verdadero Mesías. Fue el campeón de la justicia escogido por Dios, su más precioso don para un mundo sin esperanza.



Daniel ve nuestros días

(Daniel 12:1-4)

¿TE preguntaste alguna vez por qué los israelitas no viajaron en Jeep para llegar a la tierra prometida? ¿O por qué David no mató a Goliat con un revólver? ¿O por qué los sabios de Oriente no siguieron la estrella de Belén en un avión a propulsión?

Tienes razón, porque los Jeeps, los revólveres y los aviones a chorro no existían aún. ¡Claro! Pero ¿por qué?

El libro de Daniel nos dice por qué. En el último capítulo, Gabriel nos cuenta otro secreto.

El ángel de Dios le ha estado comunicando a Daniel muchas de las cosas que ocurrirían en el futuro hasta el tiempo en que "Miguel, el gran príncipe" vendría a rescatar a su pueblo de un terrible "período de angustia". Y acerca del momento en que Dios triunfa sobre el mal, dice: "Del polvo de la tierra se levantarán las multitudes de los que duermen, algunos de ellos para vivir por siempre, pero otros para quedar en la vergüenza y en la confusión perpetuas. Los sabios resplandecerán con el brillo de la bóveda celeste; los que ins-

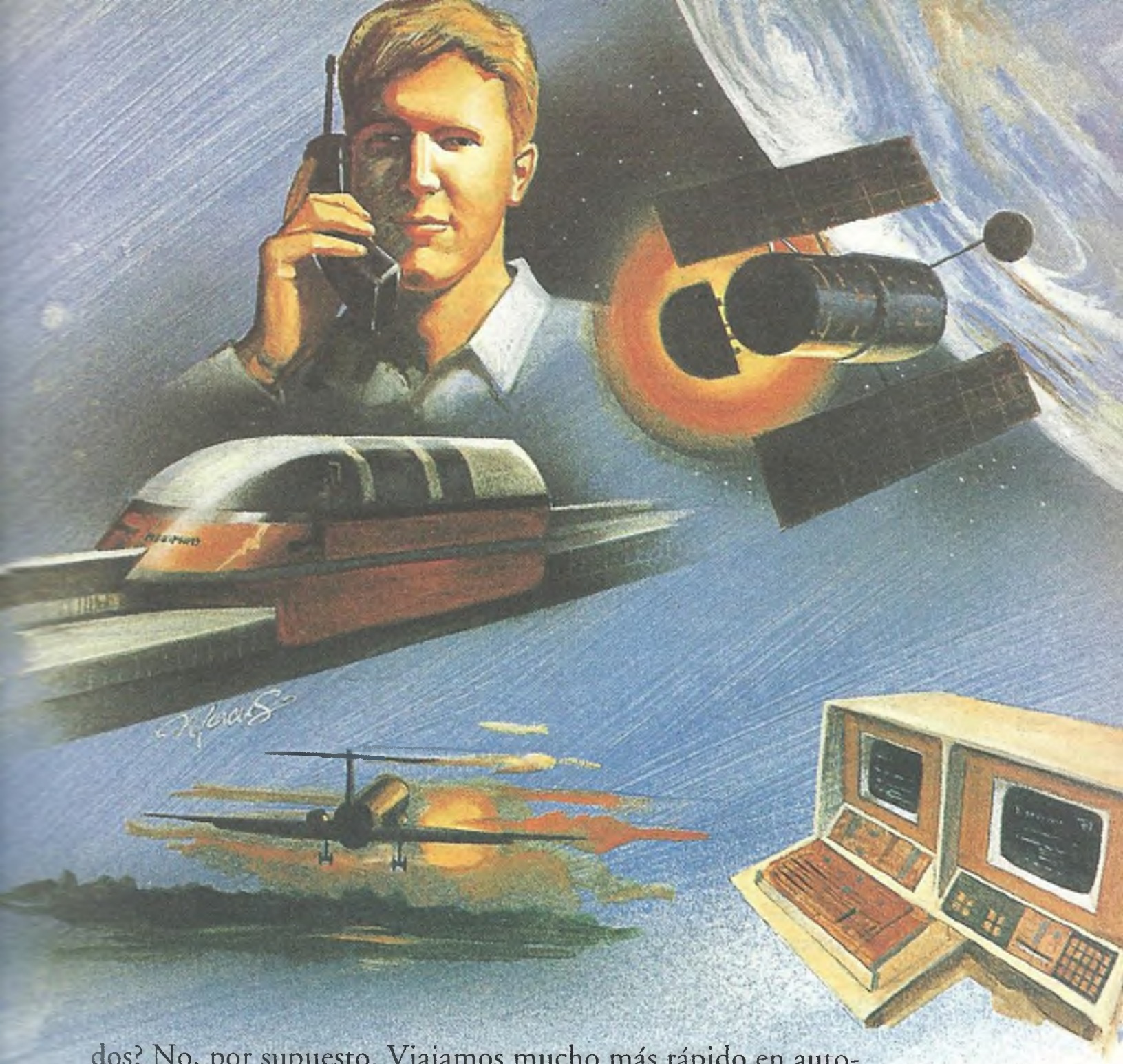
truyen a las multitudes en el camino de la justicia brillarán como las estrellas por toda la eternidad".

Entonces, Gabriel le dice al profeta: "Pero tú, Daniel, cierra las palabras y sella el libro hasta el tiempo del fin. Muchos correrán de aquí para allá, y la ciencia se aumentará".

¡Qué palabras tan significativas! ¿Qué significarían? "Sella el libro". ¿Qué libro? Sin duda el que Daniel estaba escribiendo entonces. ¿Hasta cuándo debía permanecer sellado? "Hasta el tiempo del fin", vale decir, hasta poco antes de la victoria final de Dios.

¿Qué ocurriría entonces? El libro sería abierto. La gente comenzaría a leerlo, a comprenderlo y a enterarse de los planes de Dios. Pero no solo aumentaría el conocimiento de este libro, sino también el conocimiento de todos los órdenes de la vida.

¿Te has detenido alguna vez a pensar que tal vez por esta razón se han inventado últimamente tantas cosas notables? ¿Cómo viajamos hoy? ¿En camello, como Abraham? ¿A lomo de asno, como Balán? ¿En carreta, como nuestros antepasa-



dos? No, por supuesto. Viajamos mucho más rápido en automóvil o en tren. Si lo deseas, puedes ir a cualquier parte del mundo en avión, volando a más de 1.000 kilómetros por hora por sobre océanos y continentes.

¿Y cómo hablas con tus amigos? ¿Necesitas caminar un kilómetro para ir hasta su casa? No, por supuesto. Los llamas por teléfono. Puedes llamarlo incluso si se encuentra del otro

lado del mundo. Y si quieres hablar a mucha gente a la vez, ¿qué haces? Compras un espacio en una estación de radio o de televisión, y así puedes hacerte oír, y hasta ver, por millones de personas al mismo tiempo.

Al ponernos a pensar en nuestros días, no podemos menos que llegar a la conclusión de que vivimos en una época maravillosa en la que las fuerzas eléctrica y atómica nos permiten hacer cosas que nuestros antepasados no podían y con las que ni siquiera soñaban.

Ponte a mirar por un momento algunos de los artefactos que hay en tu casa y con lo que tu bisabuelo ni siquiera soñó: el televisor, el reproductor de DVD, la computadora, el lavarropas automático, la máquina de coser, la refrigeradora, la máquina lavaplatos, el microondas y muchas cosas más.

Haz una visita a un hospital moderno, y observa todos los instrumentos y equipos que hay en él para curar a los enfermos. Hace 100 años nadie había oído hablar de aparatos de rayos X, de la penicilina, de los antibióticos ni de otros medicamentos que conocemos hoy.

Echa una mirada a tu escuela, a todos los libros que hay en la biblioteca, a los instrumentos del laboratorio. ¡Cuánto le hubiera gustado a tu abuelo tener todas estas cosas cuando era niño!

Todo lo que nos rodea da evidencia de un gran aumento en los conocimientos de todo tipo. ¡Qué admirable es que Daniel hubiera previsto todo esto hace muchos, muchos años! ¡Sí, qué secretos maravillosos le contó Gabriel!

SEGUNDA PARTE

Historias del

Retorno de Israel

(Esdras 1:1 a 10:44; Nehemías 1:1 a 13:31;
Hageo 1:1 a 2:23; Zacarías 1:1 a 14:21)

La hora de la liberación

(Esdras 1:1-3; Isaías 44:28 a 45:13)

QUIZÁ recuerdes que, cuando Daniel salió ileso del foso de los leones, el rey Darío envió un mensaje a cada extremo de su reino en el que alababa al Dios del cielo por haber librado de forma milagrosa a su fiel siervo. Una de las personas importantes que leyó ese decreto fue Ciro, comandante en jefe de los ejércitos de Medo-Persia, que había capturado a Babilonia.

Este hombre, que se convirtió en rey cuando Darío murió, naturalmente estaba muy interesado en Daniel. Darío había colocado a Daniel por sobre todos los administradores del nuevo reino, y Ciro y Daniel deben haber tenido contacto al encargarse de los asuntos del reino. En una de esas ocasiones, Daniel bien puede haberle dicho:

–"¿Sabía, Majestad, que su nombre se encuentra mencionado en los escritos de uno de los profetas hebreos?"

–¿Mi nombre? –me parece oírle decir, con incredulidad pintada en el rostro–. ¡Es imposible!

–Sin embargo, así es –le respondió Daniel–. Hace más de

← ILUSTRACIÓN DE RUSSELL HARLAN

Daniel le reveló a Ciro –comandante en jefe de las tropas medopersas– que casi 200 años antes el profeta Isaías había predicho que él llegaría a ser el conquistador de Babilonia.

100 años, mucho antes de que Su Majestad naciera, Isaías anunció que Babilonia caería en sus manos.

–¡Permítame ver el pasaje! –le pidió Ciro, y Daniel abrió el rollo del libro de Isaías en el capítulo 45. Juntos leyeron estas asombrosas palabras:

"Así dice el Señor a Ciro, su ungido, a quien tomó de la mano derecha para someter a su dominio las naciones..., para abrir a su paso las puertas y dejar abiertas las entradas: 'Marcharé al frente de ti, y allanaré las montañas; haré pedazos las puertas de bronce y cortaré los cerrojos de hierro'".

–¡Las puertas! –exclamó Ciro–. ¡Las puertas de Babilonia! ¡Fueron abiertas ante nosotros, como dice el profeta!

–Así es –dijo Daniel–; pero continuemos leyendo: "Por causa de Jacob mi siervo, de Israel mi escogido, te llamo por tu nombre y te confiero un título de honor, aunque tú no me conoces".

–Pero –me parece oír a Ciro preguntar–: ¿Por qué causa pensó su Dios en mí hace tanto tiempo, aun antes de que yo naciera?

–Escuche esto otro, Majestad –prosiguió Daniel–: "Yo afirmo que Ciro es mi pastor, y dará cumplimiento a mis deseos; dispondrá que Jerusalén sea reconstruida, y que se repongan los cimientos del templo... Levantaré a Ciro en justicia; allanaré todos sus caminos. Él reconstruirá mi ciudad y pondrá en libertad a mis cautivos".

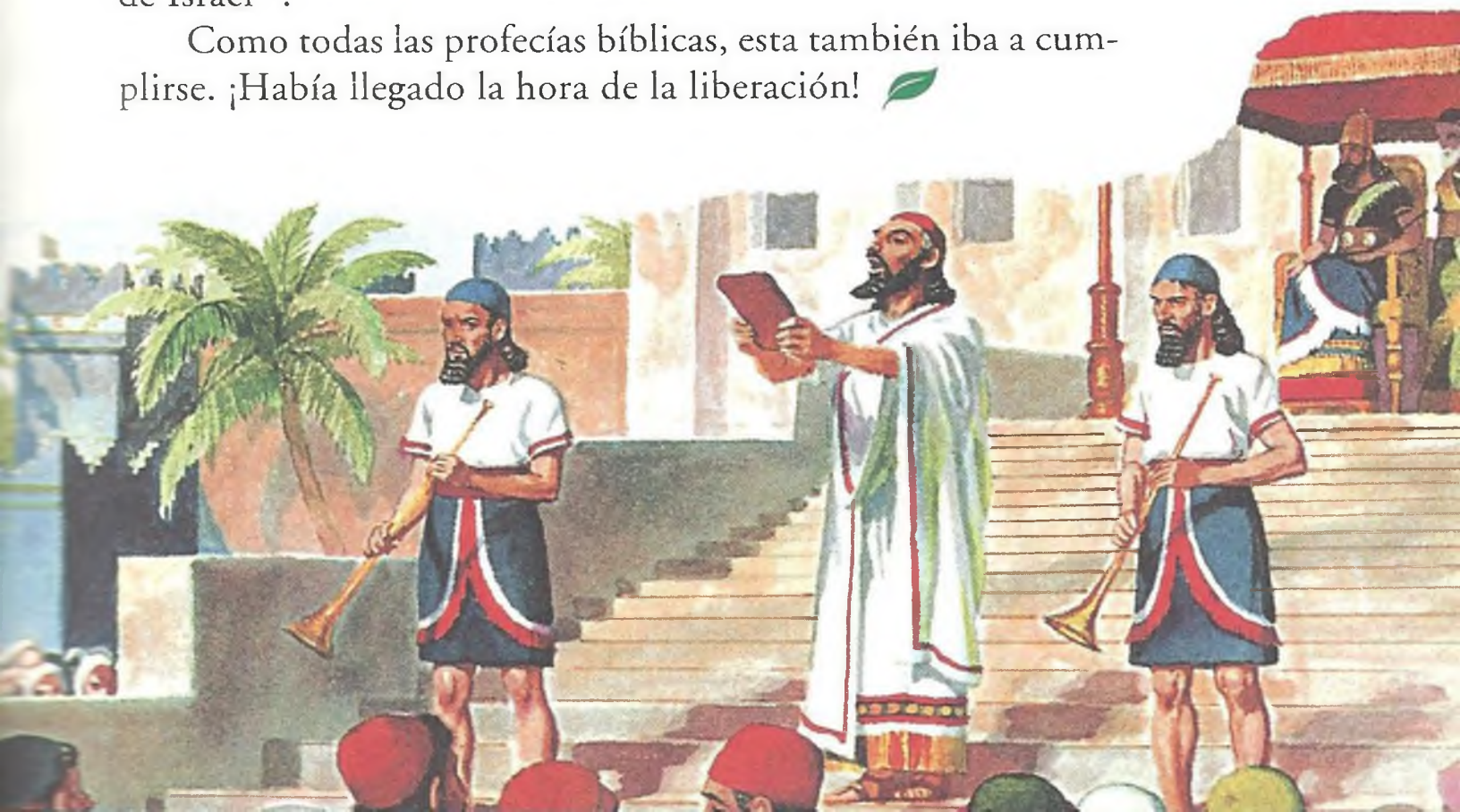
Al llegar a este punto, es muy probable que Daniel le haya mencionado a Ciro la maravillosa profecía de Jeremías que anunciaba que Dios libertaría a su pueblo después de 70 años.

–¿Durante cuánto tiempo han estado ustedes en cautividad? –preguntó Ciro.

–Durante casi 70 años –respondió Daniel–. Todavía me acuerdo cuando las tropas de Nabucodonosor me trajeron a Babilonia siendo yo un muchacho. Ahora soy demasiado viejo como para volver a mi tierra, pero mi pueblo debe regresar. Ha llegado el tiempo de la profecía y Dios ha señalado a Su Majestad para que lo liberte.

Conmovido por estas palabras, el rey decidió hacer lo que el Dios del cielo esperaba de él. Y así, "en el primer año del reinado de Ciro, rey de Persia, el Señor dispuso el corazón del rey para que éste promulgara un decreto en todo su reino y así se cumpliera la palabra del Señor por medio del profeta Jeremías. Tanto oralmente como por escrito, el rey decretó lo siguiente: 'Esto es lo que ordena Ciro, rey de Persia: El Señor, Dios del cielo, que me ha dado todos los reinos de la tierra, me ha encargado que le construya un templo en la ciudad de Jerusalén, que está en Judá. Por tanto, cualquiera que pertenezca a Judá, vaya a Jerusalén a construir el templo del Señor, Dios de Israel'".

Como todas las profecías bíblicas, esta también iba a cumplirse. ¡Había llegado la hora de la liberación!



El camino de regreso

(Esdras 1:7 a 2:67)

CON celeridad, los mensajeros llevaron estas buenas noticias a todo el imperio de Medo-Persia. ¡Imagínate la alegría de los judíos cautivos! Unos pocos habían estado esperando que algo así ocurriera, pero muchos habían abandonado toda esperanza de ver otra vez su tierra. Pero las buenas noticias indicaban que estaban libres y que podían irse cuando quisieran. Era demasiado bueno par ser verdad.

Lo que sucedió después está descrito en el libro de los Salmos: "Cuando el Señor hizo volver a Sión a los cautivos, nos parecía estar soñando. Nuestra boca se llenó de risas; nuestra lengua, de canciones jubilosas. Hasta los otros pueblos decían: 'El Señor ha hecho grandes cosas por ellos'. Sí, el Señor ha hecho grandes cosas por nosotros, y eso nos llena de alegría".[1]

Por supuesto, no todos estaban felices. Algunos eran demasiado ancianos y otros estaban demasiado enfermos como para ir. Había algunas madres con hijos pequeños que no se decidían a emprender el viaje porque les parecía largo y difícil; otros se sentían demasiado cómodos donde estaban y no tenían ningún in-

terés en regresar.

Pronto cada israelita comenzó a preguntarse: "¿Iré o me quedaré?"

"Yo voy", decían unos. "Yo también", decían otros.

Y en un abrir y cerrar de ojos, familias enteras empacaban sus pertenencias y se dirigían al lugar en que la caravana se pondría en marcha. Cuando todos se reunieron, había casi 50.000 personas esperando las órdenes de marcha, ¡y qué grupo alegre constituían!

Era tan hermoso sentirse libre por fin y saber que en poco tiempo se encontrarían otra vez en su propia tierra. ¡Qué bueno había sido el rey Ciro! Hasta les había devuelto "los utensilios que Nabucodonosor se había llevado del templo del Señor en Jerusalén y había depositado en el templo de su dios".

Pero lo mejor de todo era pensar que Dios se había acordado de su promesa y –justo a tiempo– había puesto fin al cautiverio.

El rey Ciro había nombrado a Zorobabel como jefe de la ca-

ravana. Este dirigente era nieto del rey Joacim, que había sido tomado cautivo por Nabucodonosor, y si su abuelo hubiera sido un hombre más bueno, él tal vez habría podido ser en esa época rey de Judá. El evangelio de Mateo dice, además, que Zorobabel llegó a ser uno de los antepasados de José, esposo de María, la madre de Jesús.[2]

Zorobabel fue nombrado gobernador de Judá, y Josué, un descendiente directo de Aarón, ocupó el puesto de sumo sacerdote. Puedes imaginarte cuán ocupados habrán estado ambos tratando de que todos los detalles estuvieran listos para emprender el largo viaje hacia Jerusalén.

Poco a poco la gran caravana fue tomando forma. Además de los hombres, mujeres y niños, había 736 caballos, 245 mulas, 435 camellos y 6.720 asnos.

Por fin Zorobabel dio la orden de emprender la marcha. ¡Qué exclamación de alegría habrá salido de la garganta de todos al ver cómo los que se hallaban al frente de la columna avanzaban seguidos de una larga línea de carros tirados por bueyes, mulas cargadas, vacas, ovejas y cabras, junto a los cuales marchaban las familias de

sus dueños! Hasta me parece ver a los niños danzando de alegría.

¡Cuán ansiosos deben haber estado todos de llegar a Jerusalén! En la caravana había también "doscientos cantores y cantoras". ¡Y cómo deben haber animado a los viajeros con sus voces de júbilo!

Yo no sé qué canciones cantaron al iniciar la marcha, pero bien puede haber sido aquel hermoso salmo que dice:

"Den gracias al Señor, porque él es bueno; su gran amor perdura para siempre. Que lo digan los redimidos del Señor, a quienes redimió del poder del adversario, a quienes reunió de todos los países, de oriente y de occidente, del norte y del sur. Vagaban perdidos... Los llevó por el camino recto hasta llegar a una ciudad habitable. ¡Que den gracias al Señor por su gran amor, por sus maravillas en favor de los hombres!"[3]

Así, con júbilo indescriptible, emprendieron el camino de regreso. En la providencia de Dios había amanecido un nuevo día para los hijos de Israel. Se les daba una nueva oportunidad. ¿Sabrían aprovecharla?

[1] Salmo 126:1-3.
[2] Mateo 1:12.
[3] Salmo 107:1-8.

Cánticos y llantos

(Esdras 3)

CON lentitud, la larga caravana fue cubriendo la distancia que separaba a Babilonia de Palestina. Aquellas 50.000 personas, con todos sus camellos, sus caballos, sus mulas y sus burros no pueden haber avanzado muy rápido. Pero ¿qué les importaba? ¡Estaban libres! ¡Iban en camino a la patria! ¡Por fin habían terminado los largos años de cautiverio! ¡No sorprende que hayan cantado y gritado de alegría!

No se sabe qué ruta tomaron, pero bien puede haber sido la misma que siguió Abraham cuando salió de Ur de los caldeos unos 1.500 años antes.

Es muy probable que cada puesta de sol, al reunirse las familias en torno al fuego, los padres contaran a sus hijos la historia de lo que había pasado desde aquel lejano tiempo: de Isaac, el hijo de Abraham; de Jacob y Esaú; de los 12 hijos de Jacob, de cuya descendencia surgieron las 12 tribus de Israel; del viaje a Egipto y de los largos años de esclavitud en esta tierra; de la gran liberación ocurrida en tiempos de Moisés; del grandioso milagro que Dios había obrado en el Mar Rojo y de las maravillas

que había efectuado en el desierto; del cruce del Jordán y de la conquista de la tierra prometida; de los gloriosos reinados de David y Salomón; de los años de decadencia en que se habían apartado de Dios, y del castigo que había sobrevenido.

Y al terminar todas esas historias que los padres contaban a sus hijos al acostarlos, me parece oírles decir: "Y ahora Dios, en su inmenso amor, nos concede otra oportunidad; por eso estamos de regreso. No debemos fallarle esta vez".

A medida que pasaban los días, el entusiasmo iba en aumento. Los recuerdos de la vida en Babilonia iban borrándose al sentir que la patria estaba cada vez más cerca. Por fin un clamor de alegría brotó de las gargantas de los que iban al frente. ¡Habían visto las montañas de Judá! La feliz noticia recorrió rápidamente la larga caravana.

–¿Estamos cerca? –me parece oír a un niño cansado preguntarle a su madre.

–¡Sí, querido, casi hemos llegado! –le responde ella–. Solo nos falta un poquito.

No mucho tiempo después los viajeros lanzaron la exclamación más fuerte de todas: "¡Jerusalén a la vista!" Sí, por fin estaban de regreso.

Pero lo que vieron no fue agradable. Hasta donde podía alcanzar la vista, en el sitio en que una vez había estado la gran muralla de la ciudad no había entonces más que piedras desparramadas. Del hermoso templo de Salomón solo quedaba un montón de ruinas carbonizadas. Lo mismo pasaba con el palacio real, con las hermosas mansiones y con los comercios que algunos de los cautivos liberados recordaban tan bien. Entre la destrucción, solo unas pocas pobres casas quedaban en pie.

¡De modo que eso era Jerusalén! La gente más joven y los

niños, que nunca habían visto la ciudad, deben haberse sentido muy desilusionados. Hasta alguno puede haber dicho: "¡Pensar que hicimos un viaje tan largo para venir a ver esto!"

Por supuesto, el triste espectáculo no tomó por sorpresa a Zorobabel ni a Josué, los dos dirigentes. Ellos habían previsto lo que encontrarían. Y lo primero que hicieron fue ponerse a reconstruir el altar que una vez se había levantado en el atrio del templo. Luego ofrecieron sobre él holocaustos, los primeros sacrificios que se quemaban allí desde hacía muchos años.

Me imagino que todos los hombres, mujeres y niños que formaban esa multitud de 50.000 personas habrán tratado de acercarse lo más que podían para tomar parte en aquel primer servicio de agradecimiento. Muchos se habrán subido en restos de columnas quebradas, arcos rotos, piedras caídas o en cualquier otro lugar para poder ver y oír la ceremonia. Y al observar que el humo del sacrificio se elevaba en el cielo vespertino, todos inclinaron la cabeza en agradecimiento a Dios por haberlos librado y traído de regreso a la patria.

Durante los días siguientes, los recién llegados comenzaron a recorrer la tierra en busca de buenos campos de cultivo y de sitios adecuados para construir sus hogares. Entretanto, Zorobabel envió mensajeros a Tiro y Sidón para comprar cedros que, después de ser transportados por mar hasta Jope y por tierra hasta Jerusalén, servirían para reedificar el templo. Al mismo tiempo, el dirigente ordenó a los constructores que empezaran a despejar el sitio.

No fue tarea fácil comenzar la reedificación, especialmente porque toda la ciudad había estado en ruinas durante la mayor

parte de los 70 a años del cautiverio en Babilonia. Pero cada uno hizo tan bien su parte, que solo siete meses después Zorobabel estuvo listo para colocar los cimientos del nuevo templo.

¡Y qué ceremonia fue aquella! Una vez más el pueblo se congregó. Los sacerdotes y los levitas, vestidos con mantos, trajeron címbalos y trompetas y todos "cantaban esta alabanza: 'Dios es bueno; su gran amor por Israel perdura para siempre'".

¡Cuán felices estaban! "Y todo el pueblo alabó con grandes aclamaciones al Señor, porque se habían echado los cimientos del templo".

Pero entonces ocurrió algo extraño. En medio de los cantos y la música, comenzaron a oírse lamentos. Mientras la gente joven expresaba su júbilo, los ancianos lloraban en voz alta, y las lágrimas les corrían por las mejillas. Era imposible distinguir "entre los gritos de alegría y las voces de llanto, pues la gente gritaba a voz en cuello, y el ruido se escuchaba desde muy lejos".

La causa de este llanto era, por supuesto, que "muchos de los sacerdotes, levitas y jefes de familia, que eran ya ancianos" recordaban con nostalgia la gloria del templo de Salomón, y este les parecía demasiado pequeño y pobre en comparación. Y así, los cánticos y los llantos marcaron el día del nuevo comienzo.

Más problemas

(Esdras 4)

SI bien algunos estaban gozosos y otros tristes por la reconstrucción del templo, había otro pueblo no lejos de allí que se sentían muy disgustados por lo que estaba sucediendo en Jerusalén. No les gustaba nada.

Se trataba de los nietos o bisnietos de los colonos que los reyes asirios habían traído a Palestina cuando los israelitas habían sido llevados por primera vez en cautiverio. Conocidos con el nombre de samaritanos, habían vivido allí durante tanto tiempo, que ahora consideraban que el país les pertenecía. Por eso, el imprevisto regreso de 50.000 refugiados judíos les preocupó mucho. Temían lo que podía ocurrirles a ellos y a sus propiedades si los judíos llegaban a ser otra vez tan fuertes como durante los reinados de David, Salomón y Ezequías.

Cierto día, varios samaritanos se acercaron a Zorobabel y se ofrecieron para cooperar en la reconstrucción del templo. Por supuesto, lo que se proponían era más estorbar que ayudar, y Zorobabel en seguida descubrió sus intenciones.

–No, gracias –les dijo–. "Nosotros solos nos encargaremos

de reedificar el templo para el Señor, Dios de Israel".

Y sin más explicaciones, los despidió. Ese fue el comienzo de todas las dificultades que existirían entre judíos y samaritanos a lo largo de los siglos.

Sumamente enojados por esto, los samaritanos sobornaron "a algunos de los consejeros para impedirles llevar a cabo sus planes. Esto sucedió durante todo el reinado de Ciro, rey de Persia, y hasta el reinado de Darío, que también fue rey de Persia".

No pudieron hacer mucho daño durante el reinado de Ciro. Este gran rey conocía demasiado bien los planes de Dios para Israel, según los había indicado el profeta Daniel, como para que algunos malos informes difundidos por los enemigos pudieran hacerle cambiar de opinión. Sin embargo, cuando Ciro murió y otro rey subió al trono, las cosas fueron diferentes.

Rejún y un número de otros enemigos de los israelitas enviaron una carta al nuevo rey, Artajerjes. Una copia de la carta se encuentra en el capítulo 4 de Esdras. Esto es lo que dice:

"Sepa Su Majestad que los judíos enviados por usted han llegado a Jerusalén y están reconstruyendo esa ciudad rebelde y mala. Ya están echados los cimientos. Sepa también Su Majestad que si esta gente reconstruye la ciudad y termina la muralla, sus habitantes se rebelarán y no pagarán tributos, ni impuestos ni contribución alguna,... Por eso le enviamos esta denuncia. Pida Su Majestad que se investigue en los archivos donde están las crónicas de los reyes que lo han precedido. Así comprobará que esta ciudad ha sido rebelde y nociva para los reyes y las provincias, y que fue destruida porque hace ya mucho tiempo allí se fraguaron sediciones".

Más Problemas

La carta logro el efecto deseado. El rey hizo que se revisaran los archivos y encontró evidencias más que suficientes de que Jerusalén había causado muchas dificultades a los reyes de Babilonia y Asiria. Hasta es posible que se haya enterado de la derrota del ejército de Senaquerib, cuando este famoso rey perdió 185.000 hombres en una sola noche mientras se hallaba asediando a Jerusalén.

En la respuesta dirigida al gobernador Rejún y sus amigos, el rey dijo que había revisado los registros históricos y descubierto que, en efecto, Jerusalén había sido un semillero de rebeliones en tiempos pasados. Por lo tanto, ordenaba que se hiciera detener de inmediato la reconstrucción de la ciudad.

Contentísimos con el buen éxito de su plan, Rejún y sus amigos se apresuraron a ir hacia Jerusalén con un grupo de hombres armados. Presentando la carta del rey, "por la fuerza de las armas, obligaron a los judíos a detener la obra".

"De este modo el trabajo de reconstrucción del templo de Dios en Jerusalén quedó suspendido". ¡Qué momento más triste debe haber sido aquel! Después de haber venido de tan lejos, de haberse sacrificado tanto, ¡cuán desanimador era verse obligado a suspender los trabajos!

¿Por qué ocurría eso?, se preguntaban los judíos. ¿Habían cometido algún error? ¿Debían haberse quedado en Babilonia? ¿Los había olvidado Dios?

¡Adelante! ¡Levántate!

(Hageo 1:1 a 2:9)

ERAN tiempos sombríos. Incluso Zorobabel y Josué estaban desanimados. No podían comprender por qué Dios había prometido que eso aconteciera. Era lamentable, pensaban, que después de haber sido librados en forma providencial de Babilonia y justamente cuando el pueblo estaba ansioso por reconstruir el templo, se vieran obligados a suspender el trabajo.

Desilusionados, muchos empezaron a construirse hermosas casas. Estaban convencidos de que habían comenzado demasiado pronto la reconstrucción del templo y de que aún no había llegado el momento que Dios había señalado para llevar a cabo esa tarea.

Pero no habían cometido un error. Este contratiempo solo era una prueba para su fe y su valentía. Dios no los había olvidado. Estaba muy cerca, contemplando todo lo que hacían. Un día, envió al profeta Hageo para que se entrevistara con Zorobabel y Josué.

Hablando en el nombre de Dios, Hageo dirigió estas palabras al gobernador: "Este pueblo alega que todavía no es el momento apropiado para ir a reconstruir la casa del Señor". Pero "¿acaso es el momento apropiado para que ustedes residan en

casas techadas mientras que esta casa está en ruinas? Así dice ahora el Señor Todopoderoso: '¡Reflexionen sobre su proceder! Ustedes siembran mucho, pero cosechan poco; comen, pero no quedan satisfechos; beben, pero no llegan a saciarse; se visten, pero no logran abrigarse; y al jornalero se le va su salario como por saco roto'. Así dice el Señor Todopoderoso: '¡Reflexionen sobre su proceder! Vayan ustedes a los montes; traigan madera y reconstruyan mi casa. Yo veré su reconstrucción con gusto, y manifestaré mi gloria –dice el Señor–'".

Zorobabel y Josué escuchaban atentamente. De inmediato reconocieron que era Dios quien hablaba por medio de su profeta. Todo lo que había dicho Hageo era cierto. Desde el momento en que habían dejado de construir el templo, nadie se había sentido verdaderamente feliz. Sus actividades no habían sido bendecidas. Y hasta el dinero ganado había desaparecido como si lo hubieran puesto en saco roto.

Hageo tenía razón. Era tiempo de meditar en lo que hacían;

tiempo de volver a Dios; tiempo de poner manos a la obra y terminar el trabajo.

Después de conversar sobre el tema, los dos dirigentes "obedecieron al Señor su Dios, es decir, obedecieron las palabras del profeta Hageo". Al hacerlo, sintieron un nuevo entusiasmo, que a su vez comunicaron al pueblo.

"Y el Señor inquietó de tal manera a Zorobabel... y al sumo sacerdote Josué... y a todo el resto del pueblo, que vinieron y empezaron a trabajar en la casa de su Dios". Los judíos vinieron a trabajar de cerca y de lejos, y pronto volvieron a oírse en el lugar en que se levantaba el templo los golpes de los martillos, el repiqueteo de los metales al golpear contra las piedras, y las risas y gritos de alegría de los constructores.

No mucho después, Dios envió otro mensaje a los dos dirigentes, uno de los más hermosos que se registran en la Biblia. Les dijo que, puesto que habían obedecido su voz, les revelaría

uno de sus más grandes secretos. No necesitaban entristecerse porque este nuevo templo no era tan hermoso como el de Salomón. Debían seguir construyéndolo y él los bendeciría maravillosamente.

"Pues ahora, ¡ánimo, Zorobabel! –afirma el Señor–. ¡Ánimo, Josué...! ¡Ánimo, pueblo de esta tierra! –afirma el Señor–. ¡Manos a la obra, que yo estoy con ustedes! –afirma el Señor Todopoderoso–. Y mi Espíritu permanece en medio de ustedes, conforme al pacto que hice con ustedes cuando salieron de Egipto. No teman".

No, Dios no se había olvidado de sus promesas, ¡ni siquiera de las que había hecho mil años antes! Su Espíritu continuaba obrando entre su pueblo, a pesar de sus desobediencias y pecados.

Pero eso no era todo. Había en ese mensaje una promesa aún más hermosa: "Porque así dice Jehová de los ejércitos: De aquí a poco yo haré temblar los cielos y la tierra, el mar y la tierra seca; y haré temblar a todas las naciones, y vendrá el Deseado de todas las naciones; y llenaré de gloria esta casa, ha dicho Jehová de los ejércitos... La gloria postrera de esta casa será mayor que la primera, ha dicho Jehová de los ejércitos; y daré paz en este lugar".

De ese modo Dios descorrió la cortina del futuro y permitió que Zorobabel y Josué contemplaran la venida de Jesús, el "Deseado de todas las naciones". Sí, el Mesías vendría a ese lugar y su presencia llenaría el templo de gloria.

Y no faltaba mucho. No, "de aquí a poco", había dicho Hageo. Menos de 500 años, y ¿qué es eso para Dios?

Una montaña se convierte en llanura

(Esdras 5:1 a 6:15; Zacarías 4:6-10)

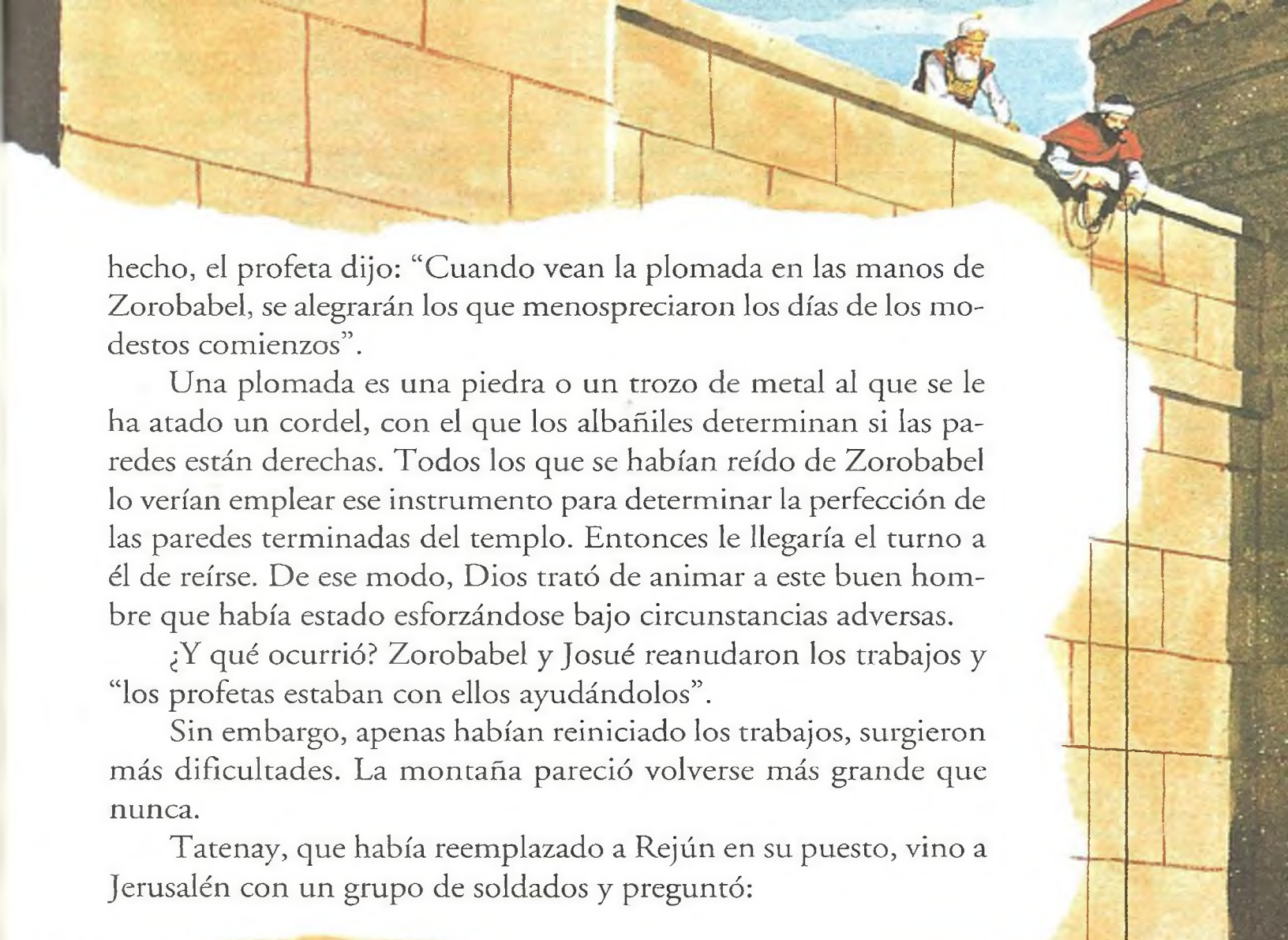
PARA darle más ánimo a Zorobabel, Dios envió a un segundo profeta con otro mensaje alentador. Justamente cuando los problemas del gobernador se habían ido apilando ante él como una gran montaña, el Señor, por medio del profeta Zacarías, le anunció que pronto desaparecerían por completo.

Y esto no sería por algo que hiciera Zorobabel mismo. No, no necesitaba organizar un ejército ni comprar el favor del rey con dinero. "No será por la fuerza ni por ningún poder, sino por mi Espíritu –dice el Señor Todopoderoso–".

Luego el profeta, como si estuviera dirigiéndose a todas las dificultades que preocupaban al gobernador, dijo: "¿Quién te crees tú, gigantesca montaña? ¡Ante Zorobabel sólo eres una llanura!"

En otras palabras, no necesitaba preocuparse acerca de si podría terminar la construcción del templo. "Zorobabel ha puesto los cimientos de este templo, y él mismo terminará de construirlo", aseguró el Señor.

En cuanto a los que criticaban lo que el gobernador había



hecho, el profeta dijo: "Cuando vean la plomada en las manos de Zorobabel, se alegrarán los que menospreciaron los días de los modestos comienzos".

Una plomada es una piedra o un trozo de metal al que se le ha atado un cordel, con el que los albañiles determinan si las paredes están derechas. Todos los que se habían reído de Zorobabel lo verían emplear ese instrumento para determinar la perfección de las paredes terminadas del templo. Entonces le llegaría el turno a él de reírse. De ese modo, Dios trató de animar a este buen hombre que había estado esforzándose bajo circunstancias adversas.

¿Y qué ocurrió? Zorobabel y Josué reanudaron los trabajos y "los profetas estaban con ellos ayudándolos".

Sin embargo, apenas habían reiniciado los trabajos, surgieron más dificultades. La montaña pareció volverse más grande que nunca.

Tatenay, que había reemplazado a Rejún en su puesto, vino a Jerusalén con un grupo de soldados y preguntó:

–"¿Quién los autorizó a reconstruir ese templo y restaurar su estructura? ¿Cómo se llaman los que están reconstruyendo ese edificio?"

Pacientemente, Zorobabel le explicó:

–"Somos siervos del Dios del cielo y de la tierra, y estamos reconstruyendo el templo que fue edificado y terminado hace ya mucho tiempo".

Le dijo entonces cómo, debido a sus pecados, Dios había permitido que su pueblo fuera llevado en cautiverio por Nabucodonosor; pero que, 70 años después, el rey Ciro "ordenó que este templo de Dios fuera reconstruido". Desde entonces hemos estado trabajando, continuó diciendo el dirigente, pero aún "no se ha terminado".

Tatenay le dijo que enviaría un informe al rey Darío y que esperaría su respuesta. Por fortuna, el nuevo gobernador redactó una carta escrita en términos más favorables que la que había enviado Rejún años antes. En ella, sencillamente, pedía que se investigaran los registros del imperio para ver si era cierto que el rey Ciro había promulgado el decreto al que se había referido Zorobabel.

Por supuesto, cuando el rey Darío hizo revisar los archivos, encontró que era así. El rey Ciro había libertado a los judíos cautivos y les había ordenado que reedificaran su templo. En vista de esto, el poderoso monarca dictó el siguiente mensaje dirigido a Tatenay:

"Aléjense de Jerusalén y no estorben la obra de reconstrucción del templo de Dios. Dejen que el gobernador de la provincia de Judá y los dirigentes judíos reconstruyan el templo en su antiguo sitio".

Y como si esto fuera poco, ordenaba a Tatenay que tomara parte de los tributos del rey y que le diera a los judíos ¡para ayudarles a pagar los gastos de la construcción! También había dicho que se les suministrase becerros, carneros y corderos para ofrecerlos en holocausto al Dios del cielo en Jerusalén. "Y lo que fuere necesario... les sea dado día por día sin obstáculo alguno".

¡Que sorpresa se llevó Tatenay cuando recibió esta orden del rey Darío! Sin embargo, no tuvo más remedio que ir rápidamente a Jerusalén para asegurarle a Zorobabel que cumpliría las órdenes reales.

"Así los dirigentes judíos pudieron continuar y terminar la obra de reconstrucción, conforme a la palabra de los profetas Hageo y Zacarías... Terminaron, pues, la obra de reconstrucción, según el mandato del Dios de Israel y por decreto de Ciro, Darío y Artajerjes, reyes de Persia. La reconstrucción del templo se terminó el día tres del mes de adar, en el año sexto del reinado de Darío".

La montaña se convirtió en una llanura, tal como Dios lo había dicho.

Por qué Esdras se arrancó los pelos

(Esdras 7 a 10)

NO todos los judíos que vivían en Babilonia y el resto de Medo-Persia regresaron a Jerusalén cuando el rey Ciro promulgó su famoso decreto que les permitía volver a su hogar. Muchos permanecieron incluso después de un segundo decreto, dado por Darío. Y cuando el rey Artajerjes promulgó una orden semejante en el año 457 a.C., todavía había muchos judíos en Medo-Persia.

Entre ellos se hallaba uno de los descendientes de Aarón llamado Esdras, que "era un maestro muy versado en la ley que el Señor, Dios de Israel, le había dado a Moisés". Sintiendo la atracción de la tierra de sus mayores, y ansioso por ver lo que se había hecho allí desde la llegada de los primeros repatriados, Esdras trató de conseguir el permiso del rey para encabezar una nueva caravana de judíos deseosos de volver a Jerusalén.

Con comprensión, el rey accedió a su pedido, y a la vez le dio un precioso documento. "Artajerjes, rey de reyes, a Esdras, sacerdote y maestro –comenzaba diciendo–. He dispuesto que todos los israelitas que quieran ir contigo a Jerusalén puedan ha-

cerlo, incluyendo a los sacerdotes y levitas".

Este decreto también le permitía a Esdras llevar toda la plata y el oro que pudiera reunir para hacer progresar la obra de reconstrucción en Jerusalén. Además, le daba autoridad para nombrar "magistrados y jueces" dotados de poder para castigar a los delincuentes con la cárcel o la muerte. Ningún judío, desde que los babilonios se habían apoderado de su territorio, había sido investido de tanta autoridad ni respaldo con tantos recursos.

Si lo comparamos con los 50.000 que regresaron a las órdenes de Zorobabel, el grupo dirigido por Esdras era muy pequeño. Unos 5.000 o 6.000 hombres, mujeres y niños se le unieron. Dado que llevaban tanto dinero, algunos de los del grupo temían ser atacados por bandidos en el trayecto; pero Esdras tuvo vergüenza "de pedirle al rey que nos enviara un pelotón de caballería para que nos protegiera de los enemigos, ya que le habíamos dicho al rey que la mano de Dios protege a todos los que confían en él, pero que Dios descarga su poder y su ira contra quienes lo abandonan".

De modo que, en lugar de hacerlo, ayunaron y oraron pidiendo a Dios que los protegiera. Así lo hizo el Señor, y después de una travesía de cuatro meses, llegaron sanos y salvos a Jerusalén con todo el dinero.

Fue un gran día cuando por fin entraron en la ciudad santa.

Orgullosos y felices, entregaron el oro y la plata a los sacerdotes que estaban a cargo de los servicios del templo. Pero su alegría no duró mucho.

Apenas había estado Esdras en Jerusalén durante unos pocos días, oyó algo que hizo que se rasgara la túnica y el manto, y se arrancara los pelos de la cabeza y de la barba. "El pueblo de Israel, incluso los sacerdotes y levitas –le dijeron los jefes–, no se ha mantenido separado de los pueblos vecinos... De entre las mujeres de esos pueblos han tomado esposas para sí mismos y para sus hijos".

Esdras no podía creer lo que oía. Esa era una de las cosas que Dios había prohibido expresamente a su pueblo. Con ninguna excusa debía permitirse que los jóvenes se casaran con muchachas que no creían en Dios. Ese había sido el gran pecado de Salomón, que había traído tan tristes consecuencias para Israel. Y sin embargo ahora, solo unos pocos años después de que Dios los había librado del cautiverio, volvían a hacerlo.

Aquella tarde, Esdras se postró y, alzando a Dios las manos, dijo: "Dios mío, estoy confundido y siento vergüenza de levantar el rostro hacia ti, porque nuestras maldades se han amontonado hasta cubrirnos por completo; nuestra culpa ha llegado hasta el cielo".

Luego de agradecerle a Dios por haber hecho que los reyes de Persia libraran al pueblo y le permitieran reconstruir el templo, exclamó: "Y ahora, después de lo que hemos hecho, ¿qué podemos decirte?... Después de todo lo que nos ha acontecido por causa de nuestras maldades y de nuestra grave culpa, reconocemos que tú, Dios nuestro, no nos has dado el castigo que merecemos, sino que nos has dejado un remanente. ¿Cómo es posible que volvamos a

quebrantar tus mandamientos contrayendo matrimonio con las mujeres de estos pueblos que tienen prácticas abominables? ¿Acaso no sería justo que te enojaras con nosotros y nos destruyeras hasta no dejar remanente ni que nadie escape?"

Así, rogó a Dios que los perdonara y que les diera una nueva oportunidad. Luego, convocó a todos los israelitas y les dijo cuál era su gran preocupación. Fervorosamente, les imploró que enderezaran sus caminos cuando aún había tiempo.

Aquella fue una reunión triste. Muchos estaban preocupados porque no sabían qué hacer con sus esposas paganas; y todos se sentían incómodos porque estaba lloviendo copiosamente.

Por fin, el pueblo dijo, al unísono:

–"Haremos todo lo que nos has dicho".

Por supuesto, no era fácil deshacer tantos matrimonios de la noche a la mañana, pues no solo debía pensarse en las mujeres, sino también en los hijos. Eran necesarios días y semanas para arreglar las distintas situaciones. Se nombró una corte especial para juzgar cada caso, y pasaron tres meses antes de que se hubieran podido resolver todos los problemas.

Aquello debía hacerse, pues de lo contrario Israel hubiera vuelto a caer pronto en la idolatría. ¡Pero cuántas tristes despedidas debe haberse oído en aquellos días!

El copero del rey

(Nehemías 1:1 a 2:9)

CERCA de 12 años después del viaje de Esdras a Jerusalén, un judío llamado Jananí viajó de Jerusalén a Susa, una ciudad cercana al Golfo Pérsico donde el rey tenía uno de sus palacios. No se sabe cuál fue la razón que lo llevó a viajar tanto; pero el hecho es que cuando llegó allí, Nehemías, el copero del rey, lo mandó llamar.

–¿Qué noticias traes de Jerusalén? –le preguntó Nehemías, que también era judío–. ¿Cómo se encuentran Esdras y los que volvieron con él? ¿Ya han reedificado las murallas de la ciudad?

Como en aquellos tiempos no había diarios, ni radio, ni teléfono, ni televisión, el único medio de enterarse de lo que ocurría en otros lugares era haciendo preguntas a los viajeros tales como Jananí.

Las noticias que traía el recién llegado no eran buenas. Había visto que los repatriados se encontraban "enfrentando una gran calamidad y humillación". Las cosas no marchaban bien. Era cierto que se había reconstruido el templo y que en él se cele-

braban servicios religiosos; pero el muro de la ciudad seguía aún destruido y las puertas quemadas e inútiles, como habían estado durante muchos años.

Las noticias entristecieron a Nehemías. Tanto, que lloró, ayunó y oró a Dios. "Señor, Dios del cielo, grande y temible, que cumples el pacto y eres fiel con los que te aman y obedecen tus mandamientos, te suplico que me prestes atención, que fijes tus ojos en este siervo tuyo que día y noche ora en favor de tu pueblo Israel".

Mientras oraba, se le ocurrió que tal vez él debía ir a Jerusalén para completar lo que aún debía hacerse. Pero ¿como podía dejar su trabajo? ¿No era acaso el copero del rey? Por eso le dijo al Señor que si deseaba que fuera a Jerusalén, le ayudara a "ganarse el favor del rey", vale decir, el rey Artajerjes.

Poco después de esto, mientras servía al soberano, su pedido recibió respuesta del modo más inesperado. Puesto que era el copero del rey, se esperaba que Nehemías estuviera siempre sonriente y alegre; pero ese día estaba tan triste por lo que había oído de Jerusalén, que se sentía con más ánimo de llorar que de reír. El rey se dio cuenta de que no estaba tan alegre como siempre.

–"¿Por qué estás triste?" –le preguntó–. ¿Estás enfermo?

–No, mi señor –respondió Nehemías, inclinándose respetuosamente.

–Entonces, ¿por qué estás con tan mala cara? "No me parece que estés enfermo, así que debe haber algo que te está causando dolor".

Al oír esto, Nehemías se atemorizó mucho porque sabía bien que al rey no le gustaba ver gente triste entre sus servidores.

–"¡Qué viva Su Majestad para siempre! –dijo con profundo respeto–, ¿Cómo no he de estar triste, si la ciudad donde están los sepulcros de mis padres se halla en ruinas?"

–"¿Qué quieres que haga? –replicó el rey" bondadosamente.

Elevando a Dios una oración silenciosa, Nehemías respondió:

–"Si a Su Majestad le parece bien, y si este siervo suyo es digno de su favor, le ruego que me envíe a Judá para reedificar la ciudad donde están los sepulcros de mis padres".

–"¿Cuánto durará tu viaje? –le preguntó entonces el rey–. ¿Cuándo regresarás?"

Nehemías le dijo cuánto tiempo pensaba que le llevaría el viaje y, para su gran alegría, Artajerjes le dio permiso de ir. No solo eso, sino que ordenó a "su caballería y sus capitanes" que lo acompañaran hasta Jerusalén. También le dio una orden escrita para que "su guardabosques" le facilitara toda la madera necesaria para la reconstrucción de la ciudad.

Así, de una manera maravillosa, fue contestada la oración ferviente de Nehemías; y pronto –para su gran sorpresa– el copero del rey de Persia se hallaba en viaje hacia la ciudad de sus sueños.

ILUSTRACIÓN DE PABLO REMMEY

Cuando el rey supo el motivo de la tristeza de Nehemías –su copero–, le dio permiso para ir a la tierra de sus antepasados y reedificar las destruidas murallas de Jerusalén.

El viaje secreto

(Nehemías 2:9-18)

CUANDO Nehemías ingresó en Jerusalén con su escolta de oficiales del ejército persa y la caballería, más de uno de los que lo vieron debe haberse preguntado quién era y a qué venía. Quizá pensaron que se trataba de otro recolector de impuestos o de un mercader rico que había contratado a todos aquellos soldados para que lo protegieran durante el viaje.

De cualquier modo, Nehemías no respondió a las preguntas de los curiosos inmediatamente. Primero quería ver por sí mismo en qué estado se encontraban las cosas.

Sabiendo que la gente comenzaría a sospechar de él si se ponía a hacer averiguaciones por la ciudad durante el día, decidió inspeccionarla por la noche y él mismo nos cuenta la historia:

"Tres días después de haber llegado a Jerusalén, salí de noche acompañado de algunos hombres, pero a ninguno de ellos le conté lo que mi Dios me había motivado hacer por Jerusalén... Esa noche salí por la puerta del Valle hacia la fuente del Dragón y la puerta del Basurero. Inspeccioné las ruinas de la muralla de

Jerusalén, y sus puertas consumidas por el fuego. Después me dirigí hacia la puerta de la Fuente y el estanque del Rey".

En ese paraje tuvo que desmontar porque, según cuenta, "no hallé por dónde pasar con mi cabalgadura. Así que, siendo aún de noche, subí por el arroyo mientras inspeccionaba la muralla. Finalmente regresé y entré por la puerta del Valle".

Debe haber sido una inspección misteriosa y emocionante. Imagínate el grupito de hombres, iluminado por la tenue luz de la luna, avanzando entre grandes restos de muralla, piedras desparramadas y pilas de escombros recubiertos de musgo y hierbas. Más de una vez deben haber pensado en los días gloriosos de Israel, cuando David y Salomón habían convertido a Jerusalén en una ciudad conocida y respetada por todo el mundo.

Nehemías quedó muy preocupado por lo que vio. ¡Qué ruinas! ¡Qué desolación! Parecía increíble que casi 90 años después de que los primeros repatriados habían vuelto, se había hecho poco y nada para reconstruir las murallas de la ciudad. ¡Ciertamente, Dios no se sentiría satisfecho al ver la capital de Israel en un estado tan deplorable!

Al día siguiente, Nehemías fue a entrevistarse con los diri-

gentes de la ciudad. La Biblia no nos dice si les mencionó la gira secreta de inspección que había realizado la noche anterior, pero lo que sabemos es que les habló enfáticamente acerca de la necesidad de reconstruir las murallas.

–"Ustedes son testigos de nuestra desgracia. Jerusalén está en ruinas, y sus puertas han sido consumidas por el fuego. ¡Vamos, anímense! ¡Reconstruyamos la muralla de Jerusalén para que ya nadie se burle de nosotros!"

Sin duda, no faltaron quienes se habrán sonreído ante el entusiasmo del recién llegado; algunos se habrán encogido de hombros, indicando así que no sabían cómo remediar la situación. Otros habrán preguntado simplemente: "¿De dónde sacaremos dinero para hacerlo?"

Pero Nehemías no era de los que se desaniman pronto. Tenía una respuesta para cada objeción. Su lema parecía ser: "¡Podemos y debemos hacerlo!" Con tanto entusiasmo siguió hablándoles, que al fin los dirigentes se contagiaron de su optimismo.

Por supuesto, Nehemías debe haberles mencionado el cargo que desempeñaba en la corte de Artajerjes y los favores que había recibido del rey, incluyendo la carta en que se ordenaba al guardabosques real que le facilitase todas las maderas y vigas que necesitara. Seguramente, los animó, había llegado el momento de actuar; esta era la hora oportuna de Dios.

Por fin, los dirigentes se convencieron. Entusiasmados con el fuego de sus palabras:

–"¡Manos a la obra!" –exclamaron.

"Y unieron la acción a la palabra".

Trabajando unidos

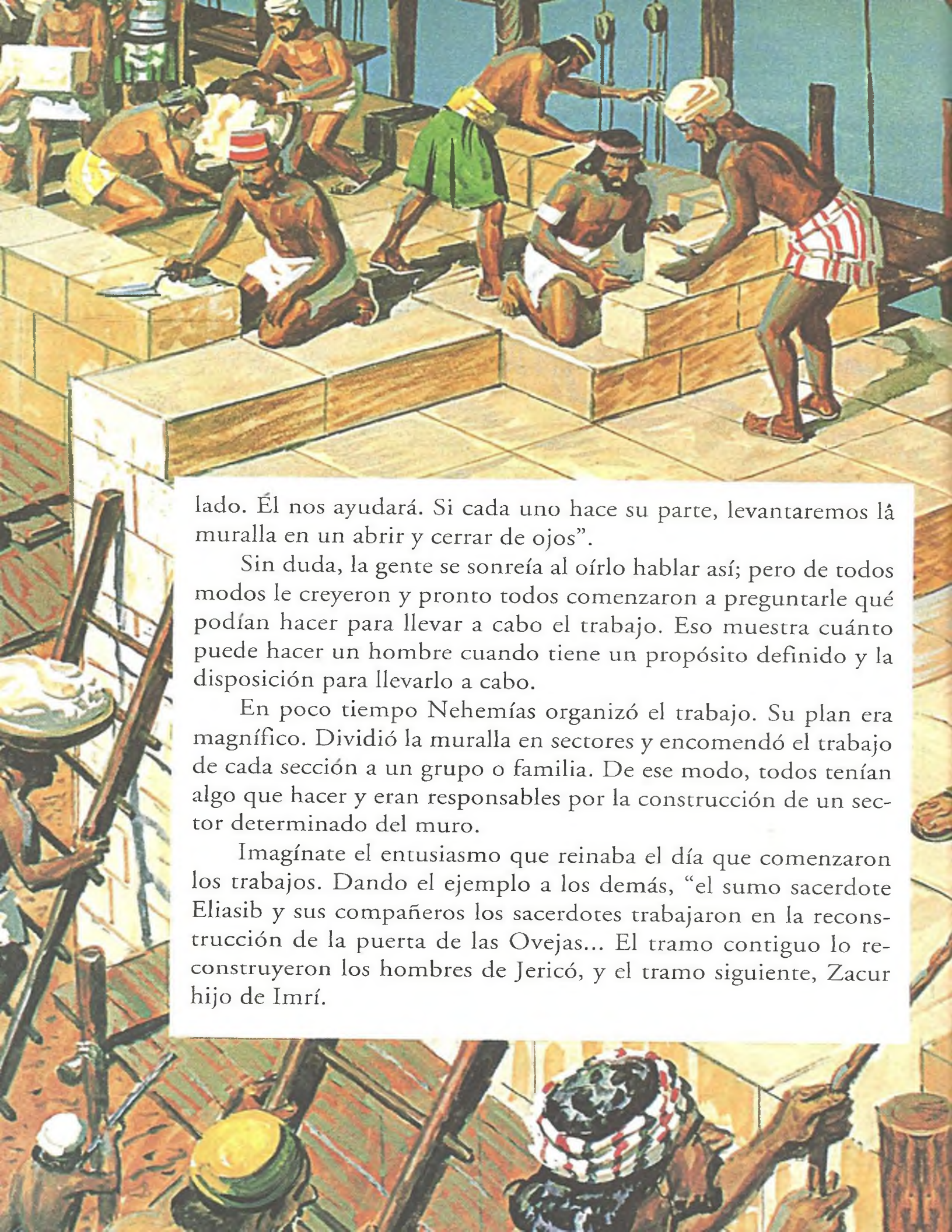
(Nehemías 3)

CUANDO se corrió la voz de que se estaban por reedificar finalmente las murallas de Jerusalén, resucitó la ciudad que había permanecido inerte durante muchos años. Una nueva esperanza ardía en cada corazón.

Desde que los primeros cautivos habían regresado de Babilonia, la gente había hablado de la necesidad de restaurar los muros; sin embargo, siempre se había ido postergando la tarea. Las excusas eran muchas: llevaría mucho tiempo, había muchas otras cosas que hacer primero y no había dinero.

Pero ahora había llegado un hombre lleno de entusiasmo que decía: "¡Podemos hacerlo!", y: "¡Hagámoslo ahora!" Todos se habían contagiado de su actitud y estaban ansiosos por ponerse en acción.

Nehemías había estado recorriendo la ciudad y conversando con todos los que encontraba, ya sean sacerdotes, jefes, magistrados o alguno de "los que estaban trabajando en la obra". Y a cada persona que le expresaba dudas, él decía: "¡Claro que podemos hacerlo! Ya verá. Dios está de nuestro



lado. Él nos ayudará. Si cada uno hace su parte, levantaremos la muralla en un abrir y cerrar de ojos".

Sin duda, la gente se sonreía al oírlo hablar así; pero de todos modos le creyeron y pronto todos comenzaron a preguntarle qué podían hacer para llevar a cabo el trabajo. Eso muestra cuánto puede hacer un hombre cuando tiene un propósito definido y la disposición para llevarlo a cabo.

En poco tiempo Nehemías organizó el trabajo. Su plan era magnífico. Dividió la muralla en sectores y encomendó el trabajo de cada sección a un grupo o familia. De ese modo, todos tenían algo que hacer y eran responsables por la construcción de un sector determinado del muro.

Imagínate el entusiasmo que reinaba el día que comenzaron los trabajos. Dando el ejemplo a los demás, "el sumo sacerdote Eliasib y sus compañeros los sacerdotes trabajaron en la reconstrucción de la puerta de las Ovejas... El tramo contiguo lo reconstruyeron los hombres de Jericó, y el tramo siguiente, Zacur hijo de Imrí.

"La puerta de los Pescados la reconstruyeron los descendientes de Sená... El tramo contiguo lo reconstruyó Meremot... y el tramo siguiente Mesulán... El siguiente tramo lo reconstruyó Sadoc... Los de Tecoa reconstruyeron el siguiente tramo de la muralla...

"El tramo contiguo lo reconstruyeron Melatías... y Jadón... Uziel..., que era uno de los plateros, reconstruyó el siguiente tramo de la muralla, y uno de los perfumistas, llamado Jananías, el siguiente... El siguiente tramo lo reconstruyó Refaías hijo de Jur, que era gobernador de una mitad del distrito de Jerusalén...

"Salú... reconstruyó la puerta de la Fuente... hasta las gradas que llevan a la Ciudad de David".

Alrededor de toda la ciudad, sacerdotes, gobernadores, comerciantes, escribas y artesanos estaban ocupados poniendo todo de sí. Ancianos y jóvenes, madres e hijas; todos hicieron su parte. Y estoy seguro de que los niños y las niñas iban de aquí para allá, por todas partes, acarreando materiales y tratando de ayudar.

Algunos trabajaban con más entusiasmo que otros. "El sector

que va desde la esquina hasta la puerta de la casa del sumo sacerdote Eliasib, lo reconstruyó con entusiasmo Baruc hijo de Zabay". Y los nobles de los tecoítas "no quisieron colaborar con sus dirigentes". En otras palabras, no estaban dispuestos a ayudar.

Pero como había tanta gente que trabajaba con alegría, no pasó mucho tiempo antes de que el muro comenzara a tomar forma. Algunos preparaban la mezcla, otros levantaban las piedras y otros las colocaban en su lugar. Entretanto, lo que no eran tan hábiles en la construcción traían más y más materiales a los sitios en que se edificaba.

Sin duda, los de cada grupo miraban con el rabillo del ojo a los del grupo vecino para ver cuán rápido avanzaban; y no sería extraño que hubiera habido más de una competencia silenciosa para ver quiénes podían edificar más en un solo día. Con toda seguridad, se habrán ayudado mutuamente cuando uno de los grupos tenía que realizar alguna tarea difícil, cuando por ejemplo una de las piedras o alguna de las vigas resultaba demasiado grande y pesada como para que una sola familia la levantara. Y Nehemías iba de un lado al otro en el muro, radiante de entusiasmo y animando a todos.

Hacía muchos, muchos años que el pueblo de Jerusalén no había estado tan ocupado y feliz. El trabajo que habían considerado imposible de realizar se estaba completando a la vista de todos.

¡Por fin los tan necesarios muros de la ciudad comenzaban a levantarse!

El valle de Ono

(Nehemías 2:19, 20; 4; 6:1-15)

RESULTA extraño que, siempre que alguna persona desea hacer una obra grande para Dios, aparece alguien que trata de estorbar. Así pasó con la construcción de los muros de Jerusalén. Ni bien Nehemías consiguió que todo el pueblo se pusiera a trabajar, Sambalat, Tobías y Guesén comenzaron a causar dificultades.

Desde el comienzo, Nehemías no les cayó en gracia. Al saber que había llegado, les disgustó en extremo porque "alguien había llegado a ayudar a los israelitas". Y cuando el pueblo comenzó a reedificar el muro, se acercaron para burlarse.

–"¿Qué están haciendo estos miserables judíos? –preguntó, mofándose, Sambalat–. ¿Piensan acaso terminar en un solo día? ¿Cómo creen que de esas piedras quemadas, de esos escombros, van a hacer algo nuevo?"

–"¡Hasta una zorra, si se sube a ese montón de piedras, lo echa abajo!"–añadió Tobías con desprecio.

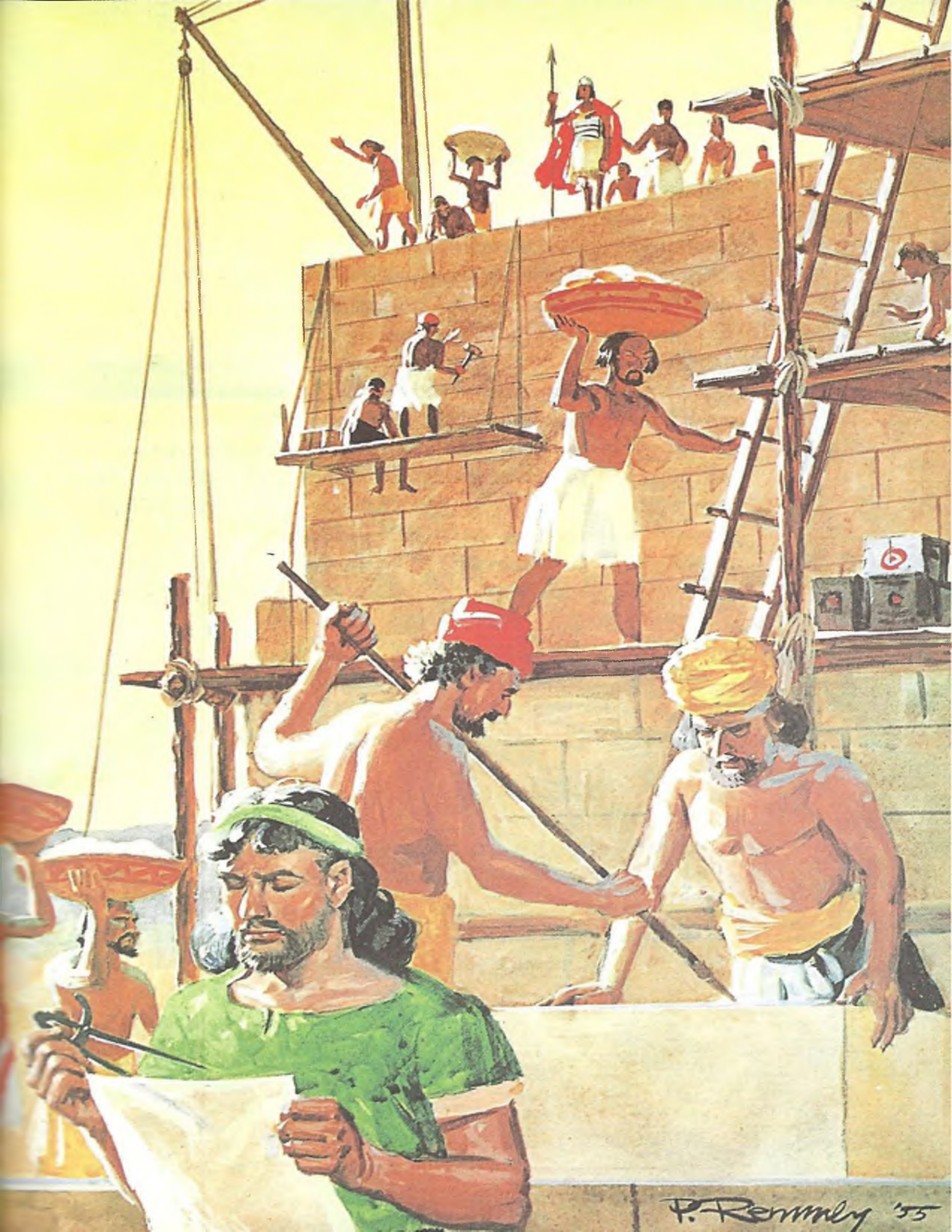
Pero Nehemías no les prestó atención. Siguió construyendo. Sin embargo, cuando habían terminado de edificar la mitad de la muralla, le llegaron noticias de que Sambalat, Tobías y Guesén es-

taban reuniendo un ejército para atacar la ciudad y derribar sus muros. Algunos judíos amigos que vivían en los campos cercanos les avisaron que los enemigos planeaban deslizarse sigilosamente entre las pilas de escombros para atacar a los constructores, matarlos, y hacer que cesaran las obras.

Nehemías, sin perder la calma, actuó de inmediato. Ordenó a todos que dejaran a un lado las herramientas de construcción, que se armaran "con sus espadas, arcos y lanzas", y se pusieran junto al muro para rechazar a los atacantes. Al mismo tiempo, envió a todos los defensores de la ciudad este mensaje animador: "¡No les tengan miedo! Acuérdense del Señor, que es grande y temible, y peleen por sus hermanos, por sus hijos e hijas, y por sus esposas y sus hogares".

Afortunadamente, no llegaron a pelear. Cuando Sambalat y sus hombres, avanzando con sigilo para atacar la ciudad, vieron que en todas partes de la muralla medio construida había hombres armados, se asustaron y huyeron.

Desde esa ocasión, sin embargo, Nehemías nunca se sintió seguro. Los rufianes podían regresar en cualquier momento. Así que


P. Remmey '55

ordenó que la mitad de la gente continuara construyendo, mientras la otra mitad montaba guardia. Además, hizo que cada obrero tuviera una espada ceñida mientras trabajaba.

"Así que –dice el relato de Nehemías–, desde el amanecer hasta que aparecían las estrellas, mientras trabajábamos en la obra, la mitad de la gente montaba guardia lanza en mano".

Por la noche, la vigilancia también continuaba. Algunos, incluso Nehemías, no se quitaban la ropa si no era para bañarse.

Con un dirigente tan entusiasta y previsor, no sorprende que la obra avanzara tan rápidamente. Días tras días se notaba que las murallas iban elevándose. Las distintas secciones fueron uniéndose, cerrando así las brechas que había entre ellas. ¡Y cuántas exclamaciones de alegría deben haberse oído cuando por fin se pusieron las últimas piedras y cada familia se trepó en la muralla y comenzó a caminar alrededor de la ciudad!

Un día, cuando ya toda la población estaba protegida por la muralla y no quedaba otra cosa que hacer que poner las puertas, ¿quiénes te parece que se aparecieron sino los hombres de Sambalat?

–"Tenemos que reunirnos contigo en alguna de las poblaciones del valle de Ono" –era el mensaje que traían de su jefe.

Pero Nehemías no era de los que caían fácilmente en la trampa. Se dio cuenta en seguida de que trataban de engañarlo. Por eso envió esta respuesta:

–"Estoy ocupado en una gran obra, y no puedo ir. Si bajara yo a reunirme con ustedes, la obra se vería interrumpida".

Cuatro veces mandó Sambalat a sus mensajeros invitando a Nehemías a que descendiera al valle de Ono, y otras tantas este valiente líder respondió del mismo modo: "No, no puedo ir". Y así debes res-

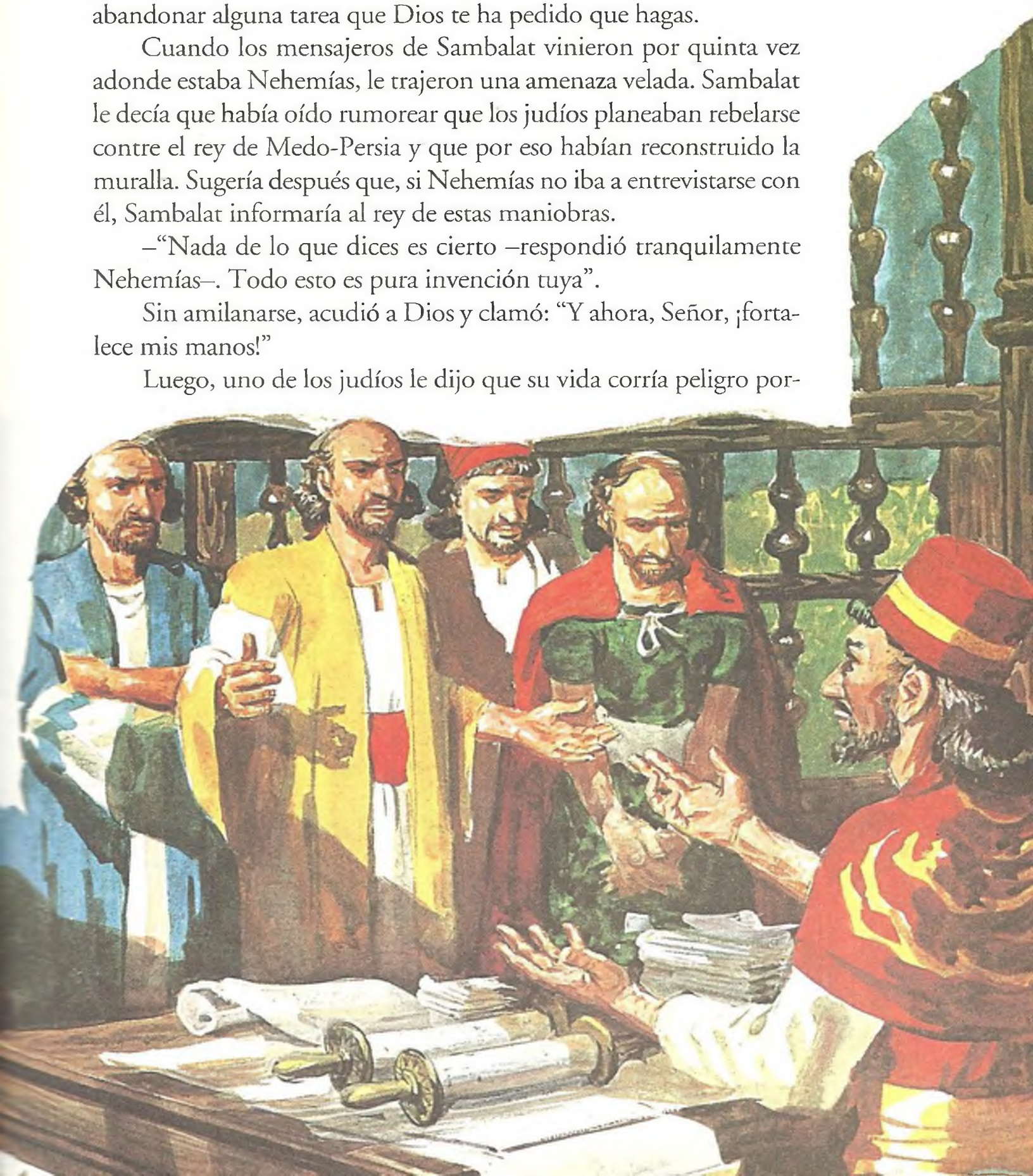
ponder tú también cada vez que alguien te tiente a hacer el mal o a abandonar alguna tarea que Dios te ha pedido que hagas.

Cuando los mensajeros de Sambalat vinieron por quinta vez adonde estaba Nehemías, le trajeron una amenaza velada. Sambalat le decía que había oído rumorear que los judíos planeaban rebelarse contre el rey de Medo-Persia y que por eso habían reconstruido la muralla. Sugería después que, si Nehemías no iba a entrevistarse con él, Sambalat informaría al rey de estas maniobras.

–"Nada de lo que dices es cierto –respondió tranquilamente Nehemías–. Todo esto es pura invención tuya".

Sin amilanarse, acudió a Dios y clamó: "Y ahora, Señor, ¡fortalece mis manos!"

Luego, uno de los judíos le dijo que su vida corría peligro por-



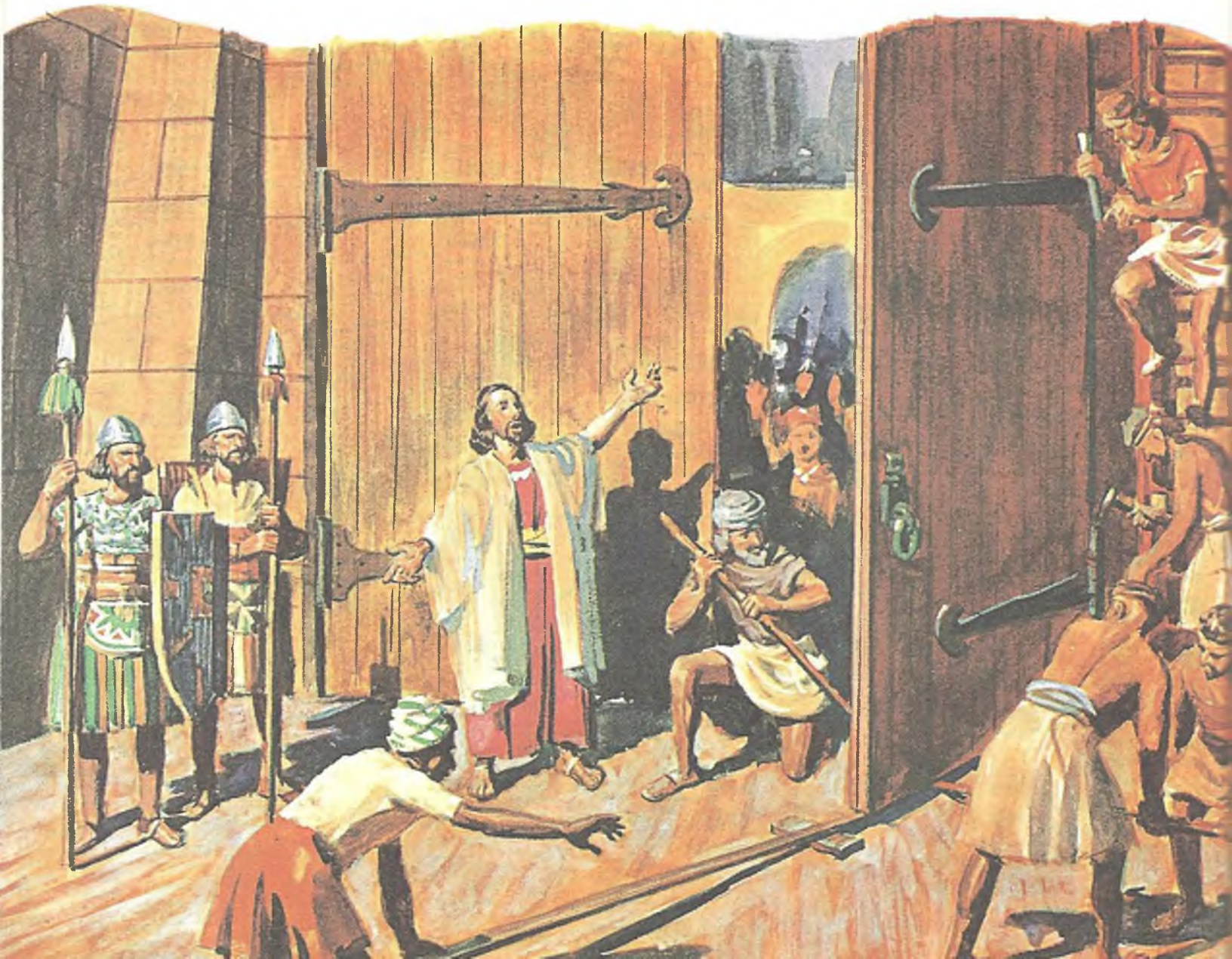
que algunos enemigos habían entrado en la ciudad y estaban tratando de matarlo. Por eso le aconsejó que se encerrara en el templo.

–"¡Yo no soy de los que huyen! –respondió este noble caudillo–. ¡Los hombres como yo no corren a esconderse en el templo para salvar la vida! ¡No me esconderé!"

Y no lo hizo. Valientemente, siguió realizando la tarea por la que había venido a Jerusalén. Por fin se colocaron las puertas y el trabajo quedó terminado.

¿Y cuánto tiempo se necesitó para realizar aquella gran obra que algunos consideraban imposible? ¡Solo 52 días! Y todo porque alguien tuvo visión, fe y valor.

¡Qué ejemplo el del copero del rey!



Gran júbilo en Jerusalén

(Nehemías 8; 12:27-43)

LUEGO de la colocación de la última piedra y la última puerta, Nehemías comenzó a hacer planes para la dedicación de la muralla. Se enviaron invitaciones a los habitantes de las aldeas cercanas. Nehemías invitó especialmente a los levitas y a "los cantores", pues deseaba que todos los que supieran cantar o tocar algún instrumento estuvieran presentes, porque estaba planeando una gran celebración.

¡Y qué día fue aquel! Todo el mundo estaba presente. Hombres, mujeres y niños, de cerca y de lejos, habían venido a la ciudad. Con satisfacción y alegría observaban la muralla recién construida y se admiraban de la belleza de las nuevas puertas. Y puedes estar seguro de que todos los que habían tomado parte en la construcción se sentían más que recompensados por el tiempo y el esfuerzo que habían dedicado.

Entonces, comenzó la procesión. Los sacerdotes y los levitas marcharon al frente. "Después de purificarse a sí mismos, los sacerdotes y los levitas purificaron también a la gente, las puertas y la muralla". Tras ellos iban los príncipes de Judá y "dos grandes coros" que entonaban alabanzas. Después de subir "derecho por las gradas

de la Ciudad de David", la mitad de la procesión comenzó a avanzar por encima de las murallas hacia la derecha, mientras las otra mitad se dirigía hacia la izquierda.

La muralla estaba llena de curiosos, y cuando todos se encontraron en sus puestos, los músicos hicieron sonar triunfalmente sus trompetas, cuyos ecos resonaron en las colinas de los alrededores. Luego, los cantores entonaron sus himnos de alabanza. ¡Y cómo cantaban!

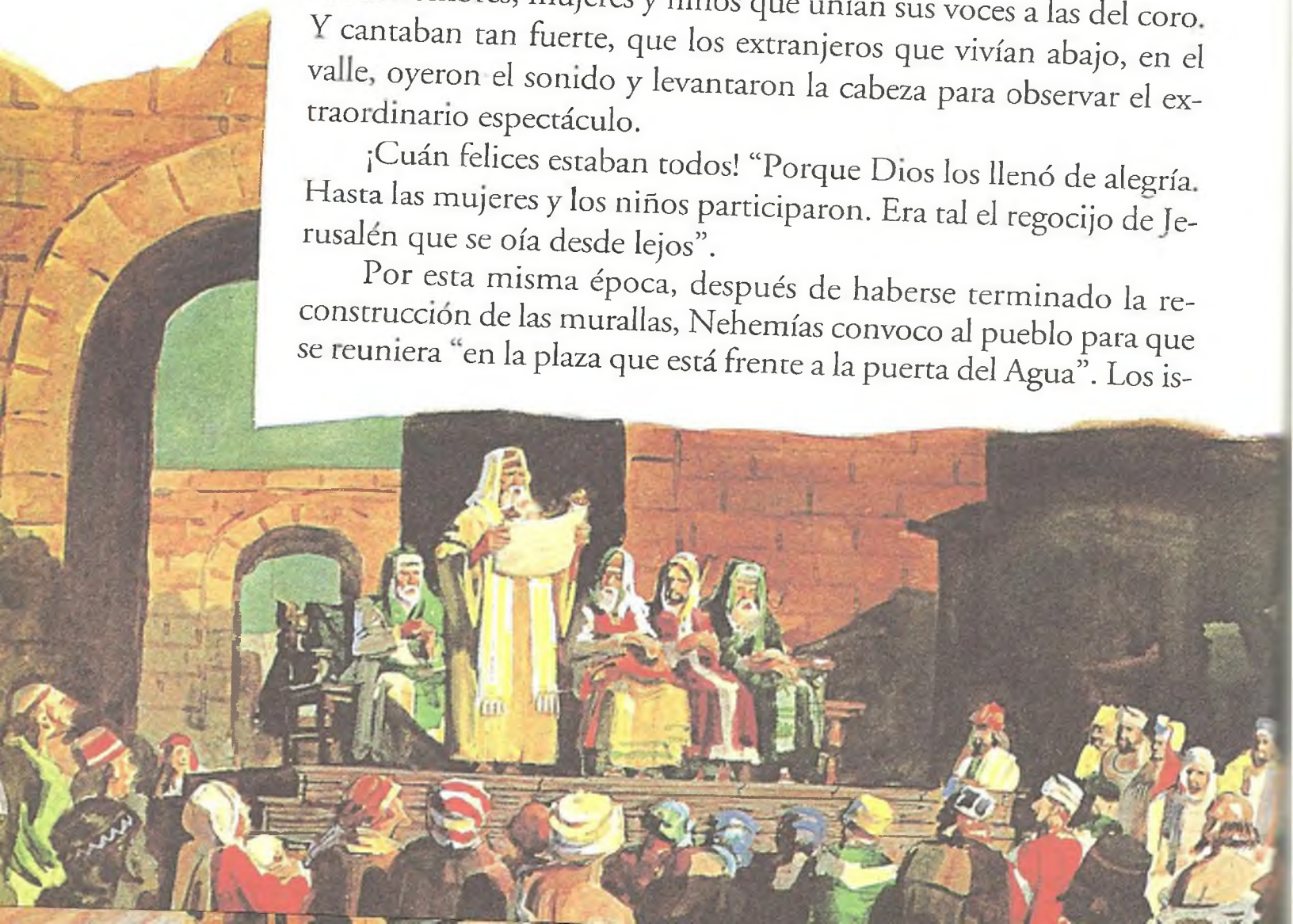
"¡Aleluya! ¡Alaben al Señor
porque él es bueno,
y su gran amor perdura para siempre!"*

¡Alaben al Señor! ¡Alaben al Señor!

Pronto, todo el pueblo cantaba. En todas partes de la muralla había hombres, mujeres y niños que unían sus voces a las del coro. Y cantaban tan fuerte, que los extranjeros que vivían abajo, en el valle, oyeron el sonido y levantaron la cabeza para observar el extraordinario espectáculo.

¡Cuán felices estaban todos! "Porque Dios los llenó de alegría. Hasta las mujeres y los niños participaron. Era tal el regocijo de Jerusalén que se oía desde lejos".

Por esta misma época, después de haberse terminado la reconstrucción de las murallas, Nehemías convoco al pueblo para que se reuniera "en la plaza que está frente a la puerta del Agua". Los is-



raelitas vinieron "como un solo hombre" y pronto no había más espacio para nadie. Todos estaban ansiosos de escuchar al caudillo.

Observaron que se había construido un alto estrado de madera cerca de la puerta, y supusieron que Nehemías iba a hablarles desde allí. Pero no fue Nehemías quien habló en esa ocasión, sino el anciano Esdras, el hombre que había dirigido a miles de repatriados judíos en su viaje a Jerusalén hacía ya varios años.

Es muy probable que mientras se llevaba a cabo la reconstrucción del muro con bullicio y agitación, el anciano escriba permaneció apartado, realizando sus tareas en el templo y escribiendo los registros. Pero ahora volvía a actuar, y todos se sintieron felices de verlo otra vez. Tenía en las manos un rolo de libros sagrados. "Abrió el libro y todo el pueblo se puso de pie".

Lo que Esdras tenía en la mano no era la Biblia tal como la conocemos nosotros, porque entonces no se habían escrito todavía varios libros del Antiguo Testamento y ninguno de los del Nuevo Testamento. Probablemente en el rollo solo se hallaban los cinco libros de Moisés, desde Génesis hasta Deuteronomio. ¡Pero cuán precioso era para ellos! Todo escrito a mano, ese ejemplar era uno de los pocos que había en existencia.

Muchos de los presentes jamás habían oído la lectura de aquel libro. Otros no podían comprender su significado, porque el lenguaje en que estaba escrito era diferente. Ellos habían crecido en Medo-Persia, y el hebreo que usó Moisés estaba fuera de su alcance. Pero sea que lo entendieran o no, permanecieron respetuosamente en pie y prestaron atención.

El anciano "leyó en el libro... desde el alba hasta el mediodía". Luego, algunos otros sacerdotes "leían con claridad el libro de la ley de Dios y lo interpretaban de modo que se comprendiera su lectura".

Al escuchar las palabras del Libro Sagrado, los israelitas se entristecieron. En forma gradual fueron dándose cuenta de los planes gloriosos que Dios había tenido para su pueblo y de cuán terriblemente desilusionado debía haberse sentido por su actitud. Aun entonces, después de haber tenido muchas pruebas de su misericordia, no vivían a la altura de las elevadas normas que el Señor les había señalado. Pronto, todos estaban llorando.

Al ver esto, Nehemías se levantó y trató de reanimarlos:

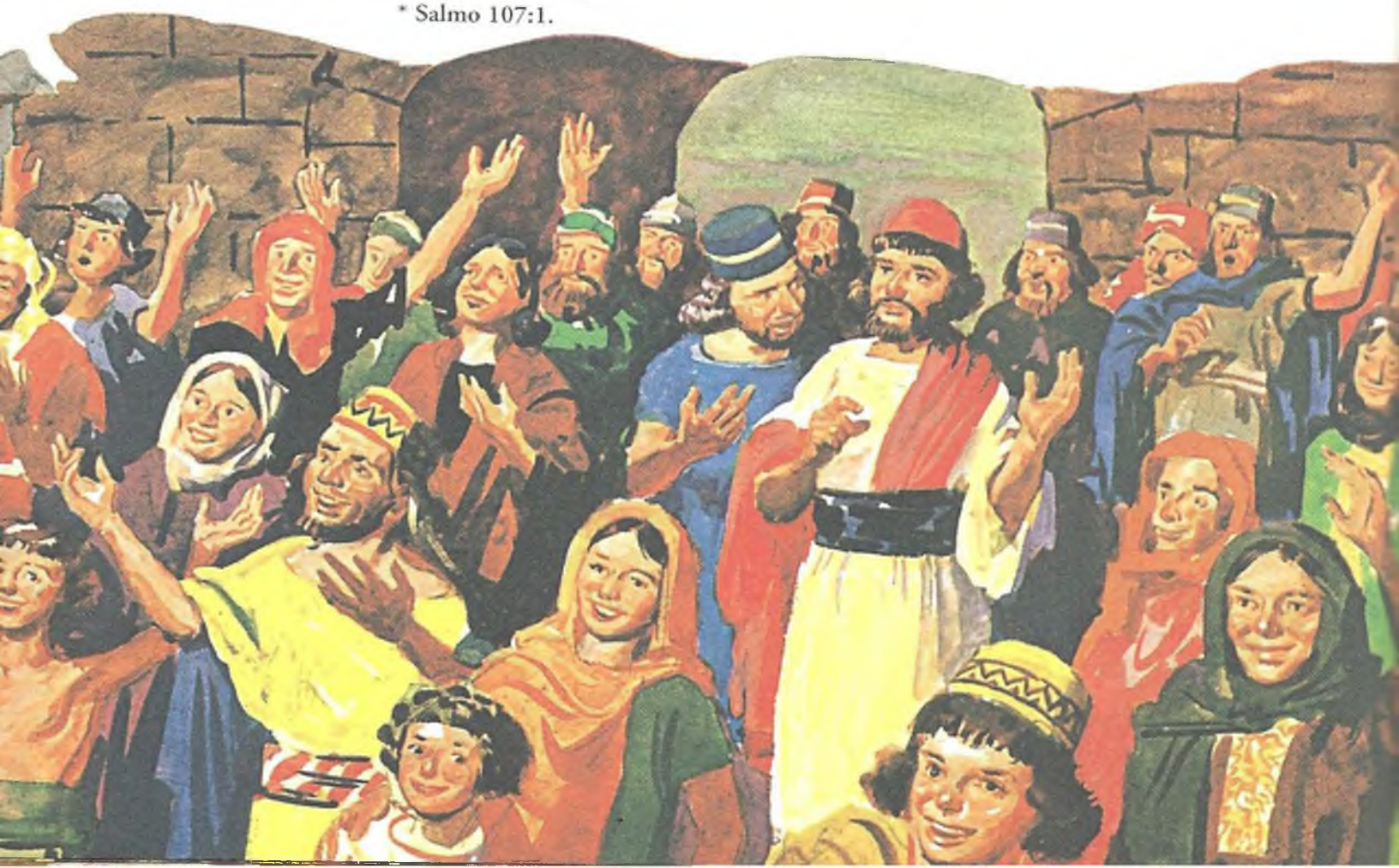
–"No lloren ni se pongan tristes –le dijo–, porque este día ha sido consagrado al Señor su Dios".

Todos habían hecho una gran obra para Dios, y el Señor estaba satisfecho. Si le obedecían, él continuaría bendiciéndolos.

¡Así era Nehemías: siempre trataba de infundir alegría y entusiasmo en la gente!

Pronto las sonrisas volvieron a dibujarse en los rostros que se habían ensombrecido. Se puso fin a la reunión y "todo el pueblo se fue a comer y beber... felices de haber comprendido lo que se les había enseñado".

* Salmo 107:1.



Promesas rotas

(Nehemías 9; 10; 13)

LA lectura de la Palabra de Dios se repitió día tras día y produjo un gran cambio en la vida de las personas. En su corazón, quería ser buenos y agradar al Señor. Durante tres horas diarias los israelitas escuchaban la lectura que habían Esdras y los demás sacerdotes, y durante tres horas confesaban sus pecados y alababan a Jehová.

Un día, uno de los dirigentes ordenó:

–"¡Vamos, bendigan al Señor su Dios desde ahora y para siempre!"

Todos se pusieron en pie e inclinaron la cabeza, mientras se unían en esta hermosa plegaria:

–"¡Bendito seas, Señor! ¡Sea exaltado tu glorioso nombre, que está por encima de toda bendición y alabanza! ¡Sólo tú eres el Señor! Tú has hecho los cielos, y los cielos de los cielos con todas sus estrellas. Tú le das vida a todo lo creado: la tierra y el mar con todo lo que hay en ellos. ¡Por eso te adoran los ejércitos del cielo!"

Con solemnidad, agradecieron a Dios lo que había hecho por su pueblo desde el día en que había llamado a Abraham de Ur de

los caldeos hasta ese momento: por el éxodo de Egipto; por las "leyes verdaderas" dadas en el Sinaí; por el "pan del cielo"; por las victorias en Canaán; finalmente por haberlos librado del cautiverio.

–"Tú has sido justo en todo lo que nos ha sucedido –confesaron–, porque actúas con fidelidad. Nosotros, en cambio, actuamos con maldad".

Para demostrar que desde ese momento todos deseaban comportarse como verdaderos hijos de Dios, redactaron un pacto y lo firmaron. Los príncipes, los levitas y los sacerdotes, cada uno "se comprometió, bajo juramento, a vivir de acuerdo con la ley que Dios". En este documento prometieron, entre otras cosas, las siguientes:

1. No permitirían que sus hijas se casaran con muchachos paganos, ni que sus hijos se casaran con jóvenes paganas.

2. No comprarían nada en sábado.

3. Contribuirían con cuotas anuales para sostener los servicios del templo.

4. Pagarían el diezmo a los sacerdotes y levitas.

Nehemías fue el primero en firmar el documento. Luego lo

hicieron todos los demás dirigentes. ¡Qué pacto solemne fue aquel!

Nehemías había estado en Jerusalén durante muchos meses, quizá años. Ahora que el pueblo había prometido hacer lo correcto y la muralla estaba terminada, consideró que había llegado el momento de volver a Medo-Persia y reportarse ante el rey, como lo había prometido. Sin embargo, nunca olvidó Jerusalén, y algún tiempo más tarde recibió permiso del rey para regresar. Y lo bien que hizo.

Demasiado pronto, los nobles, los sacerdotes y el pueblo se habían olvidado de las promesas que habían hecho. Eliasib, el sumo sacerdote, había permitido que Tobías, uno de los peores enemigos de Israel, ¡viniera a vivir en el cuarto en que se guardaban los diezmos del templo!

Nehemías casi no podía creerlo. "Esto me disgustó tanto que hice sacar de la habitación todos los cachivaches de Tobías". Pero Eliasib no solo había hecho eso, sino que había permitido que su propio nieto se casara nada menos que con la hija de Sambalat. Tan disgustado estaba Nehemías que, según dice él mismo, "lo eché de mi lado".

Al seguir investigando, Nehemías se enteró de que el pueblo no había cumplido su promesa de pagar el diezmo y que, como resultado, los levitas estaban pasando hambre. De inmediato este dinámico dirigente puso remedio a esa triste situación.

Luego se enteró de que durante el sábado, que debía ser un día santo, los judíos se comportaban como si fuera un día común de la semana. Compraban y vendían, cosechaban y viajaban, sin prestar atención al hecho de que ese era el día consagrado por Dios para la adoración.

Con valentía, se dirigió a los príncipes y les dijo:

–"¡Ustedes están pecando al profanar el día sábado! Lo mismo hicieron sus antepasados, y por eso nuestro Dios envió toda esta desgracia sobre nosotros y sobre esta ciudad. ¿Acaso quieren que aumente la ira de Dios sobre Israel por profanar el sábado?"

Nehemías era un hombre de acción. En seguida determinó poner fin a esa trasgresión de la ley de Dios. Colocó a algunos de sus ayudantes fieles junto a cada una de las puertas y les ordenó que las cerraran al ponerse el sol cada viernes y que no las abrieran hasta que terminara el sábado.

Él había hecho construir esas puertas para proteger a Israel de sus enemigos; ahora debía cerrarlas para ayudar a su pueblo a recordar que el sábado es un día santo.*

De ese modo Nehemías, el copero del rey, se esforzó por hacer que los israelitas se volvieran a Dios. Trabajó con sinceridad para mantenerlos en el camino de la verdad y la justicia. Desafortunadamente, unos pocos de entre el pueblo prestaron atención a sus consejos, y la triste historia de promesas rotas siguió repitiéndose en los siguientes años.

* Éxodo 20:8.

TERCERA PARTE

Historias de

Ester

(Ester 1:1 a 10:3)

Nace una estrella

(Ester 1:1 a 2:7)

SI hubieras vivido en Susa, capital de Medo-Persia, unos 2.500 años atrás, tal vez habrías conocido a una niña muy triste.

Se llamaba Jadasá, que en hebreo significa "arrayán". Aunque era hermosa, no se sentía feliz. Su papá había muerto hacía ya un tiempo, y ahora su mamá acababa de morir. La pobre Jadasá se había quedado sola en el mundo.

Por supuesto, en aquellos días difíciles y crueles no era nada nuevo que una pequeña quedara huérfana; pero eso era de poca ayuda para Jadasá. No hacía más que pensar en que nadie la quería; es decir, nadie salvo su primo Mardoqueo. Este era mucho mayor que ella, estaba casado, tenía su propia familia y trabajaba en el palacio real. Quizá podría ir a vivir en su casa, si él tenía interés en ayudarla.

Por fortuna, Mardoqueo fue muy bondadoso. Llevo a la pequeña Jadasá a su hogar y la adoptó como hija. Además, le cambió su nombre hebreo por el de Ester, que en lengua persa significa "estrella". Puedes reconocerla en la palabra "asterisco", que es un símbolo que se parece a una estrella. En Babilonia, las

ILUSTRACIÓN DE HERIBERTO RUDEEN

Mardoqueo educó cariñosamente a Jadasá –su primita huérfana–, sin soñar siquiera que llegaría a ser la bella reina Ester, la oportuna salvadora de los judíos en un momento muy difícil.

estrellas matutina y vespertina eran adoradas como diosas bajo el nombre de "Istar".

¡Y qué estrella brillante llegó a ser Ester! "Tenía una figura atractiva y era muy hermosa", y llegó a ser la luz del hogar de Mardoqueo y el orgullo y el gozo de su corazón. Puedes imaginarte cuán feliz se sentía cada tarde cuando, al volver del palacio, la encontraba esperándolo con los brazos abiertos. Y por las noches, le habrá hablado sin duda del maravilloso amor de Dios por su pueblo, y le habrá contado cómo el Señor había protegido a Israel en tiempos buenos y malos durante centenares de años.

De ese modo fue desarrollándose en Ester el amor y la obediencia a Dios. Aprendió también a orar al Señor y a confiar en él, obteniendo fortaleza mediante la fe en su bondad.

Mardoqueo era uno de los muchos judíos que había decidido permanecer en Medo-Persia en lugar de volver a Jerusalén. Si bien es cierto que 50.000 israelitas habían regresado a la patria con Zorobabel, centenares de miles no lo habían hecho. Los persas, durante los reinados de Ciro y Darío I, los habían tratado bondadosamente, permitiéndoles trabajar y adorar con libertad, y por eso para muchos había sido más fácil quedarse que volver a Palestina. Algunos judíos, como Mardoqueo y, más tarde, como Esdras y Nehemías, habían conseguido trabajo en el palacio, a veces en relación directa con el rey. Otros, diseminados por todas partes del país, se habían dedicado a actividades comerciales de diversos tipos y se encontraban a gusto en el imperio.

No sabemos exactamente cuál era el trabajo de Mardoqueo. La Biblia dice que se sentaba "a la puerta del rey", lo que puede significar que era un oficial de la corte que, con otros servidores reales, permanecía cerca de la entrada del palacio aguardando las órdenes del rey.

Nace Una Estrella

Una tarde, al volver Mardoqueo a casa, trajo una interesante novedad. Había surgido una conmoción en el palacio. ¡La reina Vasti había sido destronada! Durante un desenfrenado banquete celebrado la noche anterior, en el que se había bebido en abundancia, el rey Jerjes (llamado Asuero en la Biblia) había ordenado a la reina que viniera a presentarse ante los príncipes para que todos pudieran admirar su belleza. Ella, sin embargo, no había querido hacerlo. ¡Sí, había rechazado al rey! Eso era algo que nunca se había oído en Persia, puesto que la esposa debía hacer siempre lo que le decía su marido. Muy enojado, Jerjes había dicho que Vasti ya no sería la reina. Ya no tenía nada que hacer en el palacio. Se tenía que ir. Y se fue.

La novedad era tan extraordinaria, que todos la comentaban animadamente hasta en los lugares más remotos del imperio.

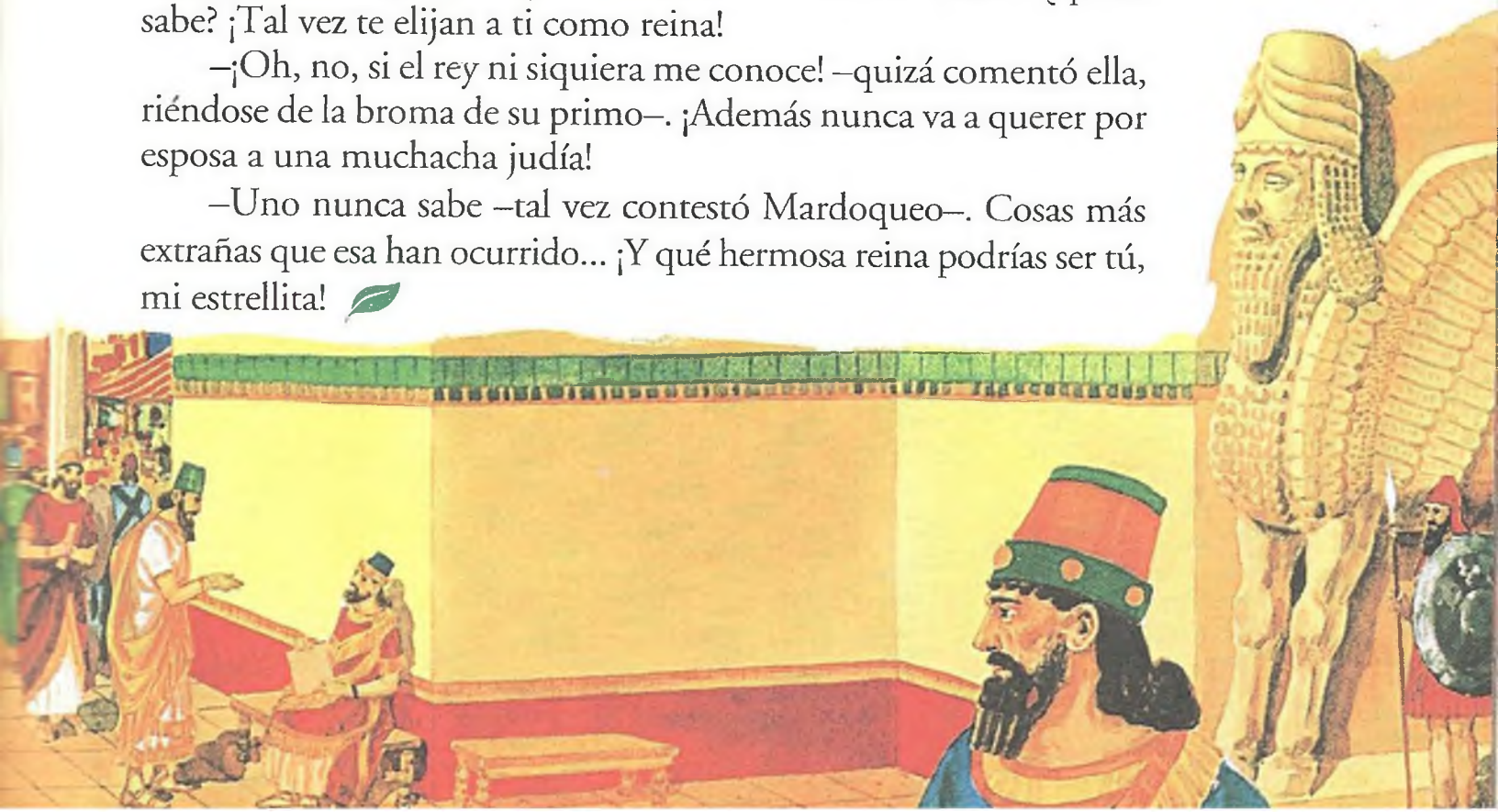
–Pero, querido Mardoqueo –me parece oír la pregunta de Ester, que para entonces era una hermosa joven–, ¿cómo se las arreglarán sin una reina? Porque el rey tiene que tener una reina por esposa, ¿no es cierto?

Y Mardoqueo bien puede haber dicho:

–Sí, querida –puede haberle respondido Mardoqueo–. Y es muy probable que ya hayan comenzado a buscar una. Y ¿quién sabe? ¡Tal vez te elijan a ti como reina!

–¡Oh, no, si el rey ni siquiera me conoce! –quizá comentó ella, riéndose de la broma de su primo–. ¡Además nunca va a querer por esposa a una muchacha judía!

–Uno nunca sabe –tal vez contestó Mardoqueo–. Cosas más extrañas que esa han ocurrido... ¡Y qué hermosa reina podrías ser tú, mi estrellita!



La huérfana se convierte en reina

(Ester 2:2-17)

LAS cosas se deben haber puesto emocionantes en Persia por aquellos días. Todas las jóvenes, desde la India hasta Etiopía, en todas las 127 provincias del imperio, estaban hablando de que el rey estaba buscando una nueva reina. Cada una soñaba con ser la elegida. Y sin duda alguna casi todas las madres tenían el convencimiento de que su hija era la más digna de recibir ese altísimo honor.

Por orden del rey, comenzaron a celebrarse en cada provincia concursos de belleza –o algo parecido–, y las jóvenes más bellas recibieron como premio un viaje gratis a Susa para que el rey las evaluara.

Se me ocurre que, en cierto momento, mientras las jóvenes iban llegando al palacio, Mardoqueo tuvo una idea. Ester era mucho más hermosa que todas las muchachas que llegaban de Siria, Egipto, Arabia y otras partes del imperio. Ellas no podían competir con su preciosa estrellita. No eran de la misma clase. Por lejos, Ester era la joven más hermosa del mundo.

–Estoy seguro de que ganarás –le dijo Mardoqueo cierto día,

después de haber visto a las jóvenes que habían llegado últimamente–. ¡Tú eres mucho más hermosa y simpática! ¿Por qué no pruebas para ver lo que pasa? Tal vez Dios quiere que tú seas la reina.

Por fin, Ester accedió y Mardoqueo la condujo "al palacio del rey", donde la puso bajo la vigilancia de "Jegay, quien estaba a cargo del harén".

Al despedirse, Mardoqueo le dio un consejo:

–No le digas a nadie que eres judía. Eso podría arruinarlo todo.

–No lo haré –le prometió Ester, y se separó de su lado.

Cuando Jegay vio a Ester, quedó tan impresionado por su belleza, que tuvo la certeza de que ella sería elegida como reina. Por eso le asignó las mejores habitaciones del harén y siete doncellas para que le sirvieran.

Esto era magnífico, por supuesto, pero no significaba necesariamente que Ester sería elegida reina. Después de todo, el rey tenía que ver a todas la demás jóvenes antes de tomar su decisión, y era

posible que hubiera alguna muchacha más hermosa que ella.

El pobre Mardoqueo, entretanto, aguardaba impacientemente noticias de lo que le ocurría a su preciosa hija adoptiva. Él estaba casi seguro de que el rey la elegiría. Pero, y si no lo hacía, ¿qué sería de ella? ¿Le permitirían volver a su casa?

Mardoqueo "se paseaba diariamente frente al patio del harén para saber cómo le iba a Ester y cómo la trataban". ¿Te imaginas caminando de aquí para allá, mirando hacia las ventanas vacías, con la esperanza de verla aunque fuera solo por un instante o al menos enviarle un saludo con la mano?

"Ester, oh Ester, ¿dónde estás? –me imagino llamando–. ¿Qué es de tu vida, mi estrellita?"

Pasaron doce meses. Por fin, un día le dijeron a Ester que había llegado su turno de ir a ver al rey. ¡Cuán nerviosa debe haberse sentido! ¡Cuánto se habrá esforzado para arreglarse de la mejor manera! ¡Cómo debe haber orado a Dios para que la ayudara y guiara en ese, el día más importante de su vida!

No tengas dudas de que Mardoqueo estaba esperándola afuera.

Y cuando Ester, vestida con los vestidos más preciosos de la corte persa y asistida por todas sus hermosas doncellas, salió de la casa de las mujeres para encaminarse a la sala del trono, me imagino que Mardoqueo casi no cabía en sí de orgullo. ¡Qué bella estaba! ¡Era un sueño, un glorioso sueño!

Los curiosos que se hallaban en los corredores abrían la boca de admiración al verla pasar. La Biblia dice que "se había ganado la simpatía de todo el que la veía".

Por fin entró en el "palacio real" y el rey se sintió cautivado por su increíble gracia y belleza. Aquel fue un caso de amor a primera vista. La Biblia dice que "el rey se enamoró de Ester más que de todas las demás mujeres, y ella se ganó su aprobación y simpatía más que todas las otras vírgenes. Así que él le ciñó la corona real y la proclamó reina en lugar de Vasti".

Complot en el palacio

(Ester 2:21-23; 3)

NINGÚN rey podía estar a salvo en su trono en aquellos tiempos. Siembre había alguien que tramaba un complot para quitarle la vida.

El famoso Jerjes no fue la excepción. Poco después de que Ester llegó a ser reina, dos de los cortesanos, llamados Bigtán y Teres, se enojaron tanto por algo que el rey había hecho, que decidieron matarlo.

Tristemente para ellos, mencionaron su plan a otros; estos lo susurraron a sus amigos, que a su vez se lo comunicaron en secreto a sus amigos, y así sucesivamente, hasta que por fin la noticia llegó a oídos de Mardoqueo. Este le contó a Ester, y ella se la comunicó en seguida al rey. Los dos conspiradores fueron arrestados y ahorcados. Pero en medio de la confusión del momento, nadie se acordó de Mardoqueo. El rey ni siquiera le agradeció por su ayuda.

Alrededor de esa fecha, Jerjes eligió como primer ministro a un hombre llamado Amán que, según se cree, era descendiente de Agag, el rey amalecita muerto por Samuel.

No fue una buena decisión. Es cierto que Amán pudo haber

sido un hombre hábil, pero también era orgulloso, cruel y despiadado. Este personaje no le agradaba mucho a Mardoqueo, y por eso no se inclinaba ante él cuando pasaba, como lo requería la ley. Cuando Amán atravesaba la puerta del palacio, donde estaban situadas las oficinas de los ayudantes, caminando altaneramente rumbo al palacio, todos se postraban ante él; todos, menos Mardoqueo. Él hacía como que miraba a otra parte.

Esto se repitió durante varios días, hasta que la actitud de Mardoqueo llegó a estar en boca de todos los servidores del rey.

–Te vas a ver en dificultades –le advertían ellos–. El rey ha ordenado que todos se postren ante Amán. Te conviene hacerlo...

–No puedo –respondía Mardoqueo–. Mi conciencia no me lo permite.

Los siervos informaron entonces a Amán y este, que no se había dado cuenta de ello, "se enfureció". El ver a un hombre que permanecía erecto mientras todos los demás se postraban ante él, le

resultaba insoportable. Haciendo averiguaciones, se enteró de que Mardoqueo era judío, y eso le dio una idea. No solo castigaría a Mardoqueo, sino que haría eliminar a todos los judíos de sobre la faz de la tierra.

Con el fin de asegurarse el éxito de su plan, recurrió a los sacerdotes paganos y les pidió que echaran suertes para determinar el mejor momento de acabar con los judíos. La suerte cayó en "el día trece del mes duodécimo".

Luego de esto, Amán se dirigió al rey Jerjes y le presentó su plan haciéndolo aparecer, por supuesto, como un proyecto que perseguía únicamente el beneficio del rey y del país.

–"Hay cierto pueblo disperso y diseminado entre los pueblos de todas las provincias del reino, cuyas leyes y costumbres son diferentes de las de todos los demás. ¡No obedecen las leyes del reino, y a Su Majestad no le conviene tolerarlos! Si le parece bien, emita Su Majestad un decreto para aniquilarlos".

Y adelantándose a la objeción del rey de que un proyecto tan ambicioso podría costar mucho dinero al tesoro real, Amán ofreció pagar todos los gastos:

–"Yo depositaré en manos de los administradores trescientos treinta mil kilos de plata para el tesoro real" –propuso.

Tan grande era la confianza que el rey había depositado en Amán, que le dijo que avanzara con sus planes.

–Aquí tienes mi anillo –añadió–; escribe tú mismo el decreto y fírmalo en mi nombre.

Amán no cabía en sí de alegría. Sus planes marchaban mejor de lo que había soñado. Mientras salía de la sala real, se sonreía pensando en lo que diría Mardoqueo dentro de poco...

Convocando de inmediato a los escribas, les hizo redactar el decreto que luego envió a los gobernadores de las 127 provincias. El decreto ordenaba "exterminar, matar y aniquilar a todos los judíos –jóvenes y ancianos, mujeres y niños– y saquear sus bienes en un solo día: el día trece del mes duodécimo".

Aquella era una orden terrible. Significaba el exterminio de toda la raza judía. Ni siquiera el faraón había planeado algo tan horrible en Egipto. Pero a Amán no le importaba. Cuando se promulgó el decreto en Susa, él y el rey se sentaron a beber.

En su funesto plan, Amán había pasado por alto algo. No había tomado en cuenta al Dios de Israel, que siempre cuida de su pueblo, ni se había enterado de que el Señor tenía una brillante estrella que resplandecía en el palacio en ese mismo momento.

La gran decisión de Ester

(Ester 4)

PUEDES imaginarte cómo se sintió Mardoqueo al enterarse del decreto del rey. La Biblia dice que "se rasgó las vestiduras, se vistió de luto, se cubrió de ceniza y salió por la ciudad dando gritos de amargura".

Por todo Medo-Persia, dondequiera se leía el decreto, se producían escenas similares. En cada ciudad y aldea "gran duelo entre los judíos, con ayuno, llanto y lamentos. Muchos de ellos, vestidos de luto, se tendían sobre la ceniza".

Cuando las siervas de Ester la comunicaron cuán perturbado estaba Mardoqueo, ella se preguntó cuál sería la causa. Puesto que no se había enterado del decreto, le envió ropas nuevas para animarlo; pero él no las aceptó. Sospechando entonces que algo muy serio estaba por ocurrir, Ester mandó a su criado de más confianza para que averiguara el motivo.

"Mardoqueo le contó todo lo que le había sucedido, mencionándole incluso la cantidad exacta de dinero que Amán había prometido pagar al tesoro real por la aniquilación de los judíos. También le dio una copia del texto del edicto promulgado en

Susa, el cual ordenaba el exterminio, para que se lo mostrara a Ester".

Por medio de este enviado especial, Mardoqueo le rogó a Ester que fuera a ver al rey para pedirle que revocara el decreto, pero Ester le mandó a decir que ella no podía hacerlo. A nadie, ni siquiera a la reina, se le permitía ir a ver al rey a menos que se la llamara. Era una ley estricta, y la desobediencia se castigaba con la muerte.

Al oír esto, Mardoqueo pidió que le respondieran: "No te imagines que por estar en la casa del rey serás la única que escape con vida –y luego agregó estas palabras que vivirán para siempre–: Si ahora te quedas absolutamente callada, de otra parte vendrán el alivio y la liberación para los judíos, pero tú y la familia de tu padre perecerán. ¡Quién sabe si no has llegado al trono precisamente para un momento como éste!"

Ester se conmovió al oír estas palabras. Repentinamente, comprendió por qué ella, una pobre niña huérfana, había llegado a ser reina. ¡Dios lo había planeado! Él había previsto esta terrible crisis y por eso la había elevado al trono con el fin de salvar a su pueblo. Sí, había llegado al palacio para un tiempo como ese.

Pero ¿cómo haría para entrevistarse con el rey? Su vida correría peligro. Sin embargo, dado que Dios lo deseaba, iría

confiando en su protección.

Ella le envió este mensaje de regreso a Mardoqueo: "Ve y reúne a todos los judíos que están en Susa, para que ayunen por mí. Durante tres días no coman ni beban, ni de día ni de noche. Yo, por mi parte, ayunaré con mis doncellas al igual que ustedes. Cuando cumpla con esto, me presentaré ante el rey, por más que vaya en contra de la ley. ¡Y si perezco, que perezca!"

¡La valiente Ester! ¡Noble estrellita! ¡Qué importante fue su decisión!

¡Cómo deben haber orado los judíos durante los días siguientes! Nunca antes habían estado tan llenas las sinagogas de Susa. Todos, con una expresión muy solemne en el rostro, rogaban a Dios que protegieran a su querida reina y la ayudara a conseguir la liberación de su pueblo.

En cada hogar judío de la ciudad los niños y las niñas también oraban, porque sabían muy bien que sus vidas corrían peligro. "Señor, bendice a la querida reina Ester –me parece oír decir–. Protégela. Ayúdale a ser valiente. Que no le ocurra daño alguno. Haz que el rey sea bueno con ella. No permitas que él nos mate a todos". Las oraciones de los jóvenes y los adultos ascendían al cielo, mientras los ángeles parecían acercarse aún más para ayudarlos.

Y el rostro de la estrellita de Dios brillaba más que nunca mientras ella se armaba de valor para ir a ver al rey.

Invitación real

(Ester 5)

DURANTE todo ese día y el día siguiente, Ester pensó en lo que debía hacer. Si ella iba a ver al rey, ¿sería recibida? Si él la recibía, ¿qué es lo que ella le diría? ¿Cómo se las arreglaría para hacer que cambiara de opinión y rescribiera el decreto? Los reyes de Persia nunca alteraban sus decretos. Nunca había sucedido algo así.

Además, Jerjes podía estar de mal humor. Se podía enojar al verla llegar. Tal vez la haría encarcelar o incluso ejecutar. ¡Era un riesgo demasiado grande!

Entonces se le ocurrió una brillante idea. Llamando a sus doncellas, les ordenó que prepararan un banquete especial en su casa. Luego, poniéndose sus vestiduras reales, con las que parecía más hermosa que nunca, se dirigió hacia el palacio.

Cuando estuvo frente a la puerta de la gran sala donde Jerjes estaba sentado en su trono real, se colocó donde él pudiera verla. Ester aguardó con impaciencia, preguntándose si el rey iba a tender hacia ella su cetro de oro como indicación de que era bienvenida. El rey así lo hizo. Viendo a la joven y hermosa reina,

le sonrió indicándole que podía acercarse.

Cuando Ester tocó el extremo del cetro de oro, Jerjes le preguntó qué deseaba. Con palabras bondadosas, ofreció darle lo que quisiera:

–"¡Aun cuando fuera la mitad del reino!" –le dijo.

Es muy probable que el rey no haya querido dar a entender literalmente eso; pero era costumbre en aquella época y, además, sonaba muy bien.

Ester tenía lista la respuesta. Había decidido pedir un favor muy sencillo al principio, algo a lo que difícilmente se negaría el monarca.

–"Si le parece bien a Su Majestad –respondió Ester–, venga hoy al banquete que ofrezco en su honor, y traiga también a Amán".

–Por supuesto, ¡claro que sí! –dijo el rey, sintiéndose aliviado al saber que ella deseaba tan poca cosa, y contento de notar que aprobaba la elección de su primer ministro. De inmediato envió un mensajero para pedirle a Amán que se apresurara a hacer lo que la reina había pedido.

Amán no cabía en sí de satisfacción. Esta era la recompensa más grande que alguna vez había recibido. Ir a comer a solas con el rey y la reina era un honor con el que ni siquiera había soñado.

Aquella tarde los dos hombres llegaron a las habitaciones de Ester, donde todo estaba preparado magníficamente para ellos. Después de comer y beber con alegría, el rey volvió a preguntarle:

–"Dime qué deseas, y te lo concederé. ¿Cuál es tu petición?" Sé que esperas algo de mí.

← ILUSTRACIÓN DE HERIBERTO RUDEEN

Cuando Jerjes le extendió el cetro de oro, indicándole que podía hablar, la reina Ester se acercó para invitar al rey y a Amán al banquete que serviría en su honor.

–Así es –respondió Ester sonriendo encantadoramente–. Mi pedido es que los dos vengan nuevamente mañana a cenar. Entonces le haré al rey mi pedido.

Jerjes, más intrigado aún que antes, aceptó alegremente. ¿Qué querría la reina? Era claro que se trataba de algo importante. Pero ¿qué era? Debía averiguarlo.

Por su parte, Amán nunca se había sentido tan feliz en toda su vida. Apresurándose a llegar a su casa, llamó a su esposa Zeres y a sus amigos más íntimos para contarles lo sucedido. Animadamente "hizo alarde de su enorme riqueza... y de cómo el rey lo había honrado en todo sentido ascendiéndolo sobre los funcionarios y demás servidores del rey".

–¡Y pensar que la reina me ha invitado a comer con ella y con el rey dos veces seguidas en solo dos días! –añadió–. Yo sería

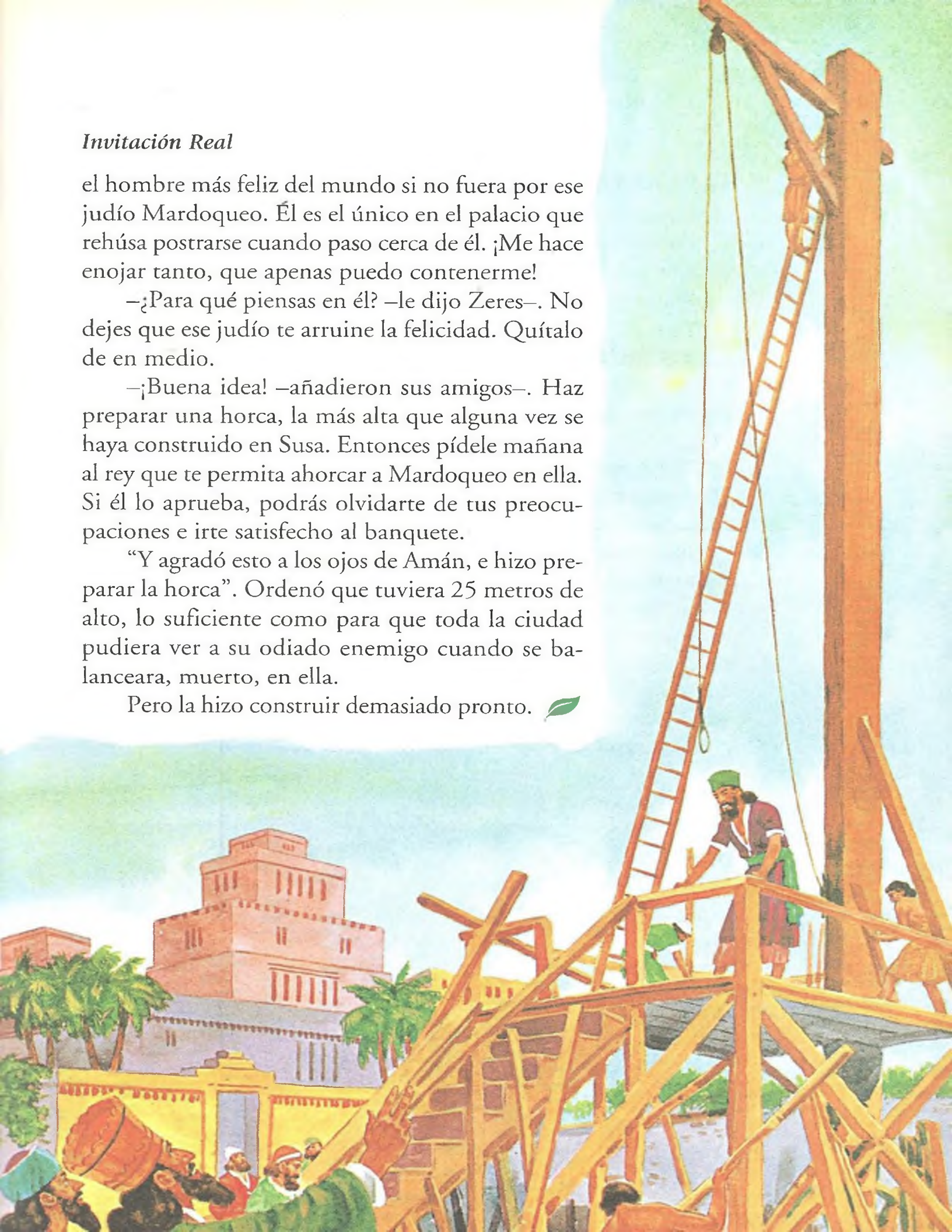
el hombre más feliz del mundo si no fuera por ese judío Mardoqueo. Él es el único en el palacio que rehúsa postrarse cuando paso cerca de él. ¡Me hace enojar tanto, que apenas puedo contenerme!

–¿Para qué piensas en él? –le dijo Zeres–. No dejes que ese judío te arruine la felicidad. Quítalo de en medio.

–¡Buena idea! –añadieron sus amigos–. Haz preparar una horca, la más alta que alguna vez se haya construido en Susa. Entonces pídele mañana al rey que te permita ahorcar a Mardoqueo en ella. Si él lo aprueba, podrás olvidarte de tus preocupaciones e irte satisfecho al banquete.

"Y agradó esto a los ojos de Amán, e hizo preparar la horca". Ordenó que tuviera 25 metros de alto, lo suficiente como para que toda la ciudad pudiera ver a su odiado enemigo cuando se balanceara, muerto, en ella.

Pero la hizo construir demasiado pronto.



El cazador cazado

(Ester 6; 7)

ESA noche, el rey no pudo pegar un ojo. Tal vez seguía pensando en el banquete de Ester o en lo que ella quería decirle. Sea lo que fuere, el hecho es que se pasó la noche en vela. Por eso pidió que le llevaran el libro de los anales y crónicas, y ordenó a uno de sus ayudantes que le leyera de él.

Entonces, llegó al lugar en que estaba registrada la historia de los dos traidores, Bigtán y Teres, que habían tratado de asesinar al rey, donde se decía que un tal Mardoqueo había descubierto la conspiración justo a tiempo.

–"¿Qué honor o reconocimiento ha recibido Mardoqueo por esto? –preguntó el rey".

–"No se ha hecho nada por él" –respondió el criado.

Precisamente en ese momento, ¡quién iba a llegar al palacio sino Amán, que había venido a pedir permiso al rey para ahorcar a Mardoqueo! Apenas hubo entrado, Jerjes le preguntó:

–"¿Cómo se debe tratar al hombre a quien el rey desea honrar?"

Pensando que Jerjes planeaba honrarlo aún más, Amán contestó:

–"Que se mande traer una vestidura real que el rey haya usado,

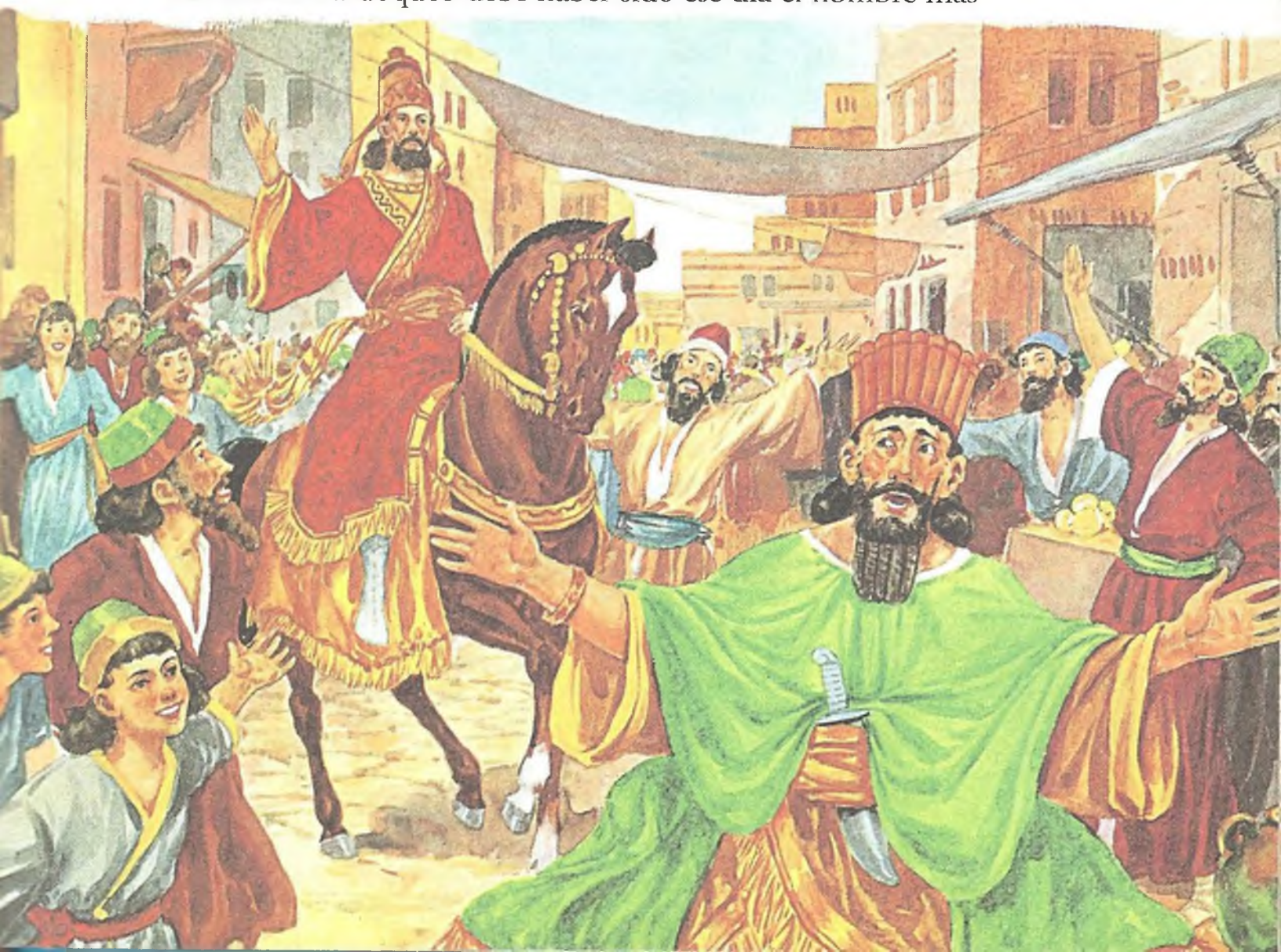
y un caballo en el que haya montado y que lleve en la cabeza un adorno real. La vestidura y el caballo deberán entregarse a uno de los funcionarios más ilustres del rey, para que vista al hombre a quien el rey desea honrar, y que lo pasee a caballo por las calles de la ciudad, proclamando a su paso: '¡Así se trata al hombre a quien el rey desea honrar!'".

–¡Magnífico! –comentó el rey–. "Haz eso mismo con Mardoqueo, el judío".

–¿Con Mardoqueo? –respondió Amán, sin poder creer lo que oía–. ¡No puede ser!

Pero no se atrevió a desobedecer. De modo que tomó las vestiduras del rey y la corona real, e hizo que se vistiera a Mardoqueo como si se tratara del rey de Persia.

Sin duda Mardoqueo debe haber sido ese día el hombre más



sorprendido de toda la ciudad. ¡Y cuánto deben haberse reído los príncipes, los criados y el rey mismo al ver cómo Amán comenzaba a correr delante de Mardoqueo proclamando: "¡Así se trata al hombre a quien el rey desea honrar!"

Mientras la extraña procesión avanzaba a lo largo de las calles de la ciudad, miles de hombres y mujeres, niños y niñas, deben haberse detenido para observar el extraño espectáculo.

"¿Ese es Amán? –me los imagino preguntando–. ¡No puedo creer que el primer ministro se digne a ir corriendo delante de Mardoqueo, el judío!"

Antes del anochecer, la ciudad de Susa debe haberse conmovido por los comentarios y las risas. Sin duda el mismo Mardoqueo debió haberse divertido. Pero aquello era más de lo que Amán podía soportar. Apresurándose a volver a su casa, le contó todas sus desgracias a su esposa Zeres. Nunca había sido tan humillado.

Además, debe haberse sentido bastante cansado después de correr delante de la cabalgadura en que iba Mardoqueo; pero no tuvo tiempo para descansar. Porque mientras aún estaba hablando, llegaron a su casa los cortesanos del rey para acompañarlo hasta el lugar en que se celebraría el banquete de Ester.

¡Cómo había ansiado poco antes la llegada de ese momento! Pero después de aquella humillación, el banquete mismo había perdido todo su encanto. ¿Se burlaría de él el rey por lo que le había sucedido aquella tarde? ¿Qué diría la reina, si se había enterado de ello? ¿Y cómo podría pedirle a Jerjes permiso para ahorcar a Mardoqueo en esas circunstancias?

El banquete comenzó. Criados vestidos ricamente les servían los alimentos. Sobre la mesa se hallaban los manjares más exquisitos que habían podido preparar los cocineros del palacio.

Luego de un rato, el rey, incapaz de reprimir por más tiempo su curiosidad, preguntó:

–"Dime qué deseas, reina Ester, y te lo concederé. ¿Cuál es tu petición?"

–"Mi deseo es que me conceda la vida. Mi petición es que se compadezca de mi pueblo" –respondió ella valientemente, aunque había acentos de ruego en su voz–. "Porque a mí y a mi pueblo se nos ha vendido para exterminio, muerte y aniquilación".

–"¿Y quién es ése que se ha atrevido a concebir semejante barbaridad? ¿Dónde está?" –preguntó el rey, muy sorprendido.

–"¡El adversario y enemigo es este miserable de Amán! –respondió Ester".

"El rey se levantó enfurecido, dejó de beber y salió al jardín del palacio", dejando a Amán solo con la reina.

Sintiendo vívidamente el peligro que corría, Amán le rogó a

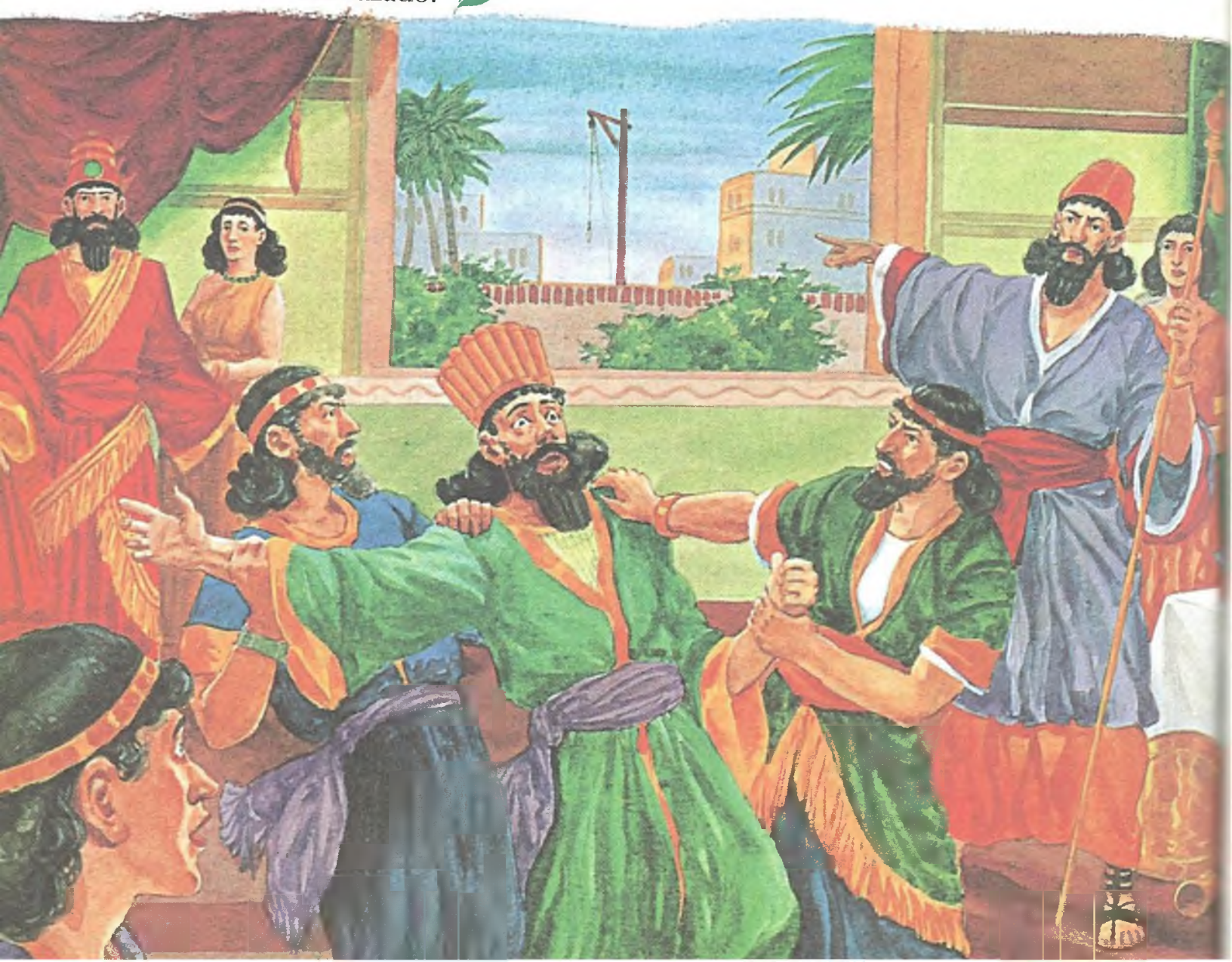
Ester que lo perdonara y que pidiera al rey que no lo hiciera matar. Aterrorizado, se precipitó hacia el diván sobre el que estaba Ester, justo en el momento en que el rey regresaba al salón de banquetes.

Pensando que Amán planeaba dañar de algún modo a la reina, el rey se enfureció más. Mientras los guardias sacaban a Amán de la sala, uno de los eunucos le contó al rey acerca de la horca que Amán había construido para Mardoqueo.

–Ahórquenlo –gritó el rey.

"Así colgaron a Amán en la horca que él había hecho preparar para Mardoqueo".

Tal fue el fin del hombre que había planeado eliminar a todos los hijos de Israel en un solo día. De ese modo Amán, el cazador, fue cazado.



Día de victoria

(Ester 8; 9:21)

DESPUÉS que murió Amán, el rey Jerjes colocó a Amán en la posición en la corte que había pertenecido a Mardoqueo. Le entregó todas las propiedades de Amán a la reina Ester, y ella nombró a Mardoqueo como administrador de esos bienes.

Pero la muerte de Amán no eliminó la amenaza que pendía sobre los judíos. El decreto del rey seguía siendo válido y nadie podía cambiarlo. A menos que ocurriera algo extraordinario, toda la raza hebrea –incluso los israelitas que habían vuelto a Jerusalén– serían eliminados el día trece del mes duodécimo.

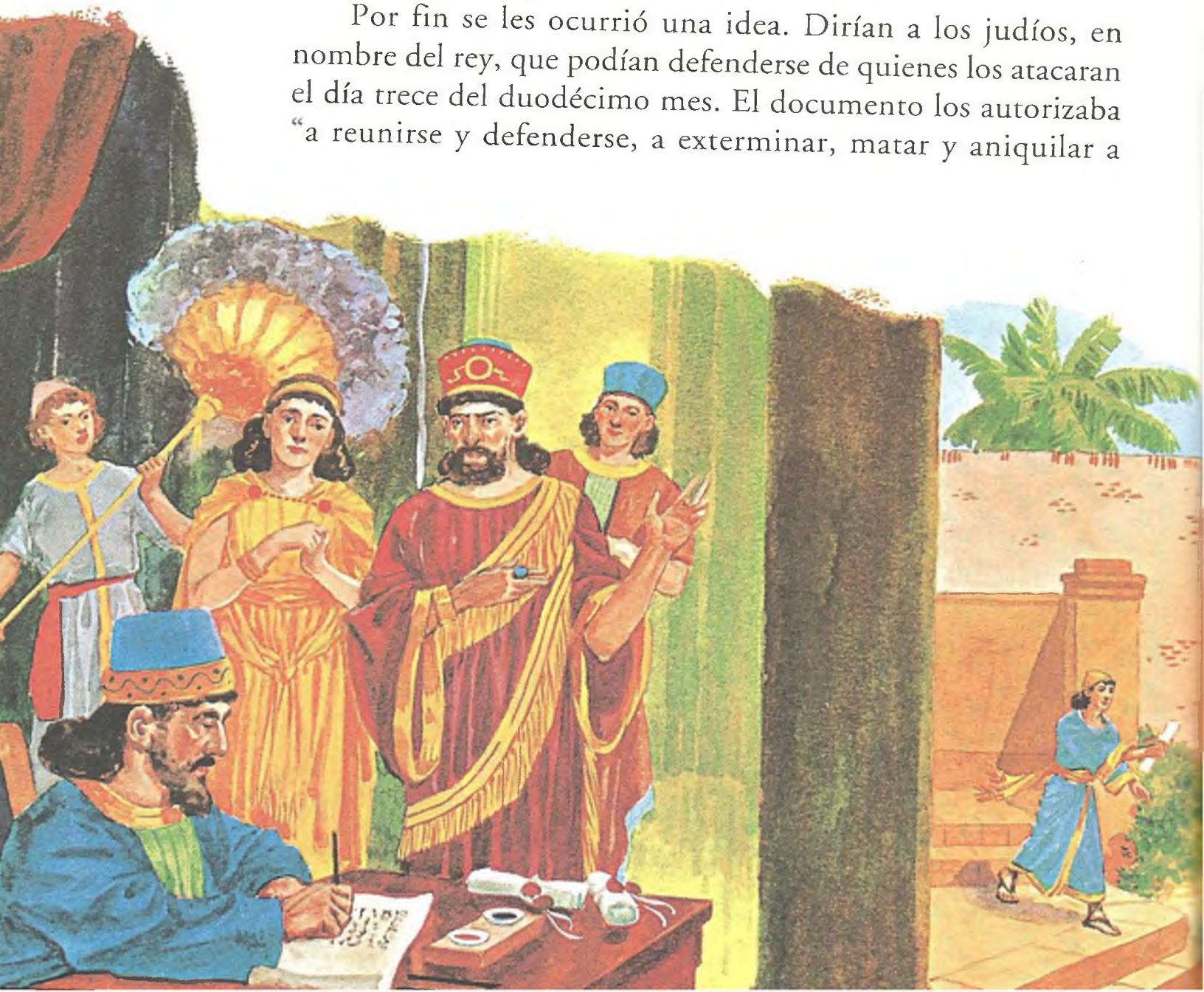
Ester decidió entrevistarse otra vez con el rey para ver qué se podía hacer. Como la vez anterior, Jerjes levantó su cetro de oro para indicarle que podía acercarse; pero en esta ocasión, en vez de invitarlo a comer, ella se echó a sus pies y, llorando, le rogó que salvara a los judíos.

–"Cómo podría yo ver la calamidad que se cierne sobre mi pueblo? –le dijo–. ¿Cómo podría ver impasible el exterminio de mi gente?"

Puesto que la reina era judía y también lo era el primer ministro, el rey se encontraba en una muy difícil situación. De inmediato, se dio cuenta de que debía hacer algo; pero no sabía qué. Por eso le dijo a Ester que escribiera ella misma el decreto, lo sellara con el anillo del rey y lo enviara a todos los gobernadores de las provincias. La única condición que le impuso fue que el nuevo decreto no contradijera el anterior.

Así Ester y Mardoqueo tuvieron otra vez en sus manos el problema de cómo salvar a los judíos. Juntos, trataron de encontrarle una solución, y sin duda rogaron fervientemente a Dios que les mostrara qué hacer.

Por fin se les ocurrió una idea. Dirían a los judíos, en nombre del rey, que podían defenderse de quienes los atacaran el día trece del duodécimo mes. El documento los autorizaba "a reunirse y defenderse, a exterminar, matar y aniquilar a



cualquier fuerza armada de cualquier pueblo o provincia que los atacara".

Cuando terminaron de redactar el documento, se hicieron muchas copias de él y Mardoqueo las selló con el anillo del rey. Luego las dirigió a los "sátrapas, intendentes y funcionarios de las ciento veintisiete provincias que se extendían desde la India hasta Cus", enviándolas "por medio de mensajeros del rey, que montaban veloces corceles de las caballerizas reales". Todo el sistema postal persa entró en acción, ¡llevando el mensaje que salvaría al pueblo de Dios!

Qué espectáculo deben haber ofrecido los mensajeros que, "siguiendo las órdenes del rey, salieron de inmediato montando veloces corceles", a medida que salían de las puertas de Susa.

Se necesitó algún tiempo para que el mensaje llegara a todas las provincias distantes del imperio, pero llegó a tiempo. Puedes imaginarte el alivio que habrán experimentado los judíos al leer el decreto. "En cada provincia y ciudad adonde llegaban el edicto y la orden del rey, había alegría y regocijo entre los judíos, con banquetes y festejos. Y muchas personas de otros pueblos se hicieron judíos por miedo a ellos".

Entonces, llegó el día trece del mes duodécimo. Ese día,

según el primer decreto del rey, los pobladores del imperio tenían derecho de matar a todos los judíos que pudieran y apoderarse de sus propiedades; pero pocos se aprovecharon del permiso. Y aquellos que lo intentaron, encontraron a los judíos listos para defenderse. Así, ese día, que muchos temían sería un día de destrucción, llegó a ser un día de victoria.

De ese modo, Dios protegió una vez más a su pueblo de los malvados que planeaban su destrucción. Una vez más, la simiente de la mujer fue preservada del odio de la serpiente. Nuevamente, el amoroso plan de Dios para la redención del hombre avanzó un paso más hacia su triunfo final.

CUARTA PARTE

Historias de

Hombres Famosos

(Job, Jonás, Joel y Malaquías)

Un hombre con diez hijos

(Job 1)

MUCHO, mucho tiempo atrás –antes de que nacieran Ester, Salomón e incluso Josué–, "en la región de Uz había un hombre" que "se llamaba Job". Este hombre tenía diez hijos: siete varones y tres niñas. Me hubiera gustado conocer sus nombres, pero la Biblia no los menciona.

Nadie sabe con seguridad dónde vivía Job. Muchos piensan que la región de Uz se hallaba situada en los límites de Arabia, porque era una región fértil que limitaba con un gran desierto.

Job era un hombre muy rico y "entre todos los habitantes del oriente era el personaje de mayor renombre". Era dueño de 7.000 ovejas, de 500 yuntas de bueyes y de 500 asnas. ¡Cómo se habrán divertido sus diez hijos jugando con todos esos animales!

Pero, aunque Job era rico y "su servidumbre era muy numerosa", no era mundano. No había permitido que sus riquezas se le subieran a la cabeza. Siempre concedía a Dios el primer lugar en todo y así llegó a ser conocido como un " hombre recto e intachable, que temía a Dios y vivía apartado del mal".

← ILUSTRACIÓN DE FRED COLLINS

Job era uno de los hombres más ricos de su tiempo. Tenía diez hijos, y en su hogar feliz se adoraba a Dios. El Señor permitió que Satanás probara severamente la fe del patriarca.

¡Qué buen ejemplo debe haber dado a sus hijos, amigos y vecinos! Ciertamente, su noble carácter era su mayor riqueza.

Cuando Dios mencionó los nombres de tres hombres justos, ¿a quiénes te parece que eligió? El profeta Ezequiel nos lo dice. El Señor nombró a Noé, a Daniel y a Job. Ese era el mayor honor que podía concederse a un hombre. ¿No te gustaría encontrarte tú también en la lista de Dios? Con su gran familia, con todas sus ovejas, camellos y bueyes y, sobre todo, con la certeza de que Dios lo bendecía, Job debe haber sido un hombre muy feliz.

¡Imagínate a todos los hijos e hijas de Job corriendo por toda la casa! ¿Puedes verlos jugar, reír y gritar de alegría como hacen todos los niños? Estoy seguro de que Job los levantaba cuando se caían, trataba de consolarlos cuando se lastimaban, oraba con ellos cuando se portaban mal y los guiaba hacia el cielo con el ejemplo de su vida. Sí, aquellos eran días buenos y felices.

Con el paso de los años, los niños fueron creciendo y comenzaron a establecer sus propios hogares. Sin embargo, la familia permaneció unida, y los siete hermanos y las tres hermanas se reunían regularmente. Cada uno de ellos celebraba, por turnos, una fiesta en su casa e invitaba a todos los demás. Puedes imaginarte que en ellas hablaban a menudo de sus travesuras de niños y de sus queridos padres que, con seguridad, todavía oraban por ellos.

Sin aviso, sin embargo, toda esta felicidad se esfumó. Cierto

día, un mensajero vino corriendo muy agitado hasta donde se encontraba Job.

–"Mientras los bueyes araban y los asnos pastaban por allí cerca –dijo entrecortadamente–, nos atacaron los sabeanos y se los llevaron. A los criados los mataron a filo de espada. ¡Sólo yo pude escapar, y ahora vengo a contárselo a usted!"

–¡Ladrones de ganado! –murmuró Job, preguntándose cuántos animales había perdido y cómo se encontraban sus criados.

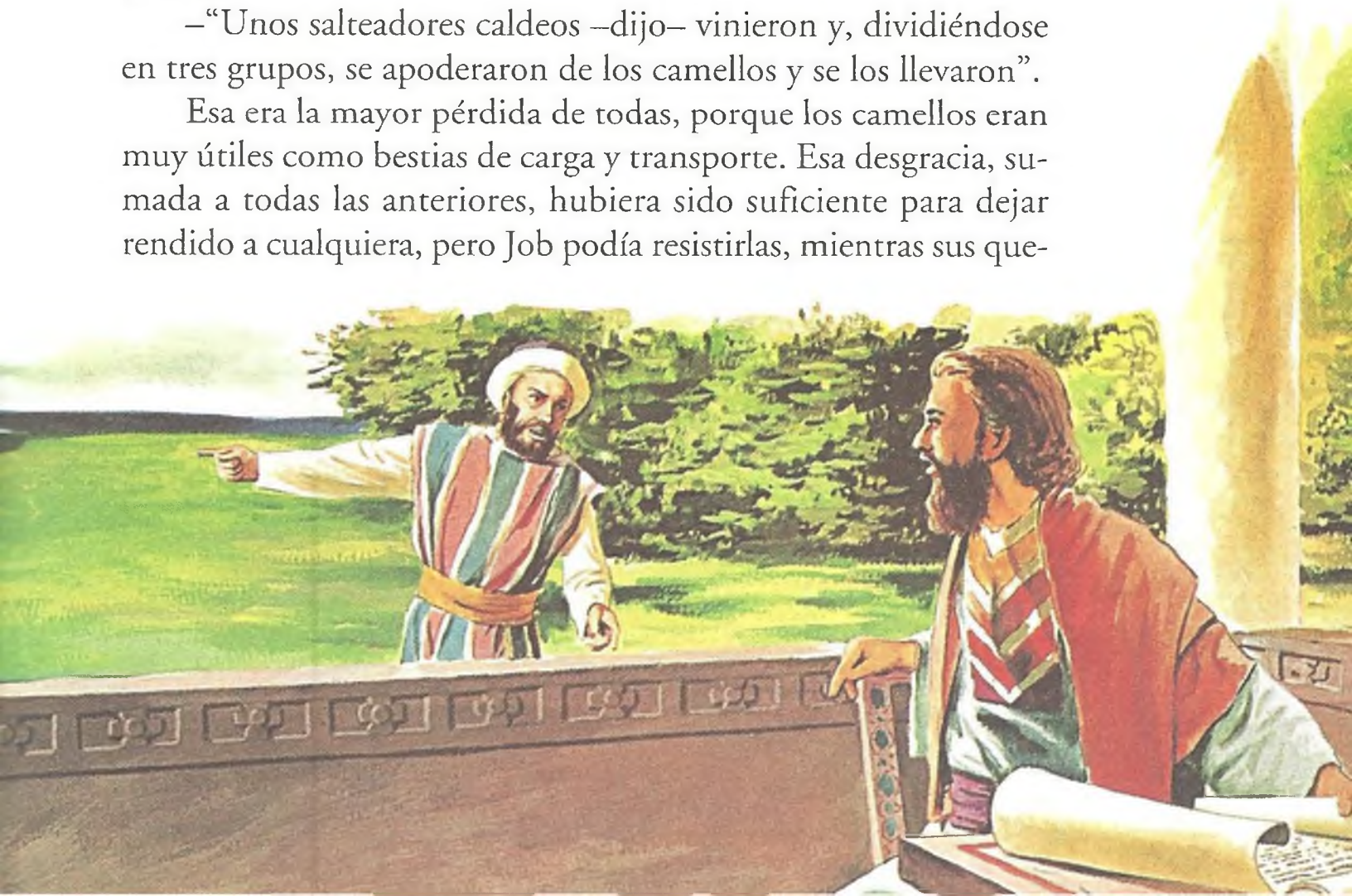
Pero apenas había terminado de contar su historia el primer mensajero, llegó otro con una expresión de terror en el rostro.

–"Del cielo cayó un rayo que calcinó a las ovejas y a los criados –exclamó–. ¡Sólo yo pude escapar para venir a contárselo!"

¡Qué tremenda tormenta debe haber sido! ¡Cuántos rayos y centellas! ¡Qué pena que hubieran muerto tantos pastores! En ese preciso momento llegó un tercer mensajero con noticias aún peores.

–"Unos salteadores caldeos –dijo– vinieron y, dividiéndose en tres grupos, se apoderaron de los camellos y se los llevaron".

Esa era la mayor pérdida de todas, porque los camellos eran muy útiles como bestias de carga y transporte. Esa desgracia, sumada a todas las anteriores, hubiera sido suficiente para dejar rendido a cualquiera, pero Job podía resistirlas, mientras sus que-



ridos hijos no sufrieran daño. "Que Dios los proteja", me lo imagino orando.

Pero entonces le llegó la noticia más terrible de todas. Su hijo mayor había invitado a sus hermanos y hermanas a un banquete en su casa. Todos se hallaban juntos, felices y confiados, cuando "un fuerte viento del desierto" que, dando con furia contra la casa, la derrumbó. Todos los que estaban adentro habían muerto.

Eso ya era demasiado. Job no se había preocupado mucho por la pérdida de sus bueyes y sus asnas, de sus ovejas y sus camellos, ¡pero sus hijos! ¡Eso era devastador! Rasgando sus vestiduras y afeitándose la cabeza –como era costumbre en aquellos días cuando alguien sufría una gran desgracia–, "se dejó caer al suelo en actitud de adoración".

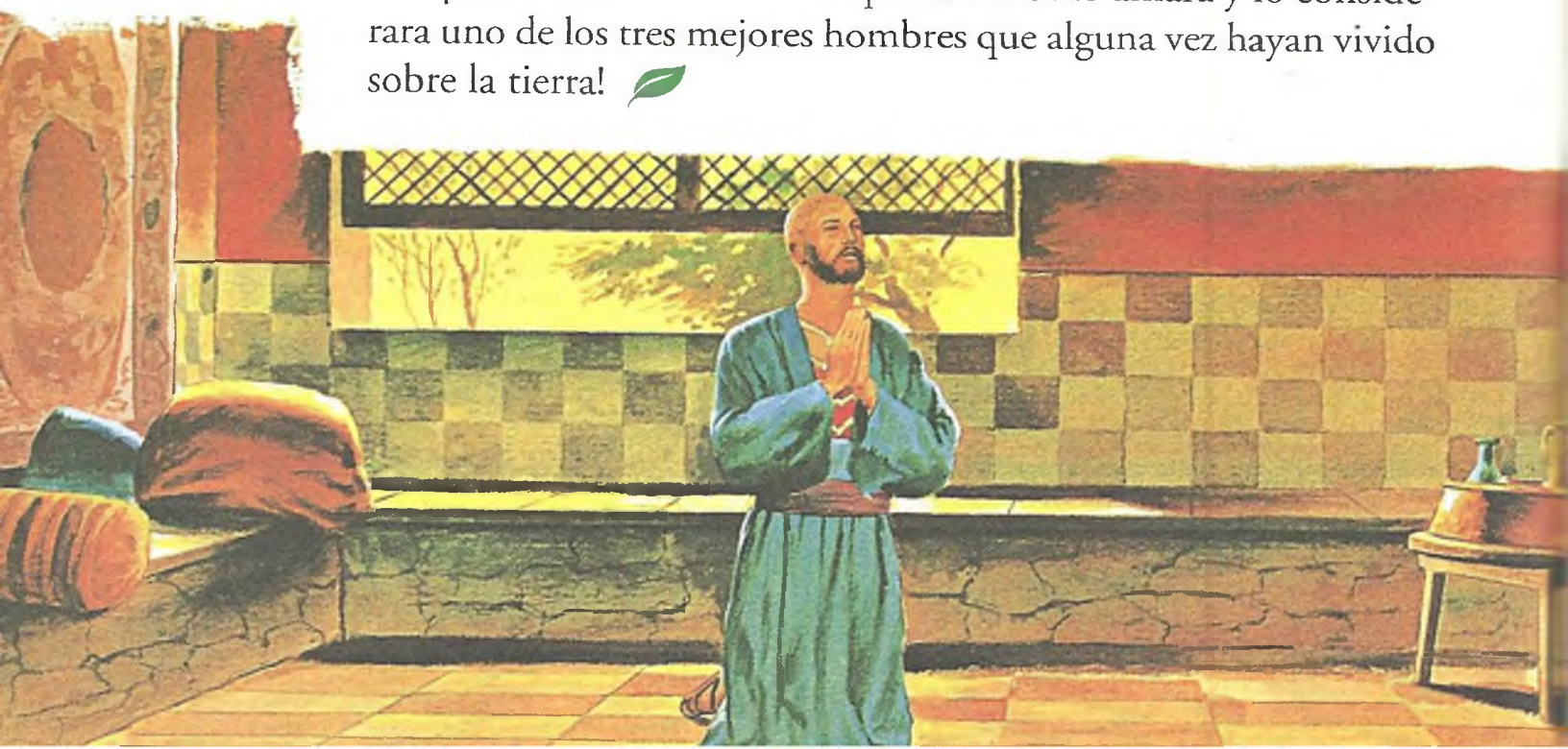
"Desnudo salí del vientre de mi madre –se lamentó–, y desnudo he de partir".

Con humildad, pero con una profunda tristeza, exclamó:

–"El Señor ha dado; el Señor ha quitado. ¡Bendito sea el nombre del Señor!"

"A pesar de todo esto –dice el relato–, Job no pecó ni le echó la culpa a Dios".

¡No es extraño entonces que el Señor lo amara y lo considerara uno de los tres mejores hombres que alguna vez hayan vivido sobre la tierra!



Algo que Job no sabía

(Job 2:1-10)

¡POBRE Job! ¡Cuánto debe haberse preguntado por qué aquellas terribles desgracias tenían que pasarle precisamente a él! ¿Estaría siendo castigando por algo malo que había hecho? ¿Por qué lo había perdido todo en un solo día? ¿Por qué los sabeanos le habían robado los bueyes y las asnas? ¿Por qué el fuego había acabado con sus ovejas? ¿Por qué los caldeos le habían robado los camellos? ¿Por qué Dios había permitido que un tornado matara a todos sus hijos? ¿Por qué no había salvado aunque más no fuera a uno solo de ellos?

¡Oh!, ¿por qué, por qué, por qué? Todo eso debe haberle resultado muy difícil de comprender, especialmente porque se había esforzado por ser bueno con todos y fiel a Dios. ¡Si Job hubiera podido saber todo lo que conocemos hoy! Pero lo ignoraba. Por eso se hacía pregunta tras pregunta, sin que nadie pudiera darle una respuesta.

Quien sea que haya escrito el libro de Job –muchos creen que fue Moisés–, corrió la cortina y nos dejó saber por qué le sobrevinieron tantas desgracias juntas a Job. Era Satanás el que estaba detrás de todo esto; el mismo ser que había hecho que Adán y Eva

cuestionaran y desobedecieran a Dios en el jardín del Edén.

Dice la historia que cierto día, cuando vinieron " los ángeles" ante la "presencia ante el Señor", llegó también Satanás.

–"¿De dónde vienes?" –le preguntó el Señor.

–"Vengo de rondar la tierra, y de recorrerla de un extremo a otro –le respondió Satanás".

–"¿Te has puesto a pensar en mi siervo Job? –volvió a preguntarle el Señor–. No hay en la tierra nadie como él; es un hombre recto e intachable, que me honra y vive apartado del mal".

–"¿Y acaso Job te honra sin recibir nada a cambio?" –respondió burlonamente Satanás–. Se porta bien porque es rico. Lo has bendecido y protegido, y le has dado todo lo que podía desear. No es extraño entonces que te sirva. Pero quítale lo que tiene y ya verás si no te maldice.

Dios, sin embargo, tenía confianza en Job. Sabía que, aunque tuviera mucho o poco, seguiría siéndole fiel.

–"Muy bien –le contestó el Señor–. Todas sus posesiones están en tus manos, con la condición de que a él no le pongas la mano encima".

Satanás se fue jubiloso, planeando toda una serie de desgracias. Pronto estas comenzaron a caer, una tras otra, sobre Job, mientras todo el cielo observaba lo que este hombre de Dios haría. Job se mantuvo firme. Es cierto que no podía comprender por qué Dios permitía que tales pruebas le sobrevinieran, pero seguía confiando en su bondad. Y sin duda alguna, Dios se sentía orgulloso de Job. ¡Qué hombre! ¡Sufriendo sin murmurar!

Pero Satanás estaba furioso porque, aunque había tratado por todos los medios de quebrantar la fe de Job, había fracasado miserablemente. Por eso, cuando se encontró otra vez con Dios, se ex-

cusó de su fracaso diciéndole que no se le había dado oportunidad de sacudirlo de veras.

–Ya ves como Job se mantiene firme –le dijo el Señor.

–Solo porque no me has permitido tocar su persona –respondió burlonamente Satanás–. "Con tal de salvar la vida, el hombre da todo lo que tiene. Pero extiende la mano y hiérelo, ¡a ver si no te maldice en tu propia cara!"

–"Muy bien –dijo el Señor a Satanás–, Job está en tus manos. Eso sí, respeta su vida".

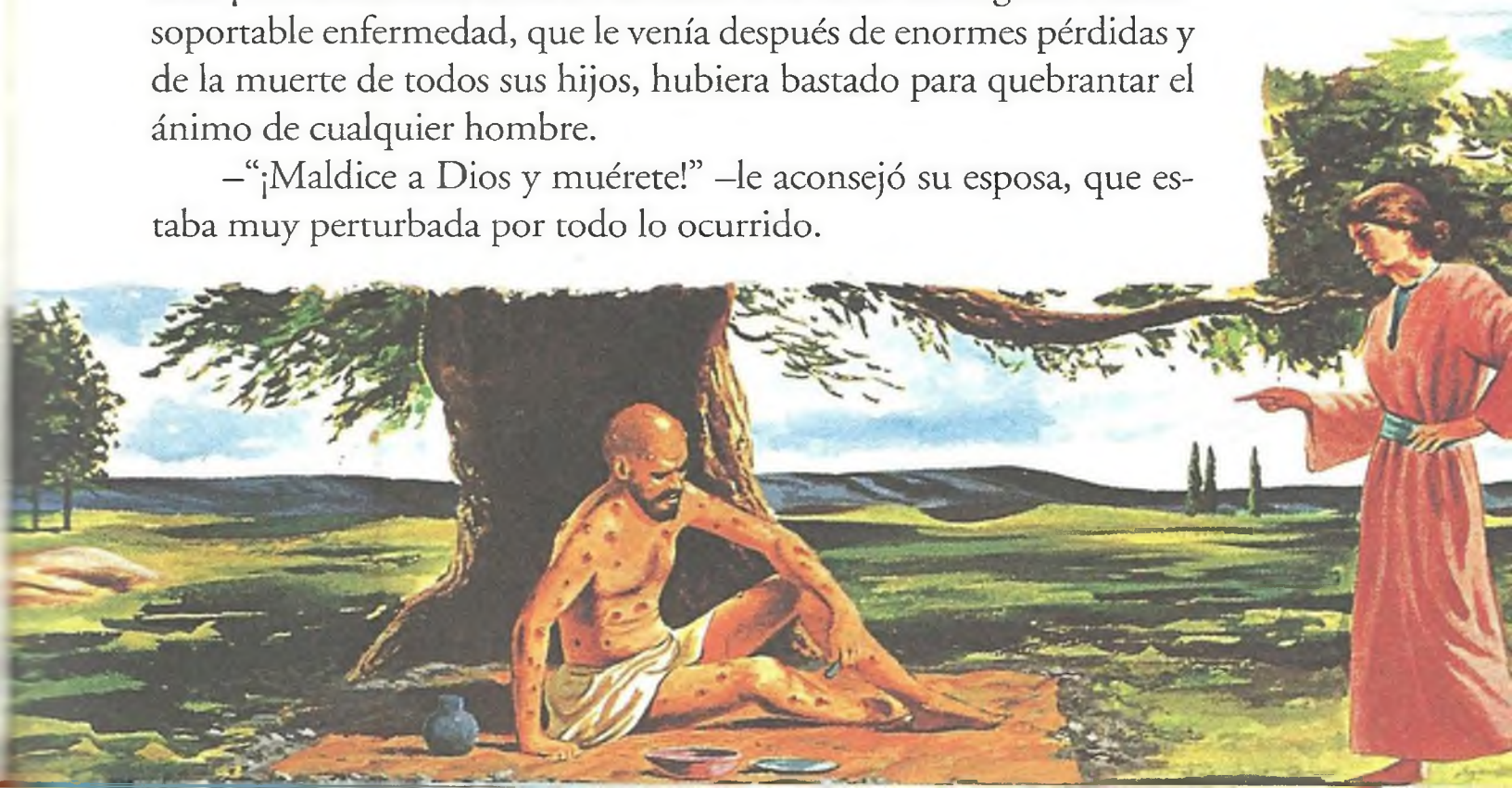
Entonces "Satanás se retiró de la presencia del Señor para afligir a Job con dolorosas llagas desde la planta del pie hasta la coronilla".

Había comenzado una prueba aún más terrible que la anterior. ¿Cómo saldría Job de ella? Sin que él lo supiera, tanto Dios como Satanás –y sin duda miles y miles de ángeles– observaban atentamente sus reacciones.

Todo lo que Job sabía entonces era que las úlceras le dolían muchísimo. Como las tenía en todas partes del cuerpo, no obtenía alivio sentado, parado ni acostado. Le picaban, le dolían, le ardían, y lo único que podía hacer era sacarse el pus con "un pedazo de teja".

La tortura siguió semana tras semana. ¡Cuán largos parecían los días! ¡Cuán interminables las noches! Y el alivio no llegaba. Esa insoportable enfermedad, que le venía después de enormes pérdidas y de la muerte de todos sus hijos, hubiera bastado para quebrantar el ánimo de cualquier hombre.

–"¡Maldice a Dios y muérete!" –le aconsejó su esposa, que estaba muy perturbada por todo lo ocurrido.



Sin duda ella todavía lloraba la muerte de sus queridos hijos. Y ahora Job había enfermado de tal forma y tenía una apariencia tan horrible, que era mejor que se muriera. No valía la pena tratar de ser bueno. Pero Job se mantuvo firme.

–"Mujer, hablas como una necia. Si de Dios sabemos recibir lo bueno, ¿no sabremos también recibir lo malo?"

En otras palabras, ¿no deberíamos confiar en Dios tanto en los tiempos malos como en los buenos? ¿Deberíamos abandonar nuestra fe solo porque las cosas están yendo mal?

"A pesar de todo esto, Job no pecó ni de palabra".

¡Cuánto se debe haber agradado Dios de su actitud!

¡Y qué gran lección nos enseña la fidelidad de Job! Cuando nos llegan las dificultades es muy fácil decir: "Dios ya no me quiere; se ha vuelto contra mí". Sin embargo, nunca debiéramos decir eso. Dios nos ama siempre y nunca deja de hacerlo. Si nos sobrevienen pruebas, es para probar nuestro amor hacia él.

Tomemos ahora la decisión de serle siempre fieles, sin importar las circunstancias: con sol o con lluvia, en buenos o en malos tiempos.

Probado y hallado fiel

(Job 2:11 a 31:33)

A MEDIDA que se conocían las dificultades que enfrentaba Job, no tardaron en aparecer los rumores por toda la zona.

A muchos les resultaba difícil creer la historia, porque Job había sido un hombre muy rico y sumamente respetado. De modo que si era cierto que había sufrido todas esas calamidades, debía existir alguna razón de peso. Con seguridad había cometido algún pecado muy grave y Dios lo estaba castigando.

De lejos y de cerca vinieron sus amigos a condolerse, y todos se llevaron una tremenda impresión cuando lo vieron. Lo cierto es que Job había cambiado tanto, que apenas podían reconocerlo.

Tres de los amigos que habían venido eran Elifaz de Temán, Bildad de Súah, y Zofar de Namat. Fue tan grande el impacto que recibieron al verlo, que rasgaron sus ropas y se echaron polvo sobre la cabeza. Luego, "durante siete días y siete noches se sentaron en el suelo para hacerle compañía. Ninguno de ellos se atrevía a decirle nada, pues veían cuán grande era su sufrimiento".

¡Qué semana aquella! Mientras pasaban lentamente las horas, no se oía otro sonido que los gemidos del pobre enfermo.

Cuando por fin Job habló, dijo:

–"¿Por qué no perecí al momento de nacer? –clamaba–. Ahora estaría yo descansando en paz; estaría durmiendo tranquilo... ¡Allí cesa el afán de los malvados! ¡Allí descansan las víctimas de la opresión!"

¡Descanso! ¡Eso era todo lo que anhelaba! ¡Descanso de sus dificultades; descanso de sus sufrimientos! ¡Oh, si el dolor disminuyera lo suficiente como para dejarlo dormir! Incluso llegó a desear la muerte.

Entonces, sus amigos comenzaron a hablar, pero sus palabras no le trajeron mucho consuelo. Estaban convencidos de que Job era un gran pecador, y por eso le rogaron que se pusiera en paz con Dios.

–"¡Cuán dichoso es el hombre a quien Dios corrige! –le dijo Elifaz–. No menosprecies la disciplina del Todopoderoso".

Bildad dijo que tal vez sus dificultades habían sido causadas por los pecados de sus hijos. Él también estaba seguro de que el sufrimiento era una señal de que Dios estaba ofendido.

–"Dios no rechaza a quien es íntegro, –le dijo– ni brinda su apoyo a quien hace el mal".

No se le había ocurrido ni a él ni a sus amigos que esos sufrimientos podrían significar una prueba de la fe de Job, y que no era Dios sino Satanás el que había causado todas las desgracias que se habían desencadenado sobre él.

Entretanto, Job continuaba declarándose inocente. En un momento dado, dirigiéndose a Dios, afirmó:

–"¡Tú bien sabes que no soy culpable y que de tus manos no tengo escapatoria!"

Y luego, valientemente, dijo a sus amigos:

–"He aquí, aunque él me matare, en él esperaré".

No abandonaría su fe en el amor y la bondad de Dios. "La gente recta se aferra a su camino –afirmó–, y los de manos limpias aumentan su fuerza". ¡Qué admirable es que se expresara así, aun sintiéndose tan débil!

Sin embargo, seguía preguntándose por qué le había ocurrido todo aquello. A menudo pensaba en los tiempos en que era rico, poderoso y respetado, "cuando aún estaba conmigo el Todopoderoso, y mis hijos me rodeaban; cuando ante mí corrían ríos de crema, y de las rocas fluían arroyos de aceite; cuando... los jóvenes al verme se hacían a un lado, y los ancianos se ponían de pie".

Entonces, en cambio, parecía que Dios se había olvidado de él. "Me ha despojado de toda honra; de la cabeza me ha quitado la corona", decía. "Por todos lados me destroza"; "me cuenta entre sus enemigos". Sin embargo, seguía amando a Dios y tenía confianza de que algún día todo terminaría bien.

"Yo sé que mi redentor vive, y que al final triunfará sobre la muerte. Y cuando mi piel haya sido destruida, todavía veré a Dios con mis propios ojos. Yo mismo espero verlo; espero ser yo quien lo vea, y no otro".

¡Qué fe maravillosa! Uno esperaría que sus tres amigos terminaran por reconocer su inocencia; pero, no. Elifaz volvió con su mismo argumento:

–"¿No es acaso demasiada tu maldad? ¿Y no son incontables tus pecados?"

Luego hasta se burló del pobre hombre enfermo, preguntándole:

–"¿Sacará alguna ventaja el Todopoderoso con que seas un hombre justo? ¿Tendrá algún beneficio si tu conducta es intachable?" "Si te vuelves al Todopoderoso –insistió– y alejas de tu casa la maldad, serás del todo restaurado".

–"No me he apartado de los mandamientos de sus labios –respondió Job–; en lo más profundo de mi ser he atesorado las palabras de su boca". "Él, en cambio, conoce mis caminos; si me pusiera a prueba, saldría yo puro como el oro".

En la hermosa defensa que hizo Job de su conducta y de sus esfuerzos por obedecer la voluntad de Dios, dijo:

–"Si he andado en malos pasos... o mis manos se han llenado de ignominia... Si me negué a hacerles justicia a mis siervos y a mis siervas... ¿Acaso he puesto en el oro mi confianza, o le he dicho al oro puro: 'En ti confío'? ¿Me he ufanado de mi gran fortuna?... ¿Acaso me he alegrado de la ruina de mi enemigo?... Jamás he ocultado mi pecado", entonces, "¡que Dios me pese en una balanza justa, y así sabrá que soy inocente!"

Si había cometido algún mal, lo había hecho involuntariamente y estaba seguro de que Dios era demasiado justo como para castigarlo por ello.

No olvides que esto ocurría hace miles de años y que Job no tenía la Biblia para guiarse, porque aún no se la había escrito. Tampoco había pastores ni sacerdotes que pudieran ir a animarlo, porque en aquel entonces no existían iglesias como las que hay hoy. Job se mantuvo solo del lado de Dios y la justicia. ¡Qué fe! ¡Qué valentía! No en vano Dios lo consideró como uno de sus campeones más leales y nobles.

Bien está lo que bien acaba

(Job 38:1 a 42:17)

NI bien los amigos de Job terminaron de hablar, Dios comenzó a hacerlo. "El Señor le respondió a Job desde la tempestad" y lo que dijo se encuentra registrado en dos de los más bellos capítulos de la Biblia: Job 38 y 39. Alguna vez deberías leerlos de corrido.

Dios le hizo muchas preguntas que Job no pudo contestar. Por ejemplo:

–"¿Dónde estabas cuando puse las bases de la tierra?... ¿o quién puso su piedra angular mientras cantaban a coro las estrellas matutinas y todos los ángeles gritaban de alegría?"

–"¿Quién encerró el mar tras sus compuertas... cuando le dije: 'Sólo hasta aquí puedes llegar; de aquí no pasarán tus orgullosas olas'?"

–"¿Has llegado a visitar los depósitos de nieve de granizo?" –siguió preguntándole Dios.

–"¿Acaso puedes atar los lazos de las Pléyades, o desatar las cuerdas que sujetan al Orión?... ¿Puedes guiar a la Osa Mayor y a la Menor?"

–"¿Eres tú quien alimenta a los cuervos...? ¿Es tu sabiduría la que hace que el halcón vuele y que hacia el sur extienda sus alas? ¿Acaso por tus órdenes remonta el vuelo el águila...?"

A medida que Dios seguía mencionándole algunas de las maravillas de su creación, Job llegó a ser cada vez más consciente de sus propias debilidades. Vio que, aunque se había esforzado por hacer la voluntad de Dios y vivir una vida santa, todavía era un pobre pecador en la presencia de Aquel que había hecho los cielos y la tierra.

–"Yo sé bien que tú lo puedes todo, que no es posible frustrar ninguno de tus planes –exclamó–... De oídas había oído hablar de ti, pero ahora te veo con mis propios ojos. Por tanto, me retracto de lo que he dicho, y me arrepiento en polvo y ceniza".

–"¿Qué puedo responderte, si soy tan indigno? ¡Me tapo la boca con la mano!"

Dios había amado siempre a Job, pero

al oír estas expresiones de sincera humildad lo amó aún más.

Dirigiéndose entonces a Elifaz, el Señor dijo:

–"Estoy muy irritado contigo y con tus dos amigos porque, a diferencia de mi siervo Job, lo que ustedes han dicho de mí no es verdad".

Entonces les ordenó que ofrecieran en sacrificio siete becerros y siete carneros.

–"Mi siervo Job orará por ustedes" –agregó.

Ese fue el momento decisivo en el largo y terrible sufrimiento de Job. Cuando sus tres amigos trajeron los animales y los ofrecieron en sacrificio, Job oró por ellos. Y "después de haber orado Job por sus amigos, el Señor lo hizo prosperar de nuevo".

Un nuevo día amaneció para este fiel siervo de Dios. Sus úlceras desaparecieron. Recobró la salud y la fuerza. Paulatinamente, fue volviendo a ser el de antes.

Sus hermanos, hermanas y amigos vinieron a visitarlo. Hasta hicieron una colecta para ayudarlo a recomenzar su vida. "Y cada uno de ellos le dio una moneda de plata y un anillo de oro".

Esa fue una acción bondadosa, pero no hubieran necesitado molestarse porque Dios tenía en mente grandes planes para este querido patriarca.

En efecto, sabemos que "el Señor bendijo más los últimos años de Job que los primeros". En poco tiempo, llegó a poseer 14.000 ovejas, 6.000 camellos, 1.000 yuntas de bueyes y 1.000 asnas. De ese modo "le dio dos veces más de lo que antes tenía".

Y lo que es más hermoso de todo, Dios le dio otros diez hijos –siete varones y tres niñas–, el número exacto de los que había perdido en aquel terrible tornado. Por alguna razón, no se han registrado los nombres de los siete muchachos; pero conocemos los nombres de las tres niñas. Se llamaban Paloma, Canela, y Linda. La Biblia dice que cuando crecieron, "no había en todo el país mujeres tan bellas como las hijas de Job".

Tal vez te preguntes cómo es posible que una persona haya podido tener dos veces diez hijos. Bueno, debes recordar que Job fue uno de los antiguos patriarcas que vivió hace mucho, mucho tiempo. La Biblia dice "después de estos sucesos Job vivió ciento cuarenta años. Llegó a ver a sus hijos, y a los hijos de sus hijos, hasta la cuarta generación".

De ese modo, la historia de Job tuvo un final feliz. No se nos dice lo que ocurrió con Elifaz, Bildad y Zofar; tampoco sabemos cómo se sintió Satanás al ver que sus malvados planes habían quedado en la nada.

Lo que sí sabemos es que "la perseverancia de Job",* su inalterable amor y fidelidad, serán recordados para siempre.

* Santiago 5:11.

Tragado por un pez

(Jonás 1 a 3)

UNA de las historias más impactantes de la Biblia es la del hombre que fue tragado por un pez. Sucedió poco más de 100 años después de la muerte de Salomón. Palestina estaba dividida en los reinos de Judá e Israel, y Asiria dominaba el mundo.

Por ese entonces, "la palabra del Señor vino a Jonás...: 'Anda, ve a la gran ciudad de Nínive y proclama contra ella que su maldad ha llegado hasta mi presencia'".

Nínive era la capital de Asiria, una ciudad famosa por su maldad. Si Dios le hubiera pedido a Jonás que fuera a Jerusalén, a Samaria, o aun a Damasco, sin duda hubiera partido contento; ¡pero a Nínive! ¡No! Quién sabe lo que los habitantes de Nínive le harían a un predicador que tratara de convertirlos de su maldad.

Esta fue la razón por la que Jonás decidió ir tan lejos de Nínive como le fuera posible, hacia algún lugar donde Dios no pudiera encontrarlo. Por tanto, se encaminó a los muelles de Jope, donde encontró un barco que estaba a punto de partir rumbo a

Tarsis, región situada en la zona sur de España. Pagó el pasaje y subió a bordo.

Ni bien estuvo debajo de cubierta, se sintió a salvo. Nadie, ni siquiera Dios, pensó, podría encontrarlo allí. Y para el tiempo en que llegara a Tarsis, el Señor ya se habría olvidado de él y habría encomendado a otro su tarea.

Sin embargo, Jonás no llegó a Tarsis.

Nadie puede huir de la presencia de Dios. Y cuando la embarcación levó anclas y avanzó hacia la entrada del puerto, el Señor estaba más cerca de Jonás que nunca antes. Cansado, Jonás pronto comenzó a dormir. Pero Dios no lo hizo. Sus ojos no habían perdido de vista a la embarcación ni al profeta que trataba de huir de él.

Pronto la fuerza del viento comenzó a aumentar. El mar fue poniéndose cada vez más embravecido y a sacudir la pequeña embarcación como si fuera un corcho. Grandes olas rompían por encima de la proa, y tanto el capitán como los tripulantes temieron que el barco se fuera a pique con ellos.

Al agravarse la tempestad, lanzaron al mar el cargamento. Y luego, al sentir que el barco era llevado de aquí para allá como si se encontrara en su última agonía, todos los que estaban a bordo comenzaron a clamar a sus dioses por ayuda. Algunos invocaban a Baal, otros a Astarté, otros a Moloc: pero la calma no llegaba.

En cierto momento, el capitán descendió a la bodega para ver si la nave hacía agua, y se encontró con Jonás que dormía profundamente. Muy enojado, lo despertó, gritándole:

–"¿Cómo puedes estar durmiendo? ¡Levántate! ¡Clama a tu dios!"

Jonás se puso en pie tambaleando y semidormido. Cuando iba a responder, las violentas sacudidas de la embarcación le indicaron que el capitán tenía razón. Todos estaban en inminente peligro de naufragar.

Al unirse a los otros pasajeros y a la tripulación, uno de ellos dijo:

–"¡Vamos, echemos suertes para averiguar quién tiene la culpa de que nos haya venido este desastre!"

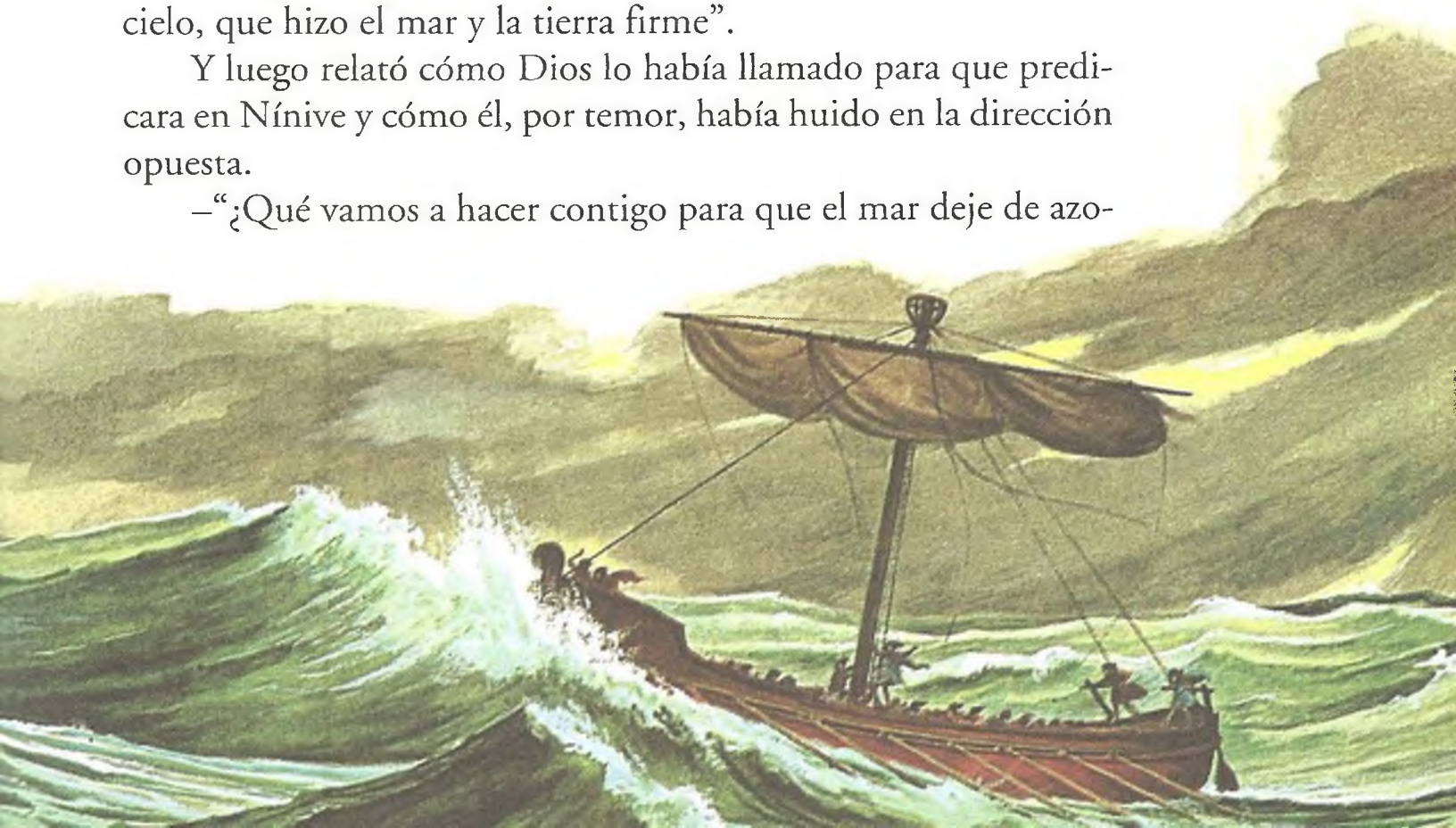
Así lo hicieron, y "la suerte recayó en Jonás". En seguida todos comenzaron a hacerle preguntas:

–"Dinos ahora, ¿quién tiene la culpa de que nos haya venido este desastre? ¿A qué te dedicas? ¿De dónde vienes? ¿Cuál es tu país? ¿A qué pueblo perteneces?"

–"Soy hebreo –respondió Jonás– y temo al Señor, Dios del cielo, que hizo el mar y la tierra firme".

Y luego relató cómo Dios lo había llamado para que predicara en Nínive y cómo él, por temor, había huido en la dirección opuesta.

–"¿Qué vamos a hacer contigo para que el mar deje de azo-



tarnos?" –le preguntaron ansiosamente.

–"Tómenme y láncenme al mar" –respondió Jonás.

Pero los hombres no querían hacerlo. Les parecía demasiado cruel. De modo que, inclinándose sobre los remos, comenzaron a bogar con todas sus fuerzas para hacer que la embarcación llegara a tierra.

Pero fue en vano. Las olas eran demasiado fuertes. Abandonaron entonces sus esfuerzos y se acercaron otra vez a Jonás. ¿Estaba todavía dispuesto a que se lo arrojara por la borda? Sí, él sabía que todas esas dificultades habían sobrevenido por su desobediencia. ¿Y por qué debían morir todos a causa de su pecado?

Tomando entonces a Jonás, "lo lanzaron al agua, y la furia del mar se aplacó".

El pobre Jonás fue descendiendo más, más y más en el agua de color verde oscuro, con la certeza de que se estaba ahogando. De repente, sin embargo, tuvo la extraña sensación de que era absorbido a lo largo de un tubo resbaloso. Pronto, en lugar de luchar por una bocanada de aire en el océano, se encontró respirando el aire

pestilente del estómago de un enorme animal marino.

¡Había sido tragado por un gran pez!

Esto no es algo imposible. Hay hombres que han sido tragados por ballenas y que luego han vivido para contar la historia. Recuerda, además, que la Biblia no dice que fue una ballena la que tragó a Jonás, sino "un enorme pez" que Dios había dispuesto con ese propósito.

Lo cierto es que el pobre Jonás se encontraba dentro del pez y que allí permaneció "tres días y tres noches", expresión que para los hebreos de aquel tiempo significaba un período que incluía partes de tres días.

Al menos por un tiempo, Jonás permaneció consciente, porque clamó a Dios por ayuda desde el vientre del pez. ¡Qué oración debe haber sido la suya! ¡Qué confesión de sus pecados! ¡Qué clamor por perdón! ¿No orarías tú también fervorosamente si te encontraras en un lugar tan terrible?

Contándole a Dios más tarde lo que había sentido durante su prueba, Jonás dijo: "Las corrientes me envolvían, todas tus ondas y tus olas pasaban sobre mí. Y pensé: 'He sido expulsado de tu presencia. ¿Cómo volveré a contemplar tu santo templo?' Las aguas me llegaban hasta el cuello, lo profundo del océano me envolvía; las algas [que el pez había comido] se me enredaban en la cabeza, arrastrándome a los cimientos de las montañas. Me tragó la tierra... Al sentir que se me iba la vida, me acordé del Señor, y mi oración llegó hasta ti, hasta tu santo templo... ¡La salvación viene del Señor!"

Qué tremenda fue la experiencia por la que pasó el pobre Jonás. La oscuridad y el calor pegajoso deben haber sido terribles dentro del estómago de aquel pez. Jonás debe haber sentido la impresión de que

ILUSTRACIÓN DE GUILLERMO HUTCHINSON

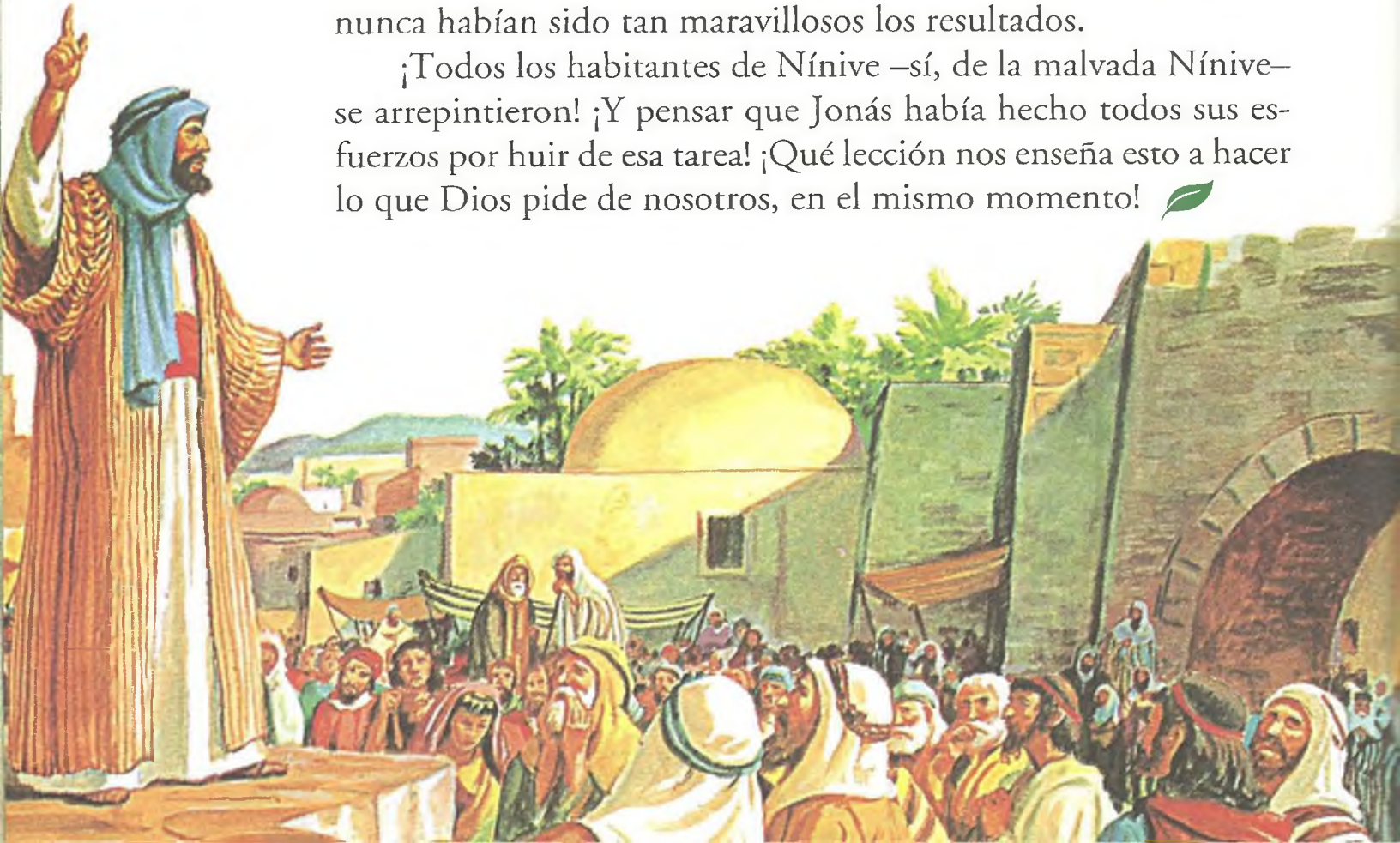
era enterrado vivo, y no sería extraño que su cabello se hubiera vuelto blanco del susto

De algún modo maravilloso, Dios dio una orden "y el pez vomitó a Jonás en tierra firme". Cuando Jonás finalmente alcanzó Nínive, tenía una historia muy solemne para contar, y puedes estar seguro de que la gente le prestó atención. Era un hombre a quien Dios le había perdonado la vida de una manera extraordinaria. Su mensaje, por lo tanto, debía provenir del cielo. Por eso, cuando comenzó a pregonar. "¡Dentro de cuarenta días Nínive será destruida!", todos le creyeron y comenzaron a arrepentirse de sus pecados "desde el mayor hasta el menor".

Hasta el mismo rey se quitó sus vestiduras reales, "hizo duelo y se cubrió de ceniza", y promulgó un decreto que decía: "El rey ordena que toda persona, junto con sus animales, haga duelo y clame a Dios con todas sus fuerzas... que cada uno se convierta de su mal camino y de sus hechos violentos".

¡Qué reavivamiento ocurrió! ¡Cuántas muestras de arrepentimiento! Nunca antes se había predicado allí con tanto fervor; nunca habían sido tan maravillosos los resultados.

¡Todos los habitantes de Nínive –sí, de la malvada Nínive– se arrepintieron! ¡Y pensar que Jonás había hecho todos sus esfuerzos por huir de esa tarea! ¡Qué lección nos enseña esto a hacer lo que Dios pide de nosotros, en el mismo momento!



La planta que murió de un día para otro

(Jonás 4)

ES natural pensar que Jonás se haya regocijado por los maravillosos resultados de su predicación. Pero no fue así.

Es probable que se haya alegrado al principio, pero cuando pasaron los 40 días y la ciudad no fue destruida, se enojó mucho, pues temía que la gente lo considerara un falso profeta.

Malhumorado, salió de la ciudad y, a cierta distancia, construyó una enramada para protegerse del sol. Allí se sentó para ver lo que iba a ocurrir.

Precisamente entonces, una plantita –tal vez un tipo de enredadera– comenzó a crecer junto a Jonás. Al principio él no se dio cuenta de ello; pero pronto empezó a cubrir con sus hojas toda la enramada, volviéndola más fresca y confortable.

Pero no duró mucho. A la mañana siguiente, Jonás la encontró muerta. Un gusano había cortado el tallo y la planta se había secado. Luego un viento se llevó las hojas marchitas de la planta y dejó a Jonás expuesto a los rayos del sol. Esto lo enloqueció.

–"¿Tienes razón de enfurecerte tanto por la planta?"–le preguntó entonces Dios.

–"¡Claro que la tengo! –le respondió–. ¡Me muero de rabia!"

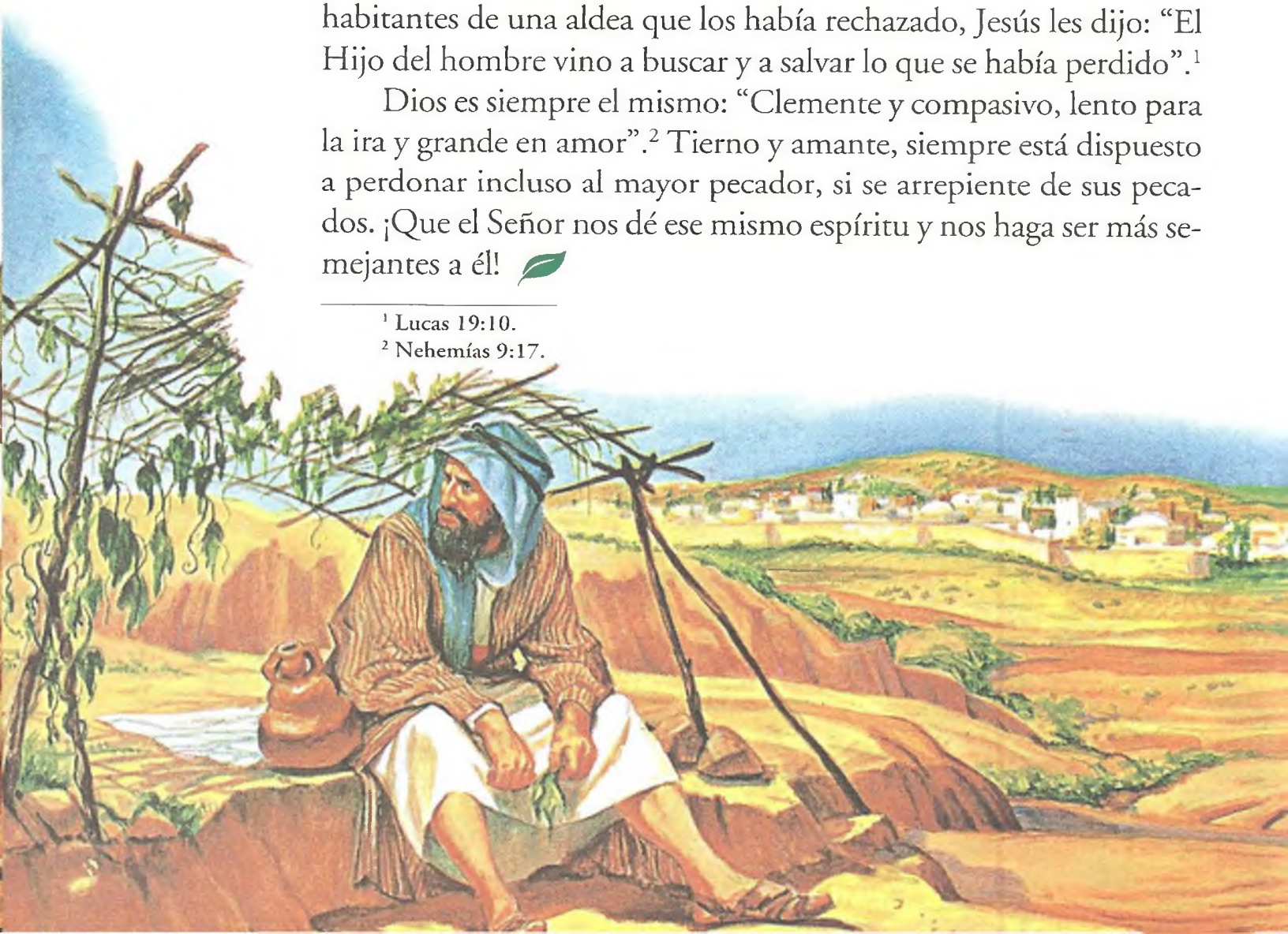
–"Tú te compadeces de una planta –le dijo Dios– que, sin ningún esfuerzo de tu parte, creció en una noche y en la otra pereció. Y de Nínive, una gran ciudad donde hay más de ciento veinte mil personas que no distinguen su derecha de su izquierda, y tanto ganado, ¿no habría yo de compadecerme?"

¡Qué lección de perdón! Jonás había estado pensando en sí mismo, en su comodidad y en su reputación de profeta; pero Dios pensaba en los miles de habitantes de la ciudad. Ellos se habían arrepentido de sus pecados. Incluso ahora estaban cubiertos de cenizas en muestra de arrepentimiento. Entonces, ¿cómo podía castigarlos? Era mucho mejor perdonarlos.

Muchos años después, cuando algunos de los discípulos de Cristo desearon que descendiera fuego del cielo para destruir a los habitantes de una aldea que los había rechazado, Jesús les dijo: "El Hijo del hombre vino a buscar y a salvar lo que se había perdido".[1]

Dios es siempre el mismo: "Clemente y compasivo, lento para la ira y grande en amor".[2] Tierno y amante, siempre está dispuesto a perdonar incluso al mayor pecador, si se arrepiente de sus pecados. ¡Que el Señor nos dé ese mismo espíritu y nos haga ser más semejantes a él!

[1] Lucas 19:10.
[2] Nehemías 9:17.



Grandes cosas para Dios

(Joel 1:14 a 2:32)

UNOS pocos años después que Jonás predicara al pueblo de Nínive, un profeta con un nombre similar le llevó el mismo mensaje al pueblo de Judá.

Este hombre era Joel, y Dios lo envió a Jerusalén a proclamar: "¡Ay de aquel día, el día del Señor, que ya se aproxima!"

"Toquen la trompeta en Sión –exclamaba–; den la voz de alarma en mi santo monte. Tiemblen todos los habitantes del país, pues ya viene el día del Señor; en realidad ya está cerca".

Joel no indicó cuándo ocurriría el juicio de Dios, pero le rogó al pueblo que se arrepintiera. En el nombre del Señor, suplicaba: "Vuélvanse a mí de todo corazón, con ayuno, llantos y lamentos. Rásguense el corazón y no las vestiduras. Vuélvanse al Señor su Dios, porque él es bondadoso y compasivo, lento para la ira y lleno de amor".

Allí estaba nuevamente el hermoso mensaje del amor perdonador de Dios. Si se arrepentían, el perdón sería instantáneo. Su castigo sería perdonado, si solo decían: "Lo siento".

Pero debían ser sinceros. Por eso Joel les pidió que se congregaran para orar a Dios. "Congreguen al pueblo –les urgió–, purifi-

quen la asamblea; junten a los ancianos del pueblo, reúnan a los pequeños", incluso a los bebés, y clamen todos: "Compadécete, Señor, de tu pueblo".

Recibirían toda clase de beneficios, si estaban dispuestos a entregarse a Dios. El Señor aguardaba ese gesto para mostrarles toda su bondad. Y no tenían que temer.

"No temas, tierra –clamó–, sino alégrate y regocíjate, porque el Señor hará grandes cosas".

¡Grandes cosas! Sí, Dios estaba dispuesto a derramar su Santo Espíritu sobre ellos. Como resultado, hasta los niños profetizarían, los ancianos soñarían sueños y los jóvenes verían visiones. No habría límites para las grandes cosas que todos planearían y realizarían por la gracia de Dios. El Señor mostraría maravillas en el cielo y en la tierra a todos sus fieles y su poder salvador se manifestaría maravillosamente.

Era una magnífica promesa, pero tristemente el pueblo no le prestó atención. Los habitantes de Judá no estuvieron dispuestos a abandonar sus pecados y de ese modo impidieron que Dios les concediera todos los bienes que había prometido. Las grandes cosas que había planeado nunca pudieron ocurrir. Jerusalén fue destruida y el pueblo llevado en cautiverio.

Sin embargo, la promesa divina sigue en pie. Está en la Biblia para todo el que quiera reclamarla. Es para todo niño y toda niña que vive en el mundo entero.

Todo lo que debes hacer para recibir lo prometido es conver-

tirte a Dios de todo corazón. Desde ese momento, el Señor comenzará a derramar sobre ti su Santo Espíritu. Hará que tengas una visión de las grandes cosas que él desea hacer hoy en la tierra. Luego, si deseas servirlo, él mismo te ayudará a realizar esos sueños.

¿Te has detenido a pensar alguna vez en cuántas cosas grandes desea hacer Dios hoy mediante niños como tú?

En el mundo hay tantas dificultades, luchas y temor, que él necesita grandes pacificadores: hombres y mujeres valientes, sabios y pacientes que sean capaces de ponerse en medio de enemigos, entre pueblos de diferentes naciones y razas, para unirlos entre sí con cuerdas de amor.

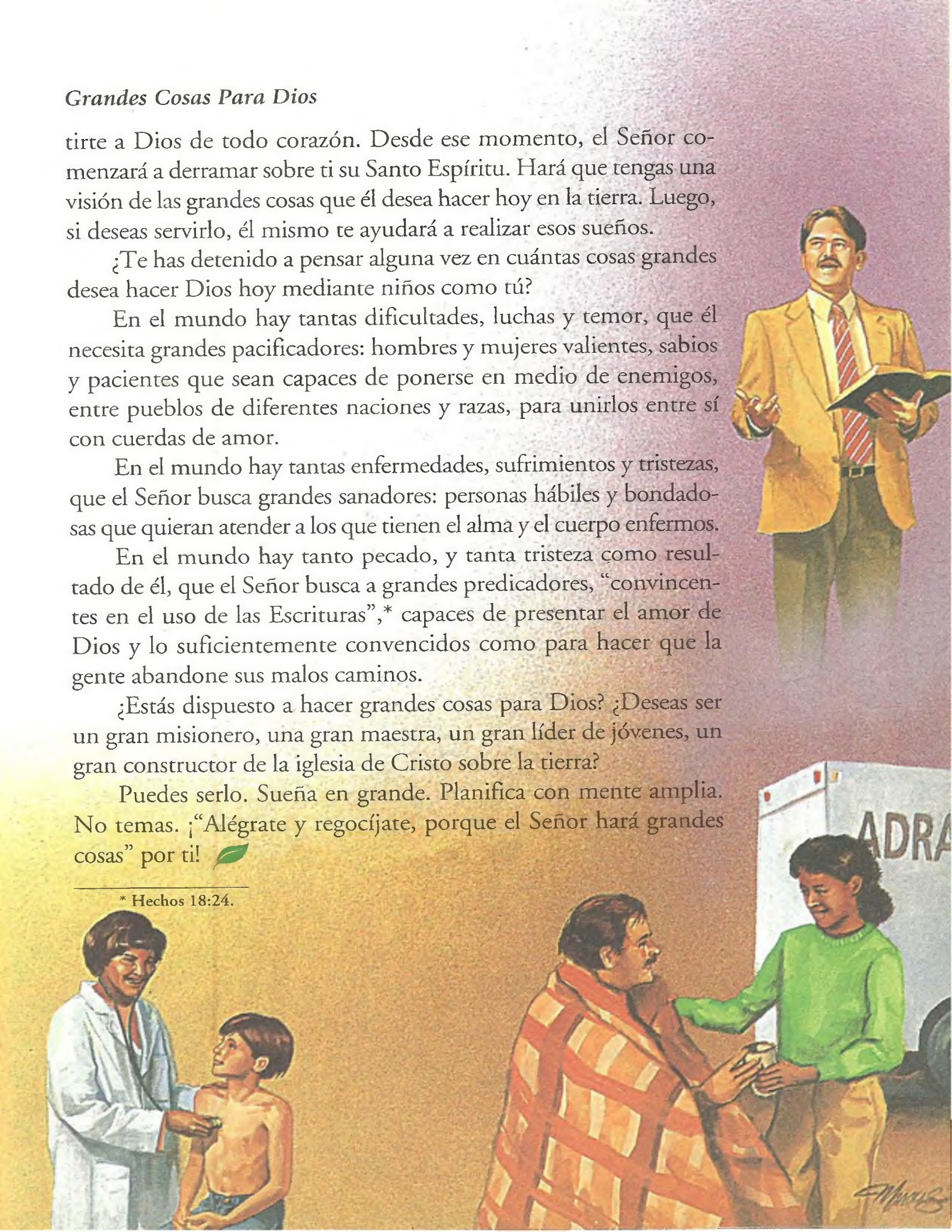
En el mundo hay tantas enfermedades, sufrimientos y tristezas, que el Señor busca grandes sanadores: personas hábiles y bondadosas que quieran atender a los que tienen el alma y el cuerpo enfermos.

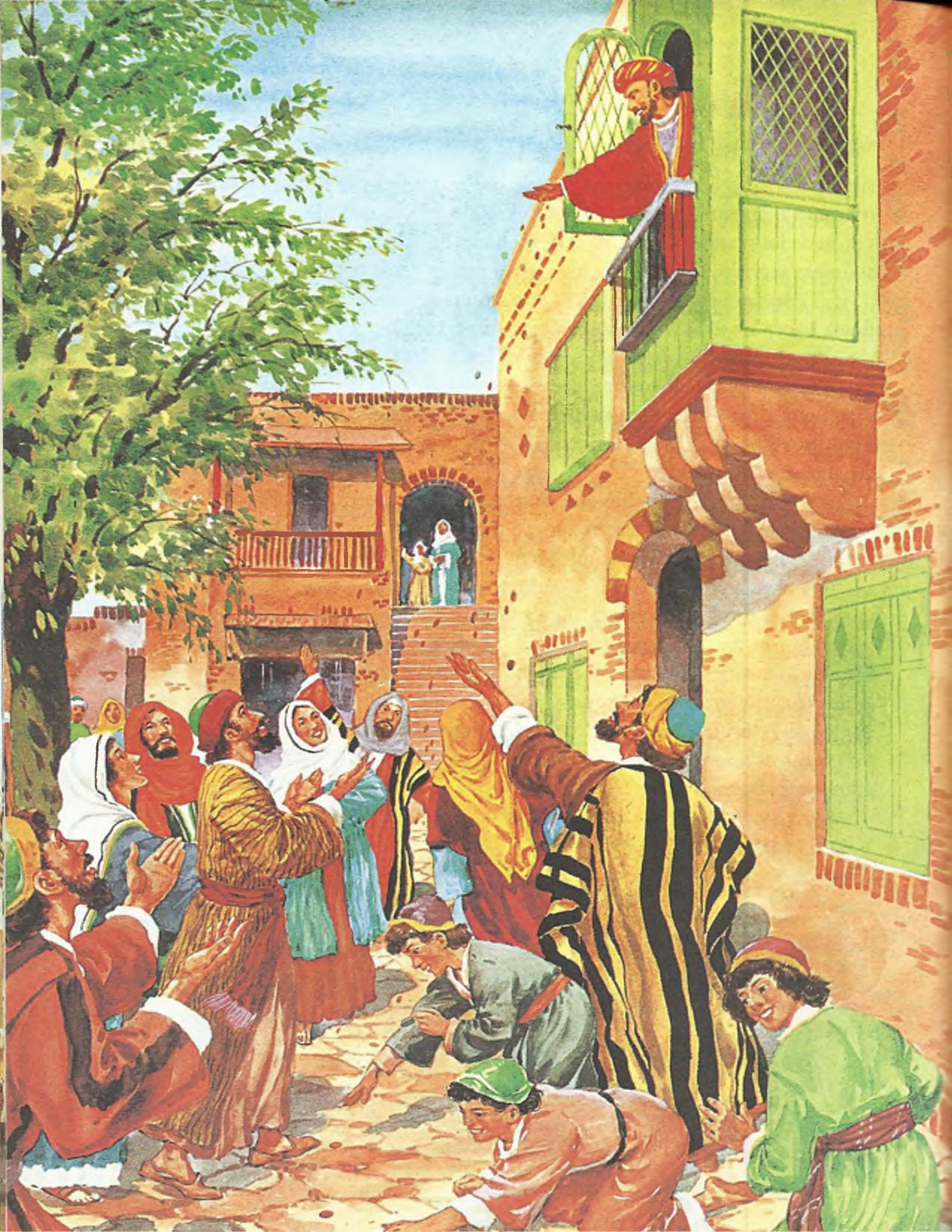
En el mundo hay tanto pecado, y tanta tristeza como resultado de él, que el Señor busca a grandes predicadores, "convincentes en el uso de las Escrituras",* capaces de presentar el amor de Dios y lo suficientemente convencidos como para hacer que la gente abandone sus malos caminos.

¿Estás dispuesto a hacer grandes cosas para Dios? ¿Deseas ser un gran misionero, una gran maestra, un gran líder de jóvenes, un gran constructor de la iglesia de Cristo sobre la tierra?

Puedes serlo. Sueña en grande. Planifica con mente amplia. No temas. ¡"Alégrate y regocíjate, porque el Señor hará grandes cosas" por ti!

* Hechos 18:24.





Las ventanas del cielo

(Malaquías 3:7-18)

EL cielo, ¿en verdad tiene ventanas? La Biblia así lo afirma. Por supuesto, no significa que sean de vidrio y que se abran hacia los lados o de abajo hacia arriba.

La expresión "ventanas de los cielos" en verdad es otra figura literaria para expresar el amor de Dios y su deseo de hacer grandes cosas por los que le sirven con fidelidad.

En la antigüedad, se acostumbraba que, durante los días festivos, las bodas y otras celebraciones, la gente rica abriera las ventanas de los pisos altos de sus casas para arrojar monedas de plata y oro a los que pasaban por la calle. Esto puede haber llevado al profeta a decir que Dios estaba dispuesto a afirmar: "Abriré las ventanas de los cielos y derramaré sobre vosotros bendición hasta que sobreabunde".

La Nueva Versión Internacional describe que Dios desea abrir "las compuertas del cielo" y derramar bendiciones "hasta que sobreabunde".

Malaquías es el autor del último libro del Antiguo Testamento y, como todos los demás escritores de la Biblia, dirige en él una ferviente invitación al pueblo a vivir de un modo tal, que Dios pueda bendecirlo. El Señor desea derramar sus bendiciones sobre todos.

ILUSTRACIÓN DE HERIBERTO RUDEEN

Así como los ricos solían arrojar monedas a los pobres durante las fiestas, Dios promete abrir las ventanas del cielo y derramar muchas bendiciones sobre los que pagan el diezmo.

Su mayor alegría es ver felices a los hombres y a las mujeres. Él está siempre listo para conceder sus beneficios. Pero, como es natural, solo puede bendecir a los que le obedecen y hacen lo que es correcto.

Una de las grandes faltas de los israelitas contemporáneos de Malaquías –que vivieron unos cincuenta años después de que Nehemías fuera gobernador de Jerusalén– era que no pagaban el diezmo; es decir, el 10% de sus ganancias, que Dios había destinado al mantenimiento de los sacerdotes y levitas.

Quizá recuerdes que, cuando Nehemías inició sus reformas, el pueblo prometió no solo guardar fielmente el sábado, sino también pagar el diezmo, como lo habían hecho sus antepasados. Pero pronto olvidaron su promesa, y cuando Malaquías entró en escena, se habían acostumbrado tanto al mal, que les parecía estar haciendo el bien.

Tenían un montón de excusas para probar que no había nada de malo en lo que hacían. Cuando Malaquías les dijo que cansaban a Dios con sus palabras, respondieron:

–"¿En qué lo hemos cansado?"

Cuando les rogó que volvieran a Dios, le preguntaron:

–"¿En qué sentido tenemos que volvernos?"

Y cuando los acusó de estar robando al Señor, inquirieron, aparentando inocencia:

–"¿En qué te robamos?"

–"En esto" –les respondió Malaquías.

Y a continuación les dijo que estaban robando a Dios al retener los diezmos y las ofrendas que él había destinado a los servicios religiosos. Ese dinero no les pertenecía a ellos, sino a Dios. Y cuando lo usaban para sí mismos, estaban robando. Por eso no eran mejores que los ladrones y los asaltantes, aunque se cre-

yeran muy buenos y muy religiosos.

–"Ustedes –la nación entera– están bajo gran maldición, pues es a mí a quien están robando".

Entonces, les rogó que fueran obedientes e hicieran cuanto estuviera de su parte para poder recibir las bendiciones que Dios estaba ansioso de concederles.

–"Traigan íntegro el diezmo para los fondos del templo, y así habrá alimento en mi casa. Pruébenme en esto –dice el Señor Todopoderoso–, y vean si no abro las compuertas del cielo y derramo sobre ustedes bendición hasta que sobreabunde".

Pero eso no era todo. Dios seguiría bendiciéndolos al hacer fructíferas sus tierras y al impedir que las plagas dañaran sus árboles, sus cosechas y sus viñedos. "Exterminaré a la langosta, para que no arruine sus cultivos y las vides en los campos no pierdan su fruto –dice el Señor Todopoderoso–. Entonces todas las naciones los llamarán a ustedes dichosos, porque ustedes tendrán una nación encantadora –dice el Señor Todopoderoso".

Esta es otra de las bondadosas promesas de Dios cuyo cumplimiento todos nosotros podemos exigir. ¡Y qué hermoso es pensar que cualquier niño o niña puede abrir las ventanas de los cielos si lo desea! La manera de lograrlo no es difícil. Todo lo que uno tiene que hacer es pagar a Dios un diezmo fiel –el 10% del "producto"– con un espíritu de amor y devoción.

Eso puede representar la décima parte del dinero que hayas ganado al limpiar el patio de un vecino, o la décima parte del dinero que obtuviste al vender una bicicleta o una caña de pescar. La can-

tidad que ganes no importa. Lo que cuenta es el espíritu con que das el diezmo, tu deseo de poner a Dios en primer lugar en tus pensamientos, en tus acciones y en tu amor.

Haz la prueba y verás que las ventanas de los cielos se abrirán para dejar caer bendiciones más hermosas que las que alguna vez soñaste.

En los días de Malaquías, la mayoría no creyó en lo que el profeta proclamaba, pero algunas personas sí creyeron. Hablaron entre sí y decidieron hacer lo que Dios les pedía, confiando en sus promesas. Entonces, algo notable ocurrió. El Señor oyó sus comentarios y "entonces se escribió en su presencia un libro de memorias de aquellos que temen al Señor y honran su nombre".

"El día que yo actúe ellos serán mi propiedad exclusiva, dice el Señor Todopoderoso".

¡Qué hermoso! Los que aman a Dios, piensan en él, hablan acerca de él y dan sus posesiones para ayudar al avance de su obra, llegan a ser su propiedad exclusiva. "Tendré compasión de ellos, como se compadece un hombre del hijo que le sirve". No se abstendrá de darles lo mejor.

¿Te gustaría que tu nombre esté escrito en el libro memorial de Dios? ¿Quisieras ser su "propiedad exclusiva? Eso puede ocurrir, si lo deseas de veras. Solo tienes que decírselo ahora.

6

Caminar en medio de las llamas. Una mano invisible escribe sobre la pared. Una noche en un foso lleno de leones hambrientos.

Encontrarás historias escalofriantes en el libro de Daniel. Y ningún libro de historias para niños cubre este libro de la Biblia con más detalles que este tomo de Las bellas historias de la Biblia. También encontrarás la historia de Ester, la hermosa reina que evitó una guerra. Y además están las historias de Nehemías, Job y Jonás, el profeta que fue tragado por un pez.

La ilustración de la portada es de Harry Anderson